



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

G

En busca de una esperanza.

Todo un pasado por delante.

Autor:

Zeitler Varela, Mariela

Tutor:

Tozzi, Verónica

2009

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Filosofía

Grado

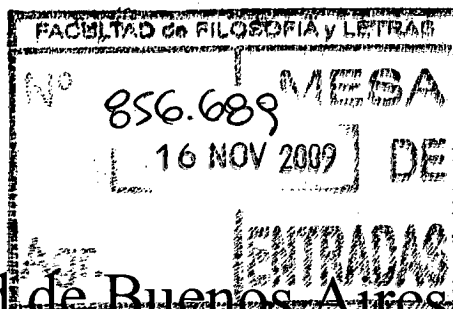


FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

Tesis

14.3.20



Universidad de Buenos Aires

Facultad de Filosofía y Letras

***En busca de una esperanza:
todo un pasado por delante***

Tesis de Licenciatura

Carrera: Filosofía

Alumna: Mariela ZEITLER VARELA

Directora: Verónica Tozzi

Año: 2009

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Biblioteca de Filosofía y Letras

Índice

Introducción	1
Capítulo 1: La problemática de la apropiación del pasado traumático en nuestros tiempos	
I. Introducción	10
II. Consideraciones sobre la aplicación de la categoría de <i>trauma</i> a los acontecimientos históricos	11
III. El desafío a la representación	15
IV. Apropiación histórica y apropiación conmemorativa	19
Capítulo 2: La relación dilemática entre historia y memoria	
I. Introducción	23
II. La utilización del testimonio en el caso de los eventos traumáticos	29
III. El lugar de la política: ¿historia apolítica vs. memoria política?	38
IV. ¿El recuerdo de un acontecimiento histórico o el acontecimiento de un recuerdo?	49
V. Conclusión	58
Capítulo 3: Walter Benjamin: el despertar de un pasado inconcluso	
I. Introducción	
§1. Algunas consideraciones sobre el texto benjaminiano "Sobre el concepto de historia"	61
§2. El giro hacia el pasado en Benjamin	65
II. Reflexiones en torno a la noción benjaminiana de recuerdo	67
III. La noción de tiempo-ahora: la fisura para la discontinuidad	78
IV. La justicia en clave benjaminiana: la redención	89
V. Conclusión	98
En busca de una conclusión: todo un futuro por delante	102
Referencia bibliográfica	107

Cuando comencé a pensar sobre que temática o autor versaría mi tesis, un sinfin de posibilidades se me aparecieron, frente a lo cual asumí que lo más sabio era analizar cuáles serían mis criterios para tamaña elección. *Quiero cambiar el mundo* pense rápidamente. Una risa estrepitosa salió de mi boca. *¿Cambiar el mundo? ¡Ja! ¡Imposible!* En el estado de resignación en que nos encontramos, con la falta de motivación con la que se mira el futuro, por que no simplemente seguir marchando, lo cual ya no es poco decir en nuestros tiempos. Con todos estos pensamientos retumbando en mi cabeza, se cruzó en mi camino lineal y continuo el texto benjaminiano "Sobre el concepto de historia". Interrumpió. Y me despertó.

Introducción

El acontecer de eventos como el genocidio armenio, el exterminio nazi o la última dictadura militar argentina, eventos que han atormentado al siglo XX y han sido considerados excepcionales por la conciencia histórica de su tiempo, ha generado nuevos desafíos y dificultades para la disciplina historiográfica, como ser la de su representación. Frente a este escenario, y en el marco del llamado “giro memorialista” -que examinaremos en el segundo capítulo-, la memoria se erigió como una alternativa posible para pensar estos acontecimientos. Ahora bien, desde tiempos antiguos la relación entre historia y memoria ha existido y ha ido mutando. “Even the greatest Greek philosophers never fully succeeded in reconciling memory and history” dirá Jacques Le Goff en su libro *History and Memory*¹. Si nos detenemos en el surgimiento de la Ilustración y en su búsqueda por delimitar la historia como disciplina científica, la memoria pierde su lugar ante la razón². Vemos así que esta relación no es propia de nuestros tiempos, pero su resurgimiento como problemática en la actualidad posee nuevas aristas que la hacen merecedora de un especial análisis. La aproximación a esta distinción será retomada desde el marco de la Nueva Filosofía de la Historia, en tanto corriente que ha aplicado el giro lingüístico al estudio del discurso histórico, y del “giro memorialista”, en tanto fenómeno que da cuenta del *boom* de la memoria en los últimos años. A lo largo de la exposición nos valdremos de algunos de los aportes del filósofo considerado fundador de la corriente mencionada, Hayden White, quien pone el foco en la autoconciencia lingüística o discursiva, dando cuenta de la naturaleza poética de la obra histórica, lo cual conllevará críticas a muchas de las concepciones de la historiografía tradicional. Por un lado recuperaremos la conexión entre forma y contenido, en tanto dificultad para separar aquello que se dice de la forma en que se lo dice, denotando ello compromisos estéticos o morales, por lo que la elección entre diversas interpretaciones históricas ya no tendría una base epistemológica; eso nos servirá para discutir la idea de una correspondencia directa entre lo sucedido y lo relatado, sosteniendo la imposibilidad de un lenguaje transparente que refleje sin más el

¹ Le Goff, J., *History and Memory*, trad. Steven Rendall y Elizabeth Claman, Nueva York, Columbia University Press, 1992, p. 65

² Como señala María Inés Mudrovic, “gran parte de las reflexiones teóricas del siglo XVIII acerca de los alcances del conocimiento historiográfico, estuvieron motivadas por la preocupación de separar a la historia de las *belles lettres* y por legitimar el uso de la razón sobre el de la memoria en la selección de los hechos. (Mudrovic, M. I., “Introducción”, en Mudrovic, M. I., *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*, Madrid, Akal, 2005, p. 6)

pasado. Por otro lado, recurriremos a algunos de los últimos artículos de White en los cuales ha discurrido sobre los eventos que aquí trabajaremos³, denominados por él modernistas, lo cual nos resultará relevante por la idea que allí se analiza de constitución de nuestro pasado.

Sin embargo, no será la intención aquí reconstruir cómo se ha ido generando y modificando el vínculo entre historia y memoria a lo largo del tiempo, sino repensarlo a partir de la ocurrencia de los sucesos recién citados; nos referimos a ejemplos de violencia masiva, sistemática y estatal que han llevado a una discusión teórica sobre su representación. Es decir, postularemos que las dificultades que la apropiación de estos eventos conllevan para el presente nos conducen a retomar algunos de los debates en torno a esta relación, permitiéndonos deliberar sobre una posible articulación entre ambas que no caiga en una separación dicotómica y acrítica.

La urgencia de esta reflexión se hace patente al advertir justamente otro hecho: parecería ser que en los últimos tiempos el olvido se ha transformado en una palabra indeseable. Tantas situaciones límites vividas a nivel mundial, regional y también local volvieron indispensable el recordar; ante estos sucesos, en la actualidad rápidamente surge el *Prohibido olvidar* como lema. De esta forma, la apropiación de ese pasado se convirtió en un problema, pero en un problema que no sólo atañe a la historia y a la filosofía de la historia, es decir, una cuestión a resolver puertas adentro de la academia, sino que las repercusiones que estos hechos tuvieron y siguen teniendo en las distintas sociedades provocaron un interés inusitado en la esfera pública de las mismas⁴. Un claro ejemplo es la enorme cantidad de libros y películas que han surgido en torno a estos sucesos, desde autobiografías hasta novelas, desde documentales hasta filmes ficcionales. No pretendemos aquí postular una separación entre ambas dimensiones, sino simplemente mostrar que la temática que trataremos en este trabajo ha sido objeto de extensos debates y análisis, del que no sólo han formado parte historiadores y

³ Nos centraremos en dos de ellos: White, H., "La trama histórica y el problema de la verdad en la representación histórica", en White, H., *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, trad. de Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino, Barcelona, Paidós, 2003, pp. 189-216 y White, H., "Figural Realism in Witness Literature", en *Parallax*, vol. 10, N° 1, enero-marzo 2004, pp. 113-124.

⁴ La noción de esfera pública surgió junto con la Ilustración como la designación del espacio de lo social en donde se pretendía la realización de un debate transparente a partir de reglas consensuadas por todos los ciudadanos, teniendo como objetivo el arribo a un consenso ideal. Esta deliberación suponía la existencia de sujetos plenamente racionales e iguales entre sí, liberados de sus pasiones, diferenciándose así del ámbito privado, lugar regido por la lógica de la intimidad. Esta caracterización tradicional se fue modificando a la par que fueron entrando en crisis los conceptos que la acompañaban; no nos adentraremos aquí en estos cambios, pero dejaremos asentado que entendemos por esfera pública, básicamente, aquel espacio social en donde los agentes debaten justamente en forma pública en un ámbito democrático.

filósofos, sino también conmemoradores, escritores, periodistas, directores de cine, psicoanalistas⁵. Es por esto que, frente a la innumerable bibliografía que podemos encontrar en conexión con la apropiación de un pasado que se nos muestra como límite o extremo, y a los incontables asuntos que pueden desarrollarse en relación con la misma, entendemos que es relevante explicitar desde un principio las intenciones de nuestra investigación.

En primer lugar, el disparador de la problemática que hila este trabajo es el acontecer de sucesos que han estremecido al siglo XX, de aquellos eventos frente a los cuales se ha mostrado perplejidad y expresado horror. Parecería ser que las nociones y conceptos con los que ya se contaba no se expresaban acordes a los desafíos expuestos por ellos. Ante esta dificultad, surgió, tiempo después, en las últimas décadas del siglo pasado, la apelación a la noción de trauma propia de la teoría psicoanalítica como una posibilidad para desentrañar estos hechos; acercamiento sostenido, pero también criticado por muchos de los que trabajan la temática. La aplicación de una teoría pensada en términos individuales a lo colectivo será una de las dificultades alegadas, junto con otras que veremos en el capítulo siguiente cuando demos cuenta en mayor detalle de esta trasposición, sobre todo tomando como base lo desarrollado por Dominick LaCapra.

En segundo lugar, este análisis nos llevará a reflexionar sobre el desafío que provocan estos sucesos para su posible representación. Expondremos algunas de las posturas erigidas en torno a esta cuestión, la cual se vincula de manera directa con aquella de la forma en que nos apropiamos de ese pasado. Es así que la dificultad con la que se enfrenta la historia en la reconstrucción de estos eventos no se produce principalmente por la falta de archivos y documentos escritos a los cuales recurrir (lo cual no deja de acaecer ya que se trata mayormente de acontecimientos del pasado reciente), sino por los cuestionamientos a la posibilidad misma de generar una narrativa o representación, o por los límites impuestos a esa posibilidad, junto con las consecuencias que eso puede originar. Los inconvenientes no pasan entonces por lo factual (salvo para los negacionistas del exterminio nazi), sino por lo representacional.

⁵ Verónica Tozzi da cuenta de esto en un artículo suyo: "La pregunta que me guía en esta ocasión es si la investigación historiográfica puede contribuir en la Argentina, con su práctica y experiencia en la historización del pasado, a la conformación de las memorias públicas de sucesos recientes, cuyos efectos conflictivos y dolorosos aún perviven no sólo en la experiencia de aquellos que han sobrevivido sino también en sus descendientes. Ante ellos, historiadores y conmemoradores comparten la misma agenda política y social. (Tozzi, V., "Malvinas como disputa. Tragedia, autorrepresentación y limbo *mnémico* en el encuentro con el pasado reciente", en Macón, Cecilia (coord.), *Pensar la democracia, imaginar la transición* (1976/2006), Buenos Aires, Ladosur, 2006, pp. 84-5)

Será a la apropiación de este tipo de pasado a la cual nos abocaremos en este trabajo, a la problemática que implica para nuestros tiempos ese pasado que se nos hace presente, que se muestra inconcluso. La discusión nos obliga entonces a preguntarnos por la forma en que se ha lidiado en los últimos años con este pretérito, para luego poder llegar a proponer una manera de hacerlo que se refleje valiosa en la búsqueda de generar interrogantes y abrir debates en el presente. Y es en este punto que resulta pertinente pensar en dos estrategias que suelen disputarse la apropiación de ese pasado: la histórica y la conmemorativa; ello nos llevará, remitiéndonos a la distinción reflejada sobre el comienzo de esta introducción, a retomar algunos puntos de la demarcación entre historia y memoria para problematizarlos dentro del contexto expuesto, analizando cómo estas dos prácticas disciplinares han lidiado con este pasado conflictivo. La exploración se encuadrará entonces en el marco de ciertos debates actuales de la filosofía de la historia, como ser el de la temporalidad y agencia histórica, atendiendo a la forma en que algunas consideraciones conmemorativas e históricas en su apropiación del pasado pueden generar consecuencias negativas del agenciamiento, en tanto victimización del testigo y distanciamiento del historiador.

De esta manera, nuestra intención será la de problematizar, dentro de la temática presentada, la relación entre historia y memoria, distinguiendo diferentes dimensiones: la epistémica, la política y la ética. Creemos que el pensar esta distinción, o supuesta distinción, nos permitirá clarificar las dos formas de apropiación mencionadas, dejando la puerta abierta para preguntarnos si realmente aquellos que exigen memoria, quieren *pegar el salto*, si se nos permite decirlo así, a la historia, ya que parecería que eso implicaría tomar distancia de lo sucedido, dejando un lugar posible para la reconciliación y el olvido. El miedo a que la historia cierre la historia para siempre. Intentaremos ponderar aquí, a diferencia de esto, una historia que no sea conclusiva, que, más que procurar dejar de lado la discusión buscando un consenso, la motive y la regenere en forma constante.

Ahora bien, para comenzar a pensar una apropiación del pasado distinta, para pensar un posicionamiento desde otro lugar en conexión con aquel pasado límite, para pensar un tiempo histórico que nos habilite a ello, nos abocaremos al filósofo alemán Walter Benjamin, haciendo uso de algunas de sus nociones sobre la historia. Tomaremos para ello el controvertido texto póstumo “Sobre el concepto de historia”

(más conocido como las “Tesis de filosofía de la historia”⁶), buscando una articulación que nos ayude a dar respuesta a ciertos cuestionamientos que se plantearán en la primera parte del trabajo. Es fundamental para nosotros aclarar que el recurrir a Benjamin en esta tesis tiene como finalidad abrir una perspectiva nueva en referencia a las problemáticas que se detallarán, pero no pretende ser ni una exégesis ni un estudio general de su filosofía; es decir, nos ceñiremos al texto mencionado y a algunos de sus comentaristas, sin adentrarnos en otros vértices de su teoría, como pueden ser la estética o la crítica literaria. En esta misma línea, se vuelve esencial también señalar que somos conscientes de los considerables compromisos que estas tesis conllevan, como ser su materialismo histórico, su mesianismo judío, su idea de conocimiento histórico, entre otros, pero confiamos en que es posible hacer uso de algunas de las nociones benjaminianas en busca de repensar lo tratado en los primeros capítulos, sin que ello implique un efectivo compromiso con toda su teoría.

Frente a esto, muchos podrán preguntarse por qué hacer uso de un texto extemporáneo a la discusión planteada, que además no ha llegado a ser publicado por su propio autor y se muestra muy poco sistemático para el análisis. En rigor de verdad, una de las razones es precisamente esta última: el hecho de que este texto se revele tan complejo y a veces oscuro ha permitido que, a lo largo de los años, sea citado para pensar muy diversas problemáticas, manteniéndose vigente dentro de la discusión teórica y revelándose muy valioso también para el debate político. Habrá quienes verán en ello una desventaja, subrayando que las tesis en verdad nunca fueron completadas por Benjamin para su publicación, lo cual les quitaría entidad proyectando un posible análisis; y otros, entre los que nos incluimos, lo percibirán como un texto muy rico y fructífero para ser discutido, permitiendo una multiplicidad de interpretaciones que abren lugar al debate y a la controversia.

Al ser un escrito, como él mismo lo titula, referido al concepto de historia, ha sido retomado por muchos teóricos para estudiar diversos tópicos afines a esta temática;

⁶ La divergencia en torno al título del texto se debe a que en verdad es un escrito que el propio Benjamin parecía no tener pensado publicar; tomando una carta a Gretel Adorno, allí menciona que en caso de publicarlo, “se abrirían de par en par las puertas a la incompreensión entusiasta (Carta de abril de 1940, en *Gesammelte Schriften*, I, 3, pp. 1226-7 – cita extraída de Löwy, Michael, *Walter Benjamin. Aviso de incendio*, trad. de Horacio Pons, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 39). Guiándonos por lo explicado por Pablo Oyarzún Robles en su traducción del texto, según los editores R. Tiedemann y H. Schweppenhauser, el título elegido por Benjamin hubiera sido “Sobre el concepto de historia”, pero en la edición de Adorno de *Schriften (Escritos)*, publicada por Suhrkamp en 1955, el texto es presentado como “Tesis de filosofía de la historia”, y desde ese momento así ha circulado fundamentalmente, también en el caso de las traducciones al español.

podemos adelantar aquí algunos ejemplos sobre los que volveremos en la segunda parte del trabajo. Un caso es el de Michael Löwy, quien escribió un libro haciendo un “análisis ‘talmúdico’ –palabra por palabra, frase por frase– del texto de Benjamin”⁷, a través del cual intenta dar cuenta de la actualidad expresada por la mayoría de las tesis. También realizó algo similar el filósofo español Manuel Reyes Mate, quien en su libro *Medianoche en la historia*⁸ reconstruye detalladamente las tesis pensando visiblemente en problemas como el de la memoria, la posibilidad de hacer justicia hacia las víctimas del pasado y el papel desempeñado por los hombres en ello. Susan Buck-Morss ha tomado asimismo diversos textos benjaminianos para discurrir sobre ciertas temáticas en relación con la filosofía política y de la cultura.

Siguiendo este camino, nosotros también haremos uso, en la última parte de la exposición, del pensamiento de este filósofo en busca de repensar la apropiación de aquel pasado reciente y traumático. Frente a ciertos inconvenientes que encontramos con determinadas estrategias históricas y conmemorativas, consideramos que Benjamin puede aportar herramientas para articular una apropiación alternativa, al mismo tiempo que desarticular la separación tajante entre historia y memoria, pero sin quedarse, como suscribe la mayoría de sus comentaristas, del lado de esta última, sino dando lugar al mencionado salto a la historia, pero a una historia que no comporte un miedo al olvido.

Para ello haremos foco en tres nociones que este autor trabaja en sus tesis, sobre las que consideramos que da un vuelco muy original: el concepto de recuerdo, el de tiempo histórico y el de redención. Nos haremos eco de su crítica a la noción de tiempo vacío y homogéneo, fuertemente conectada con su reprobación al progreso y al historicismo, para llegar así a su consecuente propuesta de tiempo-ahora (*Jetzt-Zeit*⁹). A diferencia de la concepción moderna del tiempo histórico como lineal y continuo, Benjamin presentará esta nueva noción, la cual le abrirá las puertas para postular una idea muy conectada con su raigambre mesiánica, aquella de la detención, de la interrupción del *continuum* de la historia. Ahora bien, para llegar a ser conscientes de ese tiempo-ahora, debemos recurrir al pasado, debemos recuperar la tradición de los vencidos, redimir a las generaciones pretéritas que han sido derrotadas. Tal como

⁷ Löwy, M., *op. cit.*, p. 37

⁸ Reyes Mate, M., *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin “Sobre el concepto de historia”*, Madrid, Trotta, 2009

⁹ Como señala Pablo Oyarzún Robles en la traducción de las tesis utilizada en este trabajo, *tiempo-ahora* es la traducción literal de *Jetztzeit*, vocablo alemán usado por Benjamin en el original de su texto (en la versión francesa recurre a la palabra “présent” entrecomillada). Otra acepción empleada por sus traductores ha sido la de *tiempo-pleno*.

postula Buck-Morss en su libro *Walter Benjamin, escritor revolucionario*, el tiempo-ahora se revela como la puerta del presente para la acción revolucionaria, para la posibilidad de cambio, encontrándose la motivación en el pasado: “El fracaso en distinguir entre el presente en tanto algo dado y el presente como posibilidad revolucionaria, privaba a la práctica histórica de densidad política.”¹⁰

Antes de adentrarnos en el recorrido de la tesis, se vuelve indispensable señalar que no desconocemos que, en el marco de la filosofía de la historia, ha habido extensos análisis posteriores a Benjamin en torno a la temporalidad y a la agencia histórica, criticando por ejemplo la concepción de tiempo lineal, como ser el caso de Ricoeur; no nos enfocaremos en ellos, sino en intentar reparar cómo algunos de los aportes de la llamada Nueva Filosofía de la Historia pueden emparentarse con ciertas ideas benjaminianas, siendo el propósito de recuperar a este autor sus propuestas positivas sobre la relación entre pasado y presente, vinculándose ello directamente con la apropiación del pretérito inconcluso.

La propuesta de este trabajo será entonces introducir algunos términos benjaminianos para estudiar la problemática de la apropiación que hacemos en la actualidad de aquel pasado límite; creemos que se abrirá así una nueva alternativa entre la apropiación conmemorativa y la histórica, a través de la cual uno pueda apropiarse de ese pasado desde una agencia histórica activa, llevándonos a concebir el presente como un tiempo de posibilidades, en donde el cambio pueda vislumbrarse al menos como viable. Es clave por ello desde un principio clarificar brevemente a qué nos referimos cuando hablamos de agencia, al menos en términos generales: esta noción implica la capacidad de acción del agente y que tenga también el potencial para desafiar la autoridad en busca de llevar adelante esa capacidad. Al señalar una agencia histórica activa, pretendemos denotar la facultad que tienen los agentes para afectar (activamente) el curso de la historia, propulsando el propio devenir. Vale aclarar que no ignoramos que el accionar humano se da siempre circunscrito dentro de una coyuntura histórica determinada que no puede obviarse y que restringe, pero ello no impide reflexionar en torno al compromiso que los hombres deben adquirir dentro de esa circunstancia en que

¹⁰ Buck-Morss, S., “Walter Benjamin, escritor revolucionario”, en Buck-Morss, S., *Walter Benjamin, escritor revolucionario*, trad. de Mariano López Seoane, Buenos Aires, Interzona, 2005, p. 25

les ha tocado vivir¹¹. Si recuperamos la teoría social de la estructuración de Giddens, allí se plantea este dilema entre acción-estructura, en donde este autor, en el caso de esta última, señala la habilitación como constricción que ella provoca y, en el caso del agente, busca evitar caer tanto en un subjetivismo racional cartesiano como en un objetivismo que lo emparenta con un mero instrumento¹². En esta investigación, nos centraremos en aquellos que se apropian del pasado límite reciente que está en disputa, quienes deben estar advertidos de las problemáticas que ello implica y los compromisos que sus apropiaciones, tanto desde la forma como desde el contenido expresado, denotan. En ese sentido, la propuesta de Giddens nos sirve para entrever que “cada miembro competente de la sociedad conoce (tanto en el sentido de conciencia discursiva como en el de conciencia práctica) mucho acerca de las instituciones de esa sociedad: tal conocimiento no es *incidental* para la operación en la sociedad, sino que está necesariamente involucrado en ella”¹³, es decir que los agentes conocen las circunstancias dentro de las que actúan y deben comprometerse por ello con lo que hacen, pero que eso no quita que “la cognoscibilidad de los agentes humanos, en circunstancias históricas dadas, está siempre enmarcada: por las condiciones no reconocidas de la acción por un lado, por las consecuencias no intencionadas por el otro.”¹⁴ No se pretende por lo tanto presentar un agente al estilo cartesiano, que suponga plena conciencia, pero sí se presume un conocimiento práctico de las condiciones de la reproducción social como las llama Giddens y un carácter intencional en su accionar.

En busca de favorecer la argumentación, en los tres capítulos que siguen desarrollaremos primero la problemática de la apropiación de aquel pasado que caracterizaremos como traumático, derivándose en el segundo en la relación entre la historia y la memoria, e introduciendo en el último las tesis de filosofía de la historia de Benjamin como marco para repensar las dificultades planteadas. Invitaremos al lector a adentrarse en la dilemática relación que se establece entre la historia y la memoria en tanto prácticas disciplinares que se apropian del pasado límite, para lo cual nos abocaremos a tres cuestiones diferentes que consideramos destacadas para ahondar en

¹¹ Recurramos a una cita más que famosa de Marx y Engels: “las circunstancias hacen al hombre en la misma medida en que éste hace las circunstancias. (Marx, K. y Engels, F., *La ideología alemana*, Montevideo, Pueblos Unidos, 1958, p. 34). De esta manera, ya no se puede pensar en una autonomía plena como en la Ilustración ni en una total constricción, sino que el agente es constituyente y a la vez construido dentro de un contexto histórico determinado.

¹² Cfr. Giddens, Anthony, “Acción, estructura y poder”, en *Profiles and Critics in Social Theory*, Los Angeles, UCP, 1982 [trad. de la cátedra F. L. Schuster – FCS, UBA]

¹³ *Ibidem*, p. 7

¹⁴ *Ibidem*, p. 3

esta conexión: el uso del testimonio, el vínculo con la dimensión política y las nociones de recuerdo y acontecimiento histórico. El análisis de estos puntos nos permitirá concebir los entrecruzamientos entre la apropiación tanto histórica como conmemorativa del tipo de pretérito estudiado aquí. A partir de ello, como señalamos hace un momento, nos enfocaremos en las tesis benjaminianas en función de reflexionar sobre su particular forma de conectar el pasado con el presente, y también con el futuro, otorgándole al primero un papel preponderante. Haremos uso de algunas de sus concepciones, como ser la de recuerdo, tiempo histórico y redención, a fin de aventurar una relación entre la memoria y la historia más dinámica, en donde esta última ya no sea concebida como clausurante, cerrada, sino como generadora de representaciones que abran el debate y, en vez de conllevar el miedo al olvido, propicie nuevas investigaciones y discusiones. En ese marco, a raíz de la propuesta benjaminiana de un tiempo histórico discontinuo, de una apropiación del pasado activa, se hará foco en el lugar de la agencia histórica. Finalmente, sobre el final del trabajo emprenderemos un comienzo de conclusión, en el sentido de que tendrá como objetivo, más que cerrar la problemática, presentar preguntas que abran nuevas líneas de investigación para el futuro.

Capítulo 1.

La problemática de la apropiación del pasado traumático en nuestros tiempos

I. Introducción

Tal como señalamos en la introducción, el disparador de este trabajo es el acontecer de aquellos sucesos del siglo XX distinguidos por una violencia sistemática y extrema de carácter estatal, frente a los cuales se ha producido un desafío por la forma de representarlos. Estos eventos no parecían acomodarse a las maneras de apropiación que la historia disciplinar ofrecía, por lo que se generó una dificultad en el ámbito académico que requería de nuevas estrategias para poder pensarlos, surgiendo las políticas de las memorias como una alternativa posible.

Una de las características que hace particulares a estos acontecimientos y genera inconvenientes, tanto para la historia como para las sociedades que buscan su comprensión, es aquella de su ambigüedad temporal; con esto queremos decir que estos hechos poseen una doble locación: estrictamente, son hechos que ocurrieron tiempo atrás, que pertenecen al pasado, pero en otro sentido (podríamos llamarlo vivencial o experiencial), siguen estando en el presente, siguen estando presentes. Esto se debe a que han dejado una herida abierta en nuestra actualidad, una herida que no ha podido cerrarse, conectándose ello con la demanda de memoria y de justicia por las víctimas. Son eventos a los que no se ha llegado a un consenso sobre cómo darles un significado¹⁵, sobre cómo reflejar las experiencias de aquellos que los han vivenciado. Esto genera un pasado que podríamos llamar inconcluso, un pasado que no sólo ejerce efectos sobre el presente, sino que, como ya mencionamos, está presente, no permitiendo mantener clara la distinción entre ambos momentos temporales¹⁶.

¹⁵ Más adelante veremos cuán problemática es la búsqueda de un consenso en torno a estos sucesos, ya que puede pensarse que esto último implicaría la clausura, el cierre del conflicto, acarreado el silencio de los sobrevivientes junto con la exculpación de los victimarios.

¹⁶ Recurrimos nuevamente al citado artículo de Tozzi: "Mas específicamente, estos acontecimientos exhiben una temporalidad ambigua, pues en su sentido *literal*, pertenecen al pasado, los regímenes que los ocasionaron ya no están vigentes, pero, en un sentido vivencial, son presente. La inquietud por afrontar esta ambigüedad temporal condujo a muchos teóricos a abordarlos en términos de la teoría psicoanalítica del trauma dado que, justamente, lo que los hace peculiarmente traumáticos es su dimensión post-traumática, esto es, la insistente reactualización sintomática o la repetición compulsiva de la experiencia de la violencia por parte de la víctima. Es esta pervivencia en el presente, su naturaleza *post*, su efecto demorado, la que compromete la posibilidad de su comprensión. (Tozzi, V., *op. cit.*, p. 85)

Con el fin entonces de distinguir a estos sucesos haremos uso de la noción de trauma de la teoría psicoanalítica, la cual creemos que nos permitirá reflexionar, no sólo sobre los problemas que acarrearán estos eventos para la esfera privada de quienes los vivenciaron, sino también sobre su posible agenciamiento en la esfera pública.

II. Consideraciones sobre la aplicación de la categoría de *trauma* a los acontecimientos históricos

Para dar cuenta de la utilización de la noción de trauma en la descripción de los citados eventos del pasado reciente, seguiremos principalmente a Dominick LaCapra, historiador norteamericano que hace uso de esta articulación. Tomando la teoría psicoanalítica como base, el primer punto importante de señalar es que estos acontecimientos no son *per se* traumáticos, sino que lo que los vuelve tales es la forma en que luego son revividos por aquellos que los han experimentado (condición tardía del trauma). Es decir, lo que los hace excepcionales y distinguibles de otros es la manera en que son repetidos en el presente y no su simple acontecer en el pasado. Se vuelve fundamental entonces aclarar aquí que, más allá de que en las páginas subsiguientes nombraremos a estos hechos como traumáticos a fin de distinguirlos, no es porque consideremos que haya una cualidad intrínseca a ellos que los transforma en tales, sino que encontramos un modo de experimentarlos en términos de trauma, topándonos así con lo que se conoce como la repetición compulsiva o *acting out* y con la elaboración o *working through*.

Antes de adentrarnos en la descripción detallada, vale la pena citar al propio LaCapra, quien en una entrevista otorgada a la Escuela Internacional para el estudio del Holocausto, *Yad Vashem*, enmarca la utilidad que les confiere a estas nociones: “I’m obviously trying to take the concepts of ‘acting-out’ and ‘working-through’ from Freud and from psychoanalysis and then developing them in a way that makes them especially interesting for use in historical studies. This means that I don’t try to be orthodox as a psychoanalyst, but really aim to develop the concepts in a manner that engages significant historical problems –and for me, the Holocaust is one of the most important of these problems.”¹⁷ De esta manera, la propuesta es apropiarse de conceptos propios

¹⁷ Entrevista a LaCapra realizada por Amos Goldberg el 9 de junio de 1998 en Jerusalén, extraída de http://www1.yadvashem.org/odot_pdf/Microsoft%20Word%20-%203648.pdf, p. 1

de otra disciplina en busca de clarificar una dificultad que se le presenta a la historia frente a determinados sucesos.

Desarrollemos en primer lugar la idea de *acting out*. Esta noción busca explicar cómo aquel que ha experimentado un suceso límite puede volver a vivirlo en el presente de manera compulsiva y repetitiva; expresa que lo que en verdad hace que un evento adquiera estas características es otro posterior que lo desentierra y dispara esa repetición. A esto nos referíamos cuando hablamos de la ambigüedad temporal en la introducción ya que la persona siente que nuevamente está vivenciando el acontecimiento, sin poder distinguir el pasado del presente, provocándose así una evocación involuntaria. De esta manera, no se puede considerar a esta última como una representación del evento o como algo que acarree su comprensión, asemejándose más bien a un encontrarse todavía atrapado en ese pasado, dando lugar a lo que se conoce como *acting out*¹⁸. Al no producirse la distancia entre ambos momentos temporales es como si la persona todavía estuviera en el pasado, impidiéndole ello interactuar con su presente como un agente responsable de su accionar.

Es distinto cuando se produce lo que se conoce como la elaboración del trauma:

“Cuando el pasado se hace accesible a la evocación en la memoria y cuando el lenguaje funciona aportando cierto grado de control consciente, distancia crítica y perspectiva, se ha iniciado el arduo proceso de repaso y elaboración del trauma de un modo que tal vez no logre jamás trascender plenamente el *acting out* (el acoso de los aparecidos y la experiencia de volver a vivir el pasado con toda su demoleadora intensidad) pero que puede dar cabida a otros procesos vinculados con el juicio, con una responsabilidad limitada y un agenciamiento ético al menos. Tales procesos son indispensables para dejar en paz a los fantasmas, distanciándonos de los aparecidos que nos asedian, reavivando el interés por la vida y recobrando la capacidad de comprometer la memoria en un sentido más crítico.”¹⁹

¹⁸ Si tomamos parte de la definición del término *acting out* de un diccionario psicoanalítico lacaniano, encontramos lo siguiente: “‘Acting out’ es la expresión utilizada en la *Standard Edition* para traducir la palabra alemana *Agieren*, que es la que emplea Freud. Lacan, siguiendo una tradición de los escritos psicoanalíticos, se sirve de este término en inglés. Uno de los temas más importantes que recorren toda la obra de Freud es la oposición entre la repetición y el recuerdo. Por así decirlo, éstos son los ‘modos contrastantes de traer el pasado al presente’ (Laplanche y Pontalis, 1967, 4). Si se reprime el recuerdo de los acontecimientos pasados, ellos vuelven expresándose en acciones; cuando el sujeto no recuerda el pasado, por lo tanto, está condenado a repetirlo actuándolo en el *acting out*. A la inversa, la cura psicoanalítica apunta a romper el ciclo de la repetición, ayudando al paciente a recordar. (Evans, Dylan, *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis lacaniano*, trad. de Jorge Piatigorsky, Buenos Aires, Paidós, 2003, p. 29)

¹⁹ LaCapra, D., *Escribir la historia, escribir el trauma*, trad. Elena Marengo, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005, p. 108

Como podemos observar, en estos casos la persona tampoco llega a superar del todo la repetición compulsiva, pero al menos comienza a distinguir entre el pasado y el presente y, a partir de ello, puede posicionarse desde otro lugar en el momento en que le toca vivir, consiguiendo actuar en consecuencia. Es por esto que LaCapra señala que ambas formas de relacionarse con el trauma no deben verse como dicotómicas, como oposiciones binarias, sino que, por el contrario, deben considerarse como partes de un mismo proceso²⁰. Ya pensando en el uso que haremos de estos conceptos sobre el final de la tesis, en tanto búsqueda de la elaboración, no creemos que ello implique la clausura del evento en cuestión, conllevando su olvido en el presente, sino que permite adquirir una capacidad crítica hacia ese pasado, lo que permitirá a su vez tenerla hacia el presente y por ende hacia el futuro. El madurar distintos tipos de elaboración²¹ no debería generar conflictos con la idea benjaminiana -que más adelante analizaremos- de recurrir a un pasado inconcluso como motivación para el presente, ya que el *working through* no parece presuponer el cierre de ese pretérito, sino la posibilidad de pensarlo como separado, si bien no en forma tajante, del presente, pero afectándolo de igual manera. Porque, aunque en Benjamin se podría concebir también una cierta relación de temporalidad ambigua entre el pasado y el presente, ambigüedad que daría la impresión de extinguirse con la elaboración del trauma, en verdad la estrecha conexión entre pasado y presente en este autor alemán no entraña una no separación; más bien la requiere para poder forjar el pasado como tal y desde allí pensar la relación de salto o dialéctica con el presente.

Alejándonos un poco del lenguaje psicoanalítico, es en este traspaso a la dimensión ética reflejado por la cita de LaCapra adonde entra en juego la responsabilidad, lo que nos es útil para comenzar a introducir la problemática de la agencia histórica en torno a estos sucesos, ya que se vuelve muy controvertido el exigirle a alguien que ha sufrido un evento extremo el que cierre definitivamente ese pasado y lo articule críticamente en su presente. Sin embargo, no es exactamente eso lo que está en discusión aquí dado que no se pretende una apropiación que cierre las heridas completamente, una elaboración que implique un olvido, sino intentar la

²⁰ Esta aclaración de LaCapra se vincula con el aporte deconstructivista cuestionador de esta clase de oposiciones. Este autor prefiere utilizar la noción de distinción, la cual no implica una relación dicotómica, sino que da lugar a la interacción entre ambas partes, más allá de no perder de vista las diferencias existentes.

²¹ "El duelo no es la única modalidad de elaboración, aunque es muy importante. Entre otros procesos de elaboración, se pueden mencionar ciertas formas de narrativa crítica y no totalizadora, así como el pensamiento y el quehacer autocrítico. (*Ibidem*, p. 87)

recuperación del pasado a través de debates, de polémicas, de la creación de discusiones, que enriquezcan tanto nuestro presente como nuestro futuro. En un instante retomaremos esto.

Por el momento, quisiéramos señalar en primer lugar que una de las críticas más recurrentes realizadas contra la traspolación de esta noción de trauma a aquellos eventos límites del pasado es justamente esa misma: el paso de un concepto pensado en términos individuales a lo colectivo. Se sostiene que, si de por sí el trauma es difícil de delimitar dentro del psicoanálisis mismo, más todavía lo será en el ámbito social²². Ahora bien, nosotros partimos de la idea de LaCapra citada sobre el comienzo del apartado, según la cual no se pretende hacer un uso literal de esta noción, sino más bien tomar aquellas particularidades que le sean útiles al campo historiográfico para hacer frente al análisis de estos acontecimientos. Un ejemplo es la relación del trauma con la dificultad de la representación: “At the heart of the idea of traumatic memory, as it developed particularly in relation to the sexual abuse of children, is the idea of unrepresentability. Following a terrible event, it suggests, memory goes into crisis, and refuses the knowledge of what has happened.”²³ En términos colectivos, estos eventos han provocado el mismo problema, dando lugar a un debate que en el siguiente punto veremos más en detalle. La dificultad para representar estos sucesos por parte de quienes los han vivenciado se traslada a la dificultad de la historia y sociedades para hacer lo mismo; encontramos por ejemplo quienes niegan totalmente esta posibilidad o quienes alegan la necesidad de límites.

También se vuelve valioso para deliberar, tal como dejamos en suspenso hace un momento, sobre la capacidad de agenciamiento. No olvidemos que la idea de nuestro trabajo es pensar una propuesta de apropiación del pasado traumático que busca ampliar aquellas del tipo histórico y conmemorativo, relacionándose ello directamente con el concebir la agencia histórica de manera activa. De esta manera, la traspolación de la noción de trauma sobre estos hechos nos permitirá reflexionar, no sólo sobre la

²² Duncan Bell hace mención a esta problemática: “And even if psychoanalysis can provide a satisfactory account of individual behaviour, it is often not clear how useful it is as a concept for analysing collectives. Though ‘specific visions of the past might originate in traumatic experiences’, Wulf Kansteiner contends, ‘they do not retain that quality if they become successful collective memories. The concept of trauma, as well as the concept of repression, neither captures nor illuminates the forces that contribute to the making and unmaking of collective memories’. (Bell, D., “Introduction. Memory, Trauma and World Politics”, en Bell, D. (editor), *Memory, Trauma and World Politics. Reflections on the Relationship Between Past and Present*, Londres, Palgrave Macmillan, 2006, pp. 08-09)

²³ Hodgkin, Katherine y Radstone, Susannah, “Introduction. Contested pasts”, en Hodgkin, K. y Radstone, S. (editoras), *Contested Pasts. The politics of memory*, Londres, Routledge, 2003, p. 6

dificultad que atraviesa un sobreviviente cuando debe enfrentar su presente, sino también sobre los inconvenientes que tiene una sociedad cuando debe enfrentar su presente tras la ocurrencia de un evento de estas características. Tomando nuevamente la introducción de Duncan Bell, en ella se hace mención a la crítica de la historiadora Joanna Bourke, quien plantea que a raíz de la utilización de la noción de trauma se ha generado en las sociedades occidentales una cultura de la víctima indiferenciada, a partir de la cual se da lugar a “a politically neutering effect”²⁴. Pero el hecho de aplicar esta idea a colectivos y no a individuos no significa que todas las personas de aquellas sociedades que hayan atravesado un suceso traumático se transformen en víctimas, sino que lo que se genera es una dificultad para elaborar ese evento (en términos psicoanalíticos sería el síndrome post-traumático), excediendo a estas últimas y viéndose reflejada en el ámbito público. En la tercera parte del trabajo articularemos la problemática de la agencia histórica con la noción benjaminiana de tiempo histórico, la cual creemos que nos permitirá concebir la apropiación del pasado desde un lugar de responsabilidad hacia el presente.

Antes de finalizar el apartado, es central advertir que la aplicación de la categoría de trauma se ha dado casi exclusivamente sobre el caso del Holocausto y no sobre otros genocidios o dictaduras. El catalogar al primero como un hecho único e irrepetible, y por lo tanto incomparable, ha ayudado a no expandir esta terminología; sin embargo, no es ese nuestro caso, ya que, más allá de que es indispensable no perder de vista las particularidades de cada acontecimiento, también es cierto que tienen rasgos comunes que permiten analizarlos como eventos traumáticos²⁵.

III. El desafío a la representación

Una de las problemáticas que abrigan estos hechos límites es la de su representación. En relación con la misma, nos encontramos con dos dificultades: por un lado, el debate en torno a la posibilidad o no de representar estos acontecimientos, surgiendo, en caso afirmativo, la cuestión de la forma en que debe hacerse; y, por el otro, la pregunta de si efectivamente es deseable alcanzar una representación consensuada, con las implicancias que ello acarrea. Ambas están íntimamente

²⁴ Bell, D., *op. cit.*, p. 9

²⁵ Cuando veamos la distinción trazada por Todorov entre memoria literal y memoria ejemplar se clarificará esta idea.

conectadas, por lo que más allá de distinguirlas aquí, se verán entrecruzadas en la exposición.

Comenzando por la primera dificultad mencionada, en busca de dar cuenta de la postura de quienes afirman la irrepresentabilidad, tomaremos el conocido caso del director francés Claude Lanzmann, autor del documental (si es que así puede catalogarse) *Shoah*, estrenado en 1985. El film consta de una serie de entrevistas, tanto a testigos y sobrevivientes como a perpetradores del exterminio nazi; a lo largo de las más de nueve horas de duración, se sucede un testimonio tras otro, sin mediar ninguna voz *en off*, relato cronológico o dramatización. Es el propio Lanzmann quien lleva adelante las entrevistas, instando, en caso de ser necesario, al entrevistado en su deber de contar lo vivenciado. Uno se cuestiona entonces cómo es que quien alega la imposibilidad de representar este acontecimiento realiza un film tan extenso sobre él. Y la respuesta nos la otorga el mismo Lanzmann al señalar que lo único que está haciendo es exponer testimonios, uno detrás de otro, sin búsqueda alguna de explicar lo acontecido; para este director indudablemente no existe la posibilidad de comprender este evento, clasificándolo como una experiencia engeguecedora. Parecería ser que no hay forma de representar tanto horror y muerte, y lo único que puede hacerse es escuchar a quienes han estado allí²⁶. Frente a este pasado traumático una explicación causal se ve como justificatoria, perdiéndose una dimensión clave como la moral.

Muchos de los propios sobrevivientes también exteriorizan la imposibilidad de expresar en palabras lo que han vivido (el problema de decir lo indecible) y critican fuertemente algunas de las representaciones que se han realizado, calificándolas de banales o triviales frente a acontecimientos de estas características. Un ejemplo es el de Elie Wiesel, escritor rumano y sobreviviente de campos de concentración nazis, quien desacreditó la serie televisiva norteamericana *Holocausto*, temiendo por la pérdida de la distinción entre ficción y realidad. En este punto pasamos ya a la discusión en torno a los límites de la representación; para dar cuenta de algunas de estas controversias, recurramos a lo expuesto por Saul Friedlander en su memorándum de la conferencia

²⁶ No es tema de este trabajo, pero mucho se ha discutido sobre el papel que tiene el entrevistador cuando recaba un testimonio y la dificultad de no caer o en el extremo de la objetificación total o en el de la identificación total. En este caso particular, LaCapra plantea que Lanzmann, más allá de su pretendido logro de neutralidad, termina identificándose con las víctimas: "There is almost the desire to identify with the experience of the victim because he himself has not been a victim, yet somehow feels that he should have been a victim, that he should have been part of this process. On one level, this is very moving, but it can also lead to a very intrusive kind of questioning in the actual encounter with the victim. (Entrevista a LaCapra, *op. cit.*, p. 4)

organizada por él mismo “El nazismo y la ‘solución final’: probando los límites de la representación”, realizada en Los Ángeles en 1990:

“En su memorandum sobre las razones para esta conferencia, Friedlander distingue entre dos tipos de cuestiones que pueden surgir en la consideración del tema del tramado histórico y el problema de la «verdad»: cuestiones epistemológicas suscitadas por «las narrativas *contrapuestas* sobre la época nazi y la solución final» y cuestiones éticas planeadas por el ascenso de las «representaciones del nazismo [...] basadas en lo que solían ser [vistos como] modos *inaceptables* de tramar» (la cursiva es mía).²⁷

Pensando en el segundo ítem, las críticas mayormente se dirigen a las formas elegidas para representar lo acontecido, dando a entender que hechos como los tratados aquí no pueden ser objeto de representación a través de la comedia o la burla, o el destacado caso del cómic *Maus: relato de un superviviente*, de Art Spiegelman²⁸. En el texto citado, White analiza el caso extremo de Berel Lang, quien “argumenta contra cualquier uso del genocidio como tema de escritura ficcional o poética.”²⁹ La propuesta entonces es la crónica de los hechos, sin dar lugar alguno al discurso figurativo, debiendo mantenerse en uno literal, buscando evitar así el peligro de la estilización. En ese marco, White sugiere la caracterización de estos eventos como modernistas, por lo que “su representación, ya sea en la historia o en la ficción, requiere cierto tipo de estilo, el estilo modernista, que fue desarrollado para representar la clase de experiencias que el modernismo social hizo posible”³⁰. Se describe entonces el modernismo literario, conectándose con la voz media griega, la cual, a diferencia de la activa y pasiva, denota al sujeto como interior a la propia acción; este estilo se distingue del realismo del siglo XIX, no tanto porque pretenda dejar de ser realista, sino más bien porque la realidad a la que se enfrenta ya no es la misma. Cuando más adelante nos ocupemos del análisis de este filósofo de la historia hacia algunos textos de Primo Levi en tanto testimoniante del Holocausto, no debemos olvidar que este último es valorado como un escritor modernista.

De esta manera, y más allá del propio debate interno en torno a los límites de la representación, se vuelve indispensable subrayar que, en el contexto de la discusión sobre la posibilidad misma de representación, contrariamente a lo estipulado por

²⁷ White, H., “La trama histórica y el problema de la verdad en la representación histórica”, en White, H., *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, ed. cit., pp. 190-191

²⁸ Spiegelman, A., *Maus I y II*, trad. César Aira, Buenos Aires, Emecé, 1994

²⁹ White, H., *op. cit.*, p. 201

³⁰ *Ibidem*, p. 215

quienes califican estos eventos como irrepresentables, lo que se encuentra es una demanda intensa para repensar su representación, no debiendo cerrarse las puertas a la misma.

La segunda pregunta que nos realizamos al comienzo del apartado, aquella sobre la búsqueda de una representación consensuada, se relaciona directamente con lo que analizaremos más adelante en torno a la apropiación del pasado traumático. El inconveniente parece estar en lo que implica una representación de este tipo: el que se encuentre un consenso sobre lo acontecido, el que una sola representación dé sentido a lo ocurrido³¹, genera el miedo del olvido, de que ese pasado quedé definitivamente en el pasado, dando lugar a una reconciliación y exculpación de los perpetradores.

Esta discusión se conecta con la vieja disputa entre ciencias naturales y ciencias sociales o humanas, según la cual las primeras parecen haber logrado arribar a un consenso sobre el método a usar, sobre las interpretaciones consideradas válidas, mientras que las segundas van en esa búsqueda, pero sin poder conseguirlo todavía. Se suscita así en la historia la controversia en torno a cuáles deberían ser los criterios para dictaminar cuál es la mejor representación de lo ocurrido, como si fuera posible alcanzar un relato verdadero sobre el pasado. Tomemos en lugar de esto la propuesta realizada por Tozzi en su ya citado artículo:

“Hemos promovido a lo largo del trabajo que en nuestro encuentro con el pasado reciente el compromiso y el objetivo que deben guiar no pueden dirigirse a la producción del relato verdadero acerca del pasado, alguna versión final o la certeza apodíctica. Por el contrario, en el caso de los sucesos del pasado reciente (tal vez de manera más patente que en otros sucesos de pasado) el objetivo que guía la producción y elección de representaciones es la promoción de aquellas que sugieran preguntas y nuevas vías de investigación como para que valga la pena no dejar de pensar en ellos.”³²

³¹ La conexión entre representación y significado es reflejada por Hodgkin y Radstone: “The attempt to resolve meaning in the present is thus often a matter of conflicts over representation: where a memorial should be sited, what artefacts a museum should include, whose views should be sought in television interviews. In these debates the contest is often over how truth can best be conveyed, rather than what actually happened. There may be agreement as to the course of events, but not ever how the truth of those events may be most fully represented, or what should be the explanatory and narrative context that would make sense of a given episode. (Hodgkin, K. y Radstone, S., *op. cit.*, p. 1). Esto retoma lo dicho en nuestra introducción sobre el carácter representacional, y no factual, del problema; el buscar imponer una única representación sobre un evento conlleva buscar imponer una significación también única, suponiendo además la posibilidad de una correspondencia directa entre lo que efectivamente ocurrió y la forma de representarlo.

³² Tozzi, V., *op. cit.*, p. 95

Se propone así no seguir buscando una representación única que pretenda otorgarle un significado o sentido también único al evento en cuestión, sino estimular representaciones del tipo no conclusivo, no definitivo, representaciones que en lugar de intentar legitimarse como la única posible, abran el camino para el debate. Se perdería de esta manera el miedo al olvido, al cierre de la historia, ya que la intención es totalmente contraria, conllevando ello también una situación de agenciamiento, en donde nos pensemos inmersos en la esfera pública como agentes responsables. Creemos que una lectura de Benjamin partiendo de los desafíos planteados por la Nueva Filosofía de la Historia a ciertas consideraciones ingenuas de la historia que habilitan a su vez a una consideración ingenua de relación dicotómica entre historia y memoria, nos acercará a esta clase de apropiación.

IV. Apropiación histórica y apropiación conmemorativa

Tras la caracterización de aquellos eventos que han atormentado al siglo XX como límites y de experiencia traumática, y de señalar las dificultades que su representación conlleva, surge preguntarse por la forma en que nos apropiamos de ellos. Y el interrogante indefectiblemente asoma porque recordemos que la particularidad de este pasado es que se encuentra todavía abierto, que se muestra inconcluso; es un pasado que todavía clama por justicia, por ser recordado, por no caer en el olvido. Las huellas que ha dejado siguen latiendo, las voces de los muertos continúan, al menos, murmurando, y eso hace que la respuesta a cómo lidiar con él se vuelva más difícil de explorar³³.

En vistas a proponer una apropiación que desarme la tensión entre historia y memoria e instale como prioridad una agencia histórica activa, repasemos cuáles entendemos han sido las dos estrategias en disputa a través de las que se ha intentado

³³ No sólo Benjamin, sobre quien discurriremos en el capítulo tres, plantea un pasado de este tipo, sino que Derrida, con su *hauntology*, también aporta a esta concepción de un pretérito que parece no encontrarse cerrado, buscando deshacer la oposición binaria entre vida y muerte. En *Espectros de Marx* propone que aprender a vivir significa aprender a vivir con espectros, con los rastros o huellas que los muertos (y también quienes todavía no nacieron) dejan en el presente, en un ir y venir que mezcla elementos conscientes e inconscientes (Cfr. Brown, Wendy, *Politics out of History*, Princeton, Princeton University Press, 2001, pp. 144-155). "By insisting on the political face of history as a persistent question about the way the past is remembered or disavowed, Derrida has rendered impossible (as does Benjamin) any pure categories in the attempt to separate history from memory. We inherit not 'what really happened' to the dead but what lives on from that happening, what is conjured from it, how past generations and events occupy the force fields of the present, how they claim us, and how they haunt, plague, and inspire our imaginations and visions for the future. (*Ibidem*, p. 150)

recuperar este pasado: nos encontramos entonces con la apropiación conmemorativa y con la apropiación histórica. La primera parece vincularse más con la memoria, con un eje subjetivo, con la búsqueda de mantener vivo el recuerdo que implica un no olvidar, con una demanda permanente de justicia; mientras que la segunda se conecta mayormente con la pretensión de reconstruir el pasado manteniendo la fidelidad a los archivos, a los documentos, a una verdad que supuestamente está allí para ser contada. Con el tiempo, esta idea propia de la historia disciplinar se fue disipando con las críticas de la Nueva Filosofía de la Historia, aunque todavía en la práctica parecen mantenerse algunas pretensiones como la de distancia crítica; en un momento retomaremos este punto en mayor detalle. En este apartado entonces haremos una breve introducción de ambas formas de apropiación para después adentrarnos en su distinción a través del análisis de la dilemática relación entre memoria e historia.

Ejemplos de apropiación conmemorativa se encuentran con cierta facilidad en los últimos tiempos: gran cantidad de museos se han creado a raíz de estos sucesos traumáticos, se ha vuelto habitual la realización de eventos recordatorios debido a los aniversarios de fechas significativas³⁴, la formación de asociaciones y/o agrupaciones que reclaman justicia y memoria por las víctimas del pasado. Este último punto nos permite empezar a acercarnos a la apropiación histórica, ya que más allá de que uno pueda citar libros, ensayos, artículos, en donde se intenta reconstruir lo sucedido desde la disciplina historiográfica, uno puede cuestionarse hasta qué punto aquellos que claman por justicia, aquellos que piden memoria, aquellos que exigen verdad, desean realmente una apropiación de este tipo, o prefieren mantenerse en la conmemorativa por el miedo a que una apropiación de otro carácter genere el comienzo del olvido³⁵. Paradójicamente, parecen anhelar la verdad histórica, pero en el marco de las políticas de la memoria; esta concepción ingenua de un acceso de primera mano al pasado será puesta en crítica en nuestros desarrollos posteriores.

Esto nos obliga a retomar la dificultad que señalamos al referirnos a la problemática de la representación: ¿se busca llegar a un cierre, a un consenso, a una representación del acontecimiento avalada por todos, o al menos por la mayoría? El peligro que se plantea para muchos es que el consenso o la posibilidad de encontrar una

³⁴ La institucionalización en el año 2006 del 24 de marzo como un feriado nacional en nuestro país es una visible muestra, siendo denominado *Día Nacional de la Memoria por la Verdad y la Justicia*.

³⁵ Como curiosidad, en términos discursivos también se refleja esta idea: "It would be hard to substitute memory for history in idioms such as 'but that's history now', or 'you're history!'... (Hodgkin, K. y Radstone, S., *op. cit.*, p. 10)

explicación causal de los hechos llevaría indefectiblemente a la conciliación, al perdón, a una justificación de lo acaecido que significaría una nueva muerte para las víctimas. Una reconciliación que implicaría una traición a la lucha. El cuestionamiento precedente nos hace preguntar por qué se cree que la historia nos otorgará una apropiación cerrada, conclusiva del pasado, lo que nos retrotrae a lo mencionado hace un instante: en tanto disciplina científica, la historia tradicional tiene como finalidad reconstruir el pasado tal como efectivamente sucedió. Esta última parece no tener lugar en el debate público, en la discusión política, y por eso es muchas veces rechazada como clausurante; pero no es esa la historia que buscaremos postular en el capítulo tercero con la ayuda de Benjamin y sobre la cual ya adelantamos algo, sino que estará orientada a abrir el debate, la investigación y a pensar una posible apropiación que se valga del pasado traumático para dar cuenta de la posibilidad de cambio en el presente³⁶. La conexión con la política y con la memoria se mostrarán así insoslayables.

Ahora bien, las críticas de la denominada Nueva Filosofía de la Historia hacia la historiografía tradicional parecen estar también orientadas en esta última dirección, por lo que se vuelve indispensable desde un principio mencionar algunos de sus aportes para encuadrar el debate del próximo capítulo y la proximidad con ciertas ideas benjaminianas³⁷. Movimiento originado con la publicación en 1973 de *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe* de Hayden White, esta corriente se contrapone a los presupuestos epistemológicos postulados por la historiografía “académica”: el rechazo a erigir la historia como una ciencia, a la posibilidad de alcanzar el relato verdadero acerca del pasado y a la concepción representacionista del conocimiento histórico. Estas críticas se enmarcan en la utilización de los desarrollos del giro lingüístico para analizar el discurso propiamente histórico, es decir, se puso el foco en la dificultad de distinguir aquello que se decía de la forma en que se lo decía, derivándose en la imposibilidad de separación entre el contenido y la forma: “in historiography it is particularly difficult to distinguish between what is said and how it

³⁶ “...to contest the past is also, of course, to pose questions about the present, and what the past means in the present. Our understanding of the past has strategic, political, and ethical consequences. Contests over the meaning of the past are also contests over the meaning of the present and over ways of taking the past forward. (*Ibidem*, p. 1)

³⁷ Para este análisis recurrimos a dos textos que dan cuenta de este movimiento: Ankersmit, Frank, “The Dilemma of Contemporary Anglo-Saxon Philosophy of History”, *History and Theory*, Vol. 25, N° 4, Beiheft 25: Knowing and Telling History: The Anglo-Saxon Debate (Dec., 1986), pp. 1-27 (a quien le debemos la denominación Nueva Filosofía de la Historia) y White, H., “Prefacio”, en White, H., *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. de Stella Mastrángelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 09-12.

is said. Consequently, historiography is *preeminently* the discipline where ‘the compulsion of language’ tends to be confused with ‘the compulsion of experience’ and where that which *seems* to be a debate on reality is *in fact* a debate on the language we use.”³⁸ De esta manera, White habla de un acto de prefiguración, acto que enuncia como esencialmente poético, a través del cual el historiador elige los recursos lingüísticos o discursivos a emplear en su representación del pasado; por ello el análisis sobre el lenguaje se vuelve clave, ya que, a diferencia de la historiografía tradicional que se preocupaba por la correspondencia entre aquello que se afirmara sobre el pasado y la verdad de lo ocurrido, pensando en términos de explicación histórica, White desmantela la posibilidad de pensar lo relatado como un espejo llano del pasado, buscando mostrar que el lenguaje utilizado por el historiador no es transparente o ingenuo. Si tomamos esto en nuestro marco de discusión, haciendo referencia a la apropiación del pasado traumático, podemos observar cómo en verdad ya no se trata sólo de acceder al pasado y relatar lo que efectivamente ocurrió, sino que en la misma forma de traer ese pretérito al presente hay una constitución de ese pasado, advirtiéndose entonces los compromisos -ontológicos, políticos, estéticos- que subyacen a esas elecciones. Retomaremos esto a lo largo de la exposición para mostrar que la crítica a la historia que surge de las políticas de la memoria cae en la trampa de estar peleando contra una consideración de la misma que ya ha sido discutida por esta corriente y cómo sus aportes se acercan a algunas nociones de Benjamin que veremos en la tercera parte del trabajo.

De esta manera, creemos que estas dos formas distintas (obviamente conectadas, pero que tienen enfoques diferentes) de traer al presente este pasado traumático reabren algunas de las discusiones en torno a la relación entre la historia y la memoria. La idea aquí es repensar esto desde las dificultades que abrigan estos sucesos límites y, a partir de allí, introducir algunos conceptos benjaminianos que servirán para esbozar nuevas respuestas -y por qué no, también preguntas-, buscando proponer una apropiación alternativa a las ya existentes, aunque sin dejar de implicarlas.

³⁸ Ankersmit, F., *op. cit.*, p. 16

Capítulo 2.

La relación dilemática entre historia y memoria

I. Introducción

No siempre la historia ha sido una disciplina que generara tanto interés filosófico como ha sucedido desde los tiempos iluminados; de hecho la filosofía de la historia es una disciplina que desde su surgimiento estuvo ligada a la noción de progreso, idea que tiene su nacimiento en el período de la Ilustración³⁹. Ya desde ese entonces la historia tenía relación con la memoria, conexión que no debería sorprendernos dado que ambas tienen su foco puesto en el pasado⁴⁰, aunque en aquel momento “nuestro moderno concepto de historia nace, de un lado, como un intento de priorizar la verosimilitud de los hechos en desmedro de la «elegancia» de la escritura histórica y, de otro, como un esfuerzo por debilitar la filiación que la historia tenía con la memoria desde sus orígenes griegos, en favor de una mayor incumbencia de la razón en la operación historiográfica.”⁴¹ La búsqueda estaba orientada hacia erigir la historia como una disciplina científica delimitada, contando con un método propio que permitiera garantizar la verosimilitud del acontecimiento caracterizado como histórico. En ese intento por equipararla con las ciencias naturales se produce un distanciamiento de la literatura y de la memoria, considerada subjetiva, promoviéndose, por el contrario, un acercamiento hacia la razón como el instrumento necesario para alcanzar el conocimiento histórico.

Ahora bien, nuestro análisis en torno a esta relación se centrará en el apogeo que la memoria ha tenido sobre todo a partir de mediados del siglo XX, haciendo foco en aquellos eventos límites que han despertado no sólo el interés de los historiadores, sino también de las sociedades que intentan encontrar una explicación para ellos. A esto nos referíamos cuando sostuvimos que era una temática de relevancia no sólo para la disciplina historiográfica, sino también para la política y la ética; los cuestionamientos

³⁹ Cfr. Mudrovcic, M. I., *op. cit.*, p. 5

⁴⁰ La historia desde la antigüedad estuvo vinculada con la memoria, el testimonio y la narración. Lo sucedido se transmitía de generación en generación gracias al relato de aquellos que poseían la autoridad para contar lo acontecido, es decir, quienes lo habían vivenciado; Le Goff se refiere entonces a la historia-como-narrativa o historia-como-testimonio (Cfr. Le Goff, J., *op. cit.*, p. xvi).

⁴¹ Mudrovcic, M. I., *op. cit.*, p. 6

que irán surgiendo en nuestro trabajo se entrelazan fuertemente con estas dos últimas dimensiones. En este marco se dará el desarrollo de las políticas de la memoria sobre las cuales girará parte del análisis.

Con la intención de indagar sobre el movimiento comúnmente llamado “giro memorialista” o “memory boom”, comencemos por el diagnóstico propuesto por el filósofo alemán Andreas Huyssen:

“Uno de los fenómenos culturales y políticos más sorprendentes de los últimos años es el surgimiento de la memoria como una preocupación central de la cultura y de la política de las sociedades occidentales, un giro hacia el pasado que contrasta de manera notable con la tendencia a privilegiar el futuro, tan característica de las primeras décadas de la modernidad del siglo XX.”⁴²

En busca de dar cuenta de este vuelco, Huyssen se hace eco de la noción de futuro presente de Reinhart Koselleck, postulando que “el foco parecería haber pasado de los futuros presentes a los pretéritos presentes”⁴³. Retomemos esta idea koselliana, la cual es desarrollada en relación con las categorías de “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativa” creadas por el propio autor. Estas últimas surgen a partir de la búsqueda de analizar el tiempo histórico, siendo útiles para ello debido a su capacidad para entrelazar el pasado con el futuro: según cómo las distintas sociedades han conceptualizado el pasado tendrá consecuencias en la forma en que concebirán su futuro. En su libro *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*⁴⁴, Koselleck describe ambos conceptos como formales, en tanto no dan cuenta de la realidad histórica, es decir, de los acontecimientos propiamente dichos, sino que establecen las condiciones de las distintas historias posibles; a raíz de ello también

⁴² Huyssen, A., “Pretéritos presentes: medios, política, amnesia”, en Huyssen, A., *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, trad. de Silvia Fehrmann, Buenos Aires, FCE, 2007, p. 13

⁴³ *Ibidem*, p. 13. Nora Rabotnikof también recupera esta idea: “Quienes han reflexionado en torno al tema de la memoria histórica, parecen coincidir en la idea de que el fin de siglo y la alborada del milenio han desatado una euforia mnémica. Algunos hablan de un excedente de memoria. Otros reconocen sin más la aparición de una industria de la memoria, que va desde las modas retro hasta la musealización compulsiva. Y la mayoría asocia este *boom* de la memoria con un agotamiento o crisis de los proyectos de futuro. De manera paradójica, si el pensamiento crítico acusó siempre a la cultura occidental de estar construida sobre una especie de amnesia estructural, la cultura de finales de siglo pasado respondió a esta acusación con un gran giro al pasado. De los *futuros presentes* que animaron y dieron sentido a los proyectos de modernización y a las estrategias revolucionarias, hemos transitado hacia los *futuros pasados* recuperados o reconstruidos a través de la memoria. (Rabotnikof, N., “Recordando sin ira: memoria y melancolía en la relectura de Franz Fanon”, en la Revista Internacional de Filosofía Política, Nº 20, ejemplar dedicado a *El nuevo desorden mundial*, 2002, p. 74)

⁴⁴ Koselleck, R., *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, trad. de Norberto Smilg, Barcelona, Paidós, 1993

denomina estas categorías como metahistóricas. Recapitulando entonces lo dicho hace un momento y haciendo uso de las nociones introducidas, cada sociedad relaciona la posibilidad de su expectativa con su experiencia pasada⁴⁵.

En el caso que nos compete, es la expectativa la que se enlaza con la noción de futuro presente: “está ligada a personas, siendo a la vez impersonal, también la expectativa se efectúa en el hoy, es el futuro hecho presente, apunta al todavía-no, a lo no experimentado, a lo que sólo se puede descubrir.”⁴⁶ De esta manera, queda claro cómo en la modernidad, a partir de la noción de progreso, la atención se fijó en la idea de un futuro, pero de un futuro con final abierto. Es así que la contemplación se orientaba hacia adelante, hacia un horizonte de expectativas (recordemos que estamos hablando aquí de categorías vacías, sin contenido de historia concreta). Podemos ver como ejemplo el caso de Kant, quien sostiene una idea regulativa para poder intervenir en la realidad, pensando también en una perspectiva futura que, sin embargo, nunca logrará alcanzarse⁴⁷.

Ahora bien, retomando lo planteado por Huysen, en los últimos tiempos ese enfoque parece haber cambiado de dirección, tornándose la vista hacia el pasado. Ya no se trataba de pensar en lo que iba a venir, sino en recordar aquello que ya había sucedido. Frente a esto, la pregunta que asoma es aquella que se cuestiona por los alcances de este movimiento; de hecho muchos de los propios teóricos que lo denotan discuten esto mismo, o al menos señalan la dificultad de precisar o delimitar este surgimiento de la memoria. Jay Winter por ejemplo afirma que “the only fixed point at this moment is the near ubiquity of the term. No one should delude herself into thinking we all use it the same way.”⁴⁸ Él apunta que, en el caso que nos compete, se trata en verdad de la segunda generación de memoria, la cual surge entre 1970-1980 y, a diferencia de la primera, datada entre 1890-1925 y relacionada con el establecimiento de las identidades sobre todo nacionales, se conecta con la fragmentación de esas mismas identidades. En esa línea grafica muy diversos planos que refieren a este “memory boom”: la circulación prolifera de testimonios de víctimas del nazismo (luego de décadas de ausencia), los eventos caracterizados como traumáticos, las críticas

⁴⁵ Cfr. *Ibidem*, cap. XIV: “Espacio de experiencia y horizonte de expectativa. Dos categorías históricas”, pp. 333-7

⁴⁶ *Ibidem*, p. 338

⁴⁷ Cfr. Kant, Immanuel, “Ideas para una historia universal en clave cosmopolita”, en Kant, I., *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia*, trad. de Concha Roldán Panadero y Roberto Rodríguez Aramayo, Madrid, Tecnos, 1994, pp. 03-23

⁴⁸ Winter, J., “Notes on the Memory Boom: War, Remembrance and the Uses of the Past”, en Bell, D., *op. cit.*, p. 73

postmodernistas a los grandes relatos, a la noción de progreso y de racionalidad, el surgimiento de minorías que comienzan a relatar su propia historia, entre otros⁴⁹.

Siguiendo estos análisis, podemos observar que ya no estamos hablando solamente de una memoria dirigida hacia el recuerdo o la reconstrucción de los acontecimientos de experiencia traumática, sino de una cultura de la memoria que parece recorrer ámbitos muy disímiles: inauguración de museos, modas de ropa retro, nuevos medios tecnológicos que aumentan la capacidad de archivo, por citar simplemente algunos ejemplos. No nos explayaremos aquí sobre estas esferas dado que implicaría abarcar áreas que no trabajamos, pero nos parece importante mencionarlo para dimensionar las peculiaridades que este vuelco hacia el pasado ha adquirido en las sociedades occidentales del siglo XX, que lo distinguen de cualquier otra relación con el pasado en otras épocas⁵⁰.

Nos limitaremos aquí a referir algunas de las razones que se han dado para explicar este (re)surgimiento de la memoria como problemática en el ámbito historiográfico, razones que se relacionarán más adelante con la tensión que encontramos entre la propia memoria y la historia en tanto prácticas disciplinares que traen el pasado traumático al presente. Por un lado, nos encontramos con las críticas hacia la historia tradicional por parte del postestructuralismo, postmodernismo y por la Nueva Filosofía de la Historia, las cuales hicieron que la memoria surgiera como una alternativa a las dificultades planteadas. La problematización de distinciones esenciales tales como historia-literatura, historia-retórica, subjetividad-objetividad, permite repensar la demarcación propia del concepto moderno de historia entre la memoria y la historia científica. Robert Berkhofer Jr. señala que “postmodernist theorists questioned the very dichotomies that grounded the paradigm of traditional history: the supposedly inherent differences between literature and science, reality and its representation.”⁵¹ Este cuestionamiento de las oposiciones binarias que rigieron la historia tradicional abrirá las puertas, ante la atenta mirada del giro lingüístico, a que se pierdan las

⁴⁹ “We are clearly dealing with a dissonant chorus of voices here, and the sheer variety of work on memory in contemporary culture precludes any easy analysis of its origin or quality. Above all, it is the overdetermined character of the memory boom that is its most striking characteristic. (*Ibidem*, p. 56)

⁵⁰ “La memoria parece hoy invadir el espacio público de las sociedades occidentales, gracias a una proliferación de museos, conmemoraciones, premios literarios, películas, series televisivas y otras manifestaciones culturales, que desde distintas perspectivas presentan esta temática. (Traverso, Enzo, “Historia y memoria. Notas sobre un debate”, en Franco, Marina y Levín, Florencia (comp.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007, p. 67)

⁵¹ Berkhofer, R., *Beyond the Great Story. History as Text and Discourse*, London, Harvard University Press, 1995, p. 02

caracterizaciones esencialistas y se propulsen los entrecruzamientos entre las distintas categorías supuestamente dicotómicas. Como dijimos recién, la de historia-memoria puede ser una de ellas.

Por otro lado, también el acaecimiento de los eventos caracterizados como traumáticos ha aportado al “giro memorialista”, ya que la búsqueda por mantener vivo el recuerdo y hacer justicia por aquellos que ya no están y han sufrido lo considerado insufrible parece transformarse con el tiempo en un imperativo, generando un desafío para la disciplina historiográfica, sobre todo en términos de su representación, abriendo paso a las políticas de la memoria como un ámbito más fecundo, no sólo para la utilización de recursos simbólicos alternativos a la escritura realista propia de la historia, sino también para la circulación de testimonios. Frente a la incertidumbre y la pérdida de confianza en el mundo que estos acontecimientos provocaron en las sociedades, frente a las crisis identitarias que acarrearón, la memoria se volvió además un instrumento útil de legitimidad política en los momentos de transición, tanto para las prácticas oficiales como opositoras⁵². Ahora bien, es necesario preguntarse si no se corre también el peligro de derivarse en lo que Todorov califica como un abuso causante de conflictividad en el presente.

Pero uno de los principales motivos para pensar este giro se vincula directamente con movimientos como el feminista, el postcolonialista o el multiculturalista, a partir de los cuales surgen nuevos sujetos, quienes comienzan a reclamarle a la historia tradicional su inclusión en ella. Se cuestiona entonces a esta última en tanto única voz autorizada y legítima para relatar lo acontecido, alzando los nuevos sujetos su propia voz en busca de contar su historia. De esta manera, a una primera crítica conceptual y metodológica, esgrimida desde la Nueva Filosofía de la Historia, se agrega otra de naturaleza política, objetándose el autoritarismo de la historiografía tradicional y buscando reapropiarse de ella como un lugar de lucha social⁵³. El hecho de ser parte de la historia, de tener una historia, se vuelve legitimador para el grupo de nuevos sujetos que la cuenta, evidenciándose así un claro cruce epistémico-político, en donde la memoria juega un papel crucial al ser estos relatos ingenuamente equiparados con la verdad histórica, sobre todo en los comienzos de la

⁵² Cfr. Bell, D., *op. cit.*, pp. 05-11

⁵³ Cfr. Berkhofer, R. F., *op. cit.*, pp. 01-04

historia oral⁵⁴. En el apartado siguiente veremos esto en mayor detalle, problematizando esta correspondencia a fin de analizar cómo la apropiación conmemorativa, más allá de tener un eje subjetivista, en cierta manera mantiene la pretensión de estar refiriendo a lo realmente acontecido.

En estos términos, es interesante dejar planteada una pregunta que se realiza Huyssen, la cual estimamos que puede servirnos para empezar a vislumbrar la conexión entre esta primera parte del trabajo con aquella que desarrollará luego la noción de tiempo y agencia histórica en Benjamin:

“Con todos estos fenómenos en marcha, parece plausible preguntar si, una vez que haya pasado el *boom* de la memoria, existirá realmente alguien que haya recordado algo. Si todo el pasado puede ser vuelto a hacer, ¿acaso no estamos creando nuestras propias ilusiones del pasado mientras nos encontramos atrapados en un presente que cada vez se va achicando más, un presente del reciclaje a corto plazo con el único fin de obtener ganancias, un presente de la producción *just-in-time*, del entretenimiento instantáneo y de los placebos para aquellos temores e inseguridades que anidan en nuestro interior, apenas por debajo de la superficie de esta nueva era dorada, en este nuevo fin de siglo?”⁵⁵

Queda así expresada la pregunta por el tiempo presente, en un momento en el que todo parece estar enfocado en el pasado o en el futuro, en donde el presente se muestra simplemente como un instante efímero en el cual nada sucede o todo sucede demasiado rápido⁵⁶. Confiamos en que desde la noción benjaminiana de tiempo-ahora se pueda repensar esta idea, dando lugar a su vez a una apropiación del pasado orientada a la praxis presente.

La propuesta entonces es comenzar a desandar algunos puntos de la relación historia-memoria con la idea de intentar desarticular la separación que a veces parece pesar sobre la misma, sobre todo en términos epistémicos y políticos, dando lugar a los evidentes entrecruzamientos y zonas grises entre ambas. Procuraremos que el vincular exclusivamente la historia con el pasado, con la objetividad, con la distancia crítica, a la

⁵⁴ “In its origin, however, oral history’s view of memory was less complex. It laid claim precisely to an authentic truth excluded from the historical record. It solicited the voices of those who have been silent and ignored throughout the centuries (...) And it found in the memories evoked a counter-narrative, a corrective to the simplifying and patronising assumptions of the traditional makers of history. (Hodgkin, K. y Radstone, S., *op. cit.*, p. 4)

⁵⁵ Huyssen, A., *op. cit.*, p. 28

⁵⁶ “If all that was solid melted into air in the last century, today’s economic, social, and technological transformations occur so rapidly that they often do not achieve solidity before metamorphosing into something else. (Brown, W., *op. cit.*, pp. 138-9)

vez que conectar la memoria con el presente, con la subjetividad, con la política, se vayan disolviendo a lo largo de la exposición. Intentaremos mostrar la forma en que las políticas de la memoria, surgidas frente a la supuesta distorsión en que cae la historia académica en su búsqueda por explicar los sucesos límites, en muchas ocasiones recupera nociones ya criticadas, y cómo la historia misma, más allá de los cuestionamientos desde la Nueva Filosofía de la Historia, en otras muchas ocasiones pretende mantener cierta objetivación y distancia crítica en su apropiación. Para ello, problematizaremos tres cuestiones que creemos que el acaecimiento de sucesos límites ha reflatado: la utilización del testimonio, el lugar de la política y la dificultad de articular acontecimiento histórico y recuerdo.

II. La utilización del testimonio en el caso de los eventos traumáticos

En los últimos tiempos, ante sucesos del pasado reciente como los tratados aquí, el relato de los sobrevivientes, como también el de los perpetradores, parece haberse vuelto indispensable para dar cuenta de lo acontecido. Las dificultades con las que se enfrenta aquel que ha vivenciado una experiencia límite y se ve en la necesidad de narrarlo, y los inconvenientes que, por lo tanto, tiene el historiador para hacer uso de ese relato, nos permitirán introducirnos en la relación entre historia y memoria en términos de la distinción que suele colocar del lado de la subjetividad a esta última y de la objetividad a la primera. Sin embargo, lo paradójico será analizar cómo la apropiación conmemorativa, pensada en términos de las políticas de la memoria, subsumidas dentro de un eje subjetivista, reivindican en cierto punto la posibilidad de, a través de la recuperación de los testimonios de los sobrevivientes, contar lo acontecido tal cual fue. Y caen entonces en una creencia ingenua de verdad histórica, postulando la correspondencia directa entre lo sucedido y lo recordado, o entre lo sucedido y lo posteriormente relatado, lo cual ya ha sido fuertemente criticado; el empleo del giro lingüístico para el análisis del discurso histórico permitió revelar lo inocente de pensar al lenguaje como fiel reflejo de la realidad: “Naive realism, according to which an historical account of the past is like a picture that is tied to the past itself by epistemological bonds, is rejected; rather, the historical narrative is a complex linguistic structure specially built for the purpose of showing part of the past.”⁵⁷ Y los testigos no

⁵⁷ Ankersmit, F., *op. cit.*, p. 19

escapan a esta indicación; su testimonio denota, como diría White, prefiguraciones lingüísticas que no permiten pensar que existe una representación unívoca de aquello que aconteció en el pasado. Veamos entonces cómo la historia y la memoria se han relacionado con el testimonio y el testigo.

Pensando en términos individuales, uno rápidamente podría sostener que el recuerdo personal, aquel que se refiere a una experiencia particular vivida en el pasado, da origen a una memoria subjetiva, en donde frente a la pregunta del otro por aquello que nos sucedió, lo que nosotros contaremos simplemente será nuestra verdad. De esta manera, ese relato no serviría más que como una anécdota propia sin posibilidad de ser trasladada a la historia en tanto herramienta para reponer lo acontecido. Sin embargo, en los últimos tiempos, las cosas parecen haber cambiado, erigiéndose el uso del testimonio como una fuente histórica clave para poder reconstruir el llamado pasado reciente⁵⁸. Es así que la propia memoria se vio transformada en objeto de estudio de la historia:

“...si la historia nace de la memoria, también se emancipa de ella, a punto de hacer de la memoria uno de sus temas de investigación como lo prueba la historia contemporánea. La historia del siglo XX, llamada también *historia del tiempo presente*, analiza el testimonio de los actores del pasado e integra las fuentes orales tanto como los archivos y los otros documentos materiales o escritos.”⁵⁹

Como vemos, el relato de aquellos que experimentaron esos sucesos, sea como protagonistas o espectadores, pasa a tener un papel preponderante dentro de la disciplina historiográfica. Una de las razones por las cuales esto se empezó a desencadenar fue la dificultad que sufrían los historiadores frente a la necesidad de reconstruir aquellos eventos límites del pasado reciente cuando todavía no se habían abierto los archivos⁶⁰,

⁵⁸ Esto se conecta directamente con lo señalado en el apartado anterior sobre los nuevos sujetos y la equiparación de su relato, en los comienzos de la historia oral, con la verdad histórica. Recordemos que, previamente, con la disciplinación de la historia, la memoria había perdido su lugar como fuente ante la razón, siendo considerada subjetiva.

⁵⁹ Traverso, E., *op. cit.*, p. 72

⁶⁰ Veamos dos ejemplos históricos que cita Mudrovic en un artículo que mas adelante retomaremos: “las entrevistas se constituyeron en la fuente de información primaria para reconstruir dos episodios de la historia británica reciente: la crisis del Canal de Suez de 1956 y la Guerra de Malvinas de 1982. Sin los testimonios orales se debería hacer esperar hasta 1987 y 2013, respectivamente, por la apertura oficial de los archivos. Sin embargo, las reconstrucciones de los hechos históricos de libros como *The Suez War* de Paul Johnson, publicado en 1957, y *Suez Affair* de Hugh Thomas, publicado en 1967, fueron verificadas cuando los archivos fueron abiertos en 1987. Lo mismo se espera de obras como la de Lawrence Freedman, *Britain and the Falkland War*, aparecida en 1988. (Mudrovic, M. I., “El recuerdo como conocimiento”, publicado en *Epistemología e Historia de la Ciencia. Selección de trabajos de las*

sumado a que muchas veces los propios perpetradores se habían encargado de ocultar o hacer desaparecer la información incriminatoria⁶¹.

Ahora bien, ¿cuál es el estatus epistemológico que puede tener un testimonio de estas características? Es decir, ¿cuál es la fiabilidad o veracidad que un historiador puede obtener del relato de una experiencia personal de este tipo? Un cuestionamiento similar se realizó Paul Ricoeur: “Una de las paradojas de la memoria se refiere al crédito que ella nos merece, a su fiabilidad. Este punto es muy importante, pues es precisamente el campo de la verdad donde se mueve la cultura política de la memoria.”⁶² Al hablar de paradoja este filósofo francés se refiere a dos puntos conflictivos en torno a la memoria: por un lado, el recuerdo implica la presencia de algo que ya no está, que está ausente (es decir, la presencia de una ausencia), mientras que, por otro lado, esa ausencia puede ser tanto de algo irreal, imaginario, como de algo que efectivamente sucedió en el pasado. De esta manera, la pregunta que decanta es cómo saber cuándo alguien está recordando algo que ocurrió realmente y no algo fantástico, y qué exigencia se puede tener a partir de ello hacia la memoria; el propio Ricoeur contesta:

“Es necesario defender, contra viento y marea, la ambición de la memoria, su reivindicación, su pretensión, su *claim* –como dicen los autores analíticos de habla inglesa- de ser fiel al pasado. Ambición inalcanzable, quizás, pero ambición que constituye la dimensión que yo llamaría verista de la memoria, con lo que quiero denotar su relación fundamental con la verdad de aquello que ya no es, pero que fue antes. Si reprochamos a la memoria su falta de fiabilidad, lo que es efectivo, es precisamente porque esperamos de ella que sea fiable. Es un reproche que no podríamos hacer a la imaginación. La imaginación está autorizada para soñar; a la memoria, en cambio, se le exhorta a ser verdadera.”⁶³

IX Jornadas, Universidad Nacional de Córdoba, vol. 5, nº 5 (1999) y extraído de Mudrovic, M. I., *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*, ed. cit., pp. 113-4)

⁶¹ Cuando Avishai Margalit señala que una de las tareas del testigo moral es desenmascarar el mal, a su vez apunta a esta intención de ocultarlo por parte de quienes lo han llevado a cabo: “Cuando la conducción de la SS tuvo en claro que Alemania iba a perder la guerra, lanzó una acción que podría denominarse como «operación agujero negro». El objetivo era no dejar que ni una sola chispa de la verdad de lo que acontecía en los campos de muerte saliera hacia fuera. No debía sobrevivir ni un solo testigo, no debía quedar ni un solo documento, y debía borrarse toda huella de los «hornos» a fin de que ningún indicio firme pudiese atestiguar sobre lo que allí había ocurrido. (Margalit, A., *Ética del recuerdo. Lecciones Max Horkheimer*, trad. Roberto Bernet, Barcelona, Herder, 2002, p. 92)

⁶² Ricoeur, P., “Definición de la memoria desde un punto de vista filosófico”, en Academia Universal de las Culturas, *¿Por qué recordar?*, Foro Internacional Memoria e Historia, UNESCO, 25 marzo 1998, La Sorbonne, 26 marzo 1998, trad. Silvia Peña, Buenos Aires, Granica, 2006, p. 24

⁶³ *Ibidem*, p. 26

La respuesta nos sirve para empezar a analizar la cuestión sobre la base de la posibilidad de exigirle a la memoria fidelidad al pasado, por lo que uno podría afirmar que estos testimonios deberían ser tenidos en cuenta por la disciplina historiográfica para la reconstrucción del pasado reciente. Sin embargo, también es cierto que el hecho de que se pueda reclamar veracidad a la memoria no nos responde hasta qué punto esto es realmente así y dónde se encuentra el límite para la utilización de esta herramienta. Si recuperamos lo señalado en el apartado anterior sobre la aparición de nuevos sujetos, es interesante mostrar cómo, en un principio, el testimonio de aquellos que habían sido marginados del relato histórico fue equiparado con la verdad de lo acontecido, asumiendo una correspondencia directa entre lo experimentado y la forma de recordarlo y, por lo tanto, erigiendo al testigo como una autoridad con privilegio epistémico⁶⁴. En este punto, se podría sostener, tal como lo hace Ricoeur, que la memoria y por lo tanto el relato de aquellos que narran sus experiencias puede ser exigido de fidelidad hacia el pasado. Sin embargo, los diferentes análisis en torno al testimonio que veremos en un instante (ya de hecho hemos expuesto las manifiestas dificultades sufridas por quien revive una experiencia de forma traumática para contar lo sucedido), hicieron que comenzara a cuestionarse la equiparación entre testimonio y verdad histórica, por lo que el historiador no podría apoyarse sólo en ese relato para dar cuenta de aquello que efectivamente sucedió, aunque eso no debería quitarle todo su valor. Es claro que es indispensable, a fin de cotejar la veracidad de lo relatado, la contrastación de lo expuesto por un testigo con archivos o documentos escritos o con otras voces, pero asimismo es interesante pensar que un testimonio de estas características puede tener otras utilidades más allá de servir para reconstruir en forma fidedigna un acontecimiento pretérito.

En este punto nos puede ayudar la distinción planteada por Mudrovic en su artículo “El recuerdo como conocimiento”, señalando dos tipos de historia oral: la reconstructiva y la interpretativa, produciéndose en cada una de ellas una relación diferente con el recuerdo. En el caso de la primera, los testimonios orales son considerados fuentes de conocimiento sobre lo que realmente sucedió tiempo atrás, mientras que en la segunda esta idea empieza a cuestionarse al notar que la memoria reconstruye el pasado siempre desde el presente, viéndose modificada así por el entorno social, político y cultural del testigo. De esta manera, en términos epistémicos, el

⁶⁴ Cfr. Hodgkin, K. y Radstone, S., *op. cit.*, pp. 02-05

recuerdo deja de ser tomado por la historia como una herramienta a la par de documentos escritos o archivos del pasado y pasa a ser útil en la búsqueda de entender la forma en que los individuos han generado esos recuerdos y cómo ello se relaciona con el contexto social en el que se encuentran al momento de ser indagados; es así que “desde este punto de vista adquieren significancia tanto el olvido como el silencio o la inexactitud.”⁶⁵

Un buen ejemplo es el reflejado por LaCapra en el capítulo titulado “Testimonio del Holocausto: la voz de las víctimas” de su ya citado libro, en donde también expone a su manera esta distinción concerniente a la forma de apropiarse de los testimonios, afirmando la relevancia que en los últimos años han adquirido sobre todo las entrevistas a sobrevivientes. Da cuenta allí de un debate generado a partir del relato de una sobreviviente de Auschwitz que contaba sus memorias sobre el levantamiento de ese campo de concentración; la discusión se produjo a raíz de la descripción sobre la explosión de las chimeneas, ya que no había coincidencia entre lo narrado por la testigo y lo efectivamente ocurrido en relación con el número de chimeneas incendiadas. A partir de ello se cuestiona si esa divergencia lleva a la total desacreditación del relato, ya que podría argumentarse que lo contado ya no resultaba confiable. Ahora bien, parece ser válido afirmar que este testimonio no es del todo provechoso para realizar una reconstrucción íntegramente fidedigna del pasado, sin embargo se lo puede ver desde otra perspectiva: “La importancia de los testimonios se hace más evidente cuando se piensa en que aportan algo que no es idéntico al conocimiento puramente documental. Los testimonios son importantes cuando se intenta comprender la experiencia y sus consecuencias, incluido el papel de la memoria y los olvidos en que se incurre a fin de acomodarse al pasado, negarlo o reprimirlo.”⁶⁶

El filósofo de la historia Hayden White también se cuestiona, desde su preocupación por la escritura histórica, por el uso del testimonio. Así lo expresa en su artículo “Figural Realism in Witness Literature”:

“An interest in theory arises when established disciplines are forced to confront phenomena that do not conform to the generic categories ordinarily used to identify and classify the matters with which they usually deal. A case in point is the kind of witness literature generated by those experiences of ‘extreme situations’ peculiar to our time, of

⁶⁵ Mudrovcic, M. I., “El recuerdo como conocimiento”, en Mudrovcic, M. I., *op. cit.*, p. 114

⁶⁶ LaCapra, D., *op. cit.*, 2005, p. 105

which the Holocaust (or, in order to focus attention on the perversity of the perpetrators, the Final Solution) is of course emblematic.⁶⁷

Para realizar este análisis White toma a uno de los escritores testimoniantes del exterminio nazi más renombrado: Primo Levi, quien cuestionaba a aquellos que escribían sobre este acontecimiento de una forma “oscura” o con “excesos retóricos”⁶⁸. Dado su pasado como estudiante de química confiaba en estar escribiendo en un estilo “científico”, dejando planteado el interrogante por la forma correcta en que, quienes escribían, debían referirse al Holocausto; de esa manera “Levi turns the matter of style into an ethical issue.”⁶⁹ La indagación sobre el estilo de escritura de Levi suscita a continuación la pregunta por cuál es la manera adecuada, no ya de redactar, sino de leer aquello que White llama *witness texts*. En consonancia con lo expuesto, y debatiéndose sobre la utilidad de estos relatos escritos para la reconstrucción del pasado, se resalta la potencialidad de los mismos para dar cuenta de cosas propias del autor, es decir, en este caso, del testigo. White especialmente aclara que esto no le quita referencialidad a los testimonios ni los hace menos fidedignos, sino que permite hacer notar que en determinadas ocasiones el relato no se consume en lo factual y en lo que pueda aportar a la disciplina historiográfica. Esto se conecta con lo referido en el capítulo anterior en torno al tipo de escritura que este filósofo señala es adecuada para estos eventos, el estilo modernista, a través del cual se presenta el acontecimiento utilizando la voz media, poniéndose en tensión la distinción entre el narrador y lo narrado. Justamente este estilo se corre de la idea de imposibilidad de representación que vimos reflejada por ejemplo en Lanzmann ya que, por el contrario, se acerca a la idea de imposibilidad de cierre significativo del evento, alejándose también del miedo a la clausura⁷⁰.

De esta manera, no se postula la pérdida total de la utilidad del testimonio para la historia, sino que se abre el panorama para reparar en que la voz del testigo no debe

⁶⁷ White, H., “Figural Realism in Witness Literature”, ed. cit., pp. 113-4

⁶⁸ Cfr. *Ibidem*, pp. 114-5

⁶⁹ *Ibidem*, p. 115

⁷⁰ En su libro *La historia según la nueva filosofía de la historia*, Tozzi, justamente problematizando la reducción del testimonio a mera evidencia, señala: “La historiografía profesional en su intento de presentarlos en términos de condiciones políticas, económicas o sociales, para mostrar su esperabilidad a partir del contexto, clausura su interpretación y obstruye la vuelta a repensarlo otorgando sentido a la experiencia de las víctimas como parte de un proceso mayor. White se apartará igualmente de aquellos que se llaman a silencio o a meramente reproducir testimonios de sobrevivientes. Fiel a su prescriptiva de buscar en la literatura los instrumentos de comprensión y expresión histórica, recomienda imitar el estilo literario modernista o el monólogo interior como el modo de evitar distorsionar la persistente experiencia de la perplejidad y del sinsentido de la víctima acerca de lo que le sucedió. Su padecimiento no puede tener ningún sentido, no se justifica para ningún plan superior o aprendizaje redentorio. (Tozzi, V., *La historia según la nueva filosofía de la historia*, Buenos Aires, Prometeo, 2009, pp.131-2)

ceñirse a la disciplina historiográfica en tanto acceso directo a los eventos del pasado, pretendiendo reponer la verdad de lo ocurrido, ya que no se puede hacer corresponder exactamente lo experimentado con la forma en que uno luego lo recuerda. Es necesario entonces abandonar esta creencia de privilegio epistémico que regía sobre todo al comienzo de la historia oral y repensar al testimonio y al testigo como partícipes de la esfera pública, del debate sobre la representación que debemos producir acerca de esos eventos cuya ocurrencia no está en duda⁷¹. Es en este punto que las políticas de la memoria parecen mantener una relación ingenua con la verdad histórica, en donde el testimonio, siendo eje muchas veces de estas políticas, es concebido en términos de documento viviente; de esta manera, en busca de diferenciarse de la historia como quien pierde la capacidad de inmediatez o autenticidad cuando trae el pasado traumático al presente, se hace uso de los relatos de los testigos como poseedores de esa inmediatez. Como si la apropiación histórica, en su necesidad de articular el pretérito con cierta coherencia en el relato, distorsionara lo que realmente aconteció.

El problema entonces que encontramos en esta apropiación conmemorativa, y aquí entra también el tópico de la agencia histórica, es que en la utilización que hace del testimonio, el testigo no sólo se equipara con un mero documento viviente transmisor de datos, sino también se lo identifica como una víctima, y en esa victimización, en esa transformación, en palabras de Traverso, en íconos vivientes⁷², el testigo parece caer en un desagenciamiento, perdiendo su capacidad de intervención dentro del debate público en torno a los sucesos que ha experimentado. Si recuperamos los análisis sobre el testimonio recién esbozados, se desarticula la sacralización y la victimización del testigo, perdiendo este último el privilegio epistémico, pero recuperando su agencia en la esfera pública. Esta desacralización tendrá también consecuencias a la hora de pensar la relación entre historia y memoria, reconsiderando la creencia ingenua de que es en las políticas de la memoria en donde el testimonio encuentra su expresión, mientras que para la historia es nada más que una fuente secundaria de adquirir información. Creemos que la propuesta de Benjamin sobre la historia permitirá pensar una apropiación del pasado traumático en donde el testigo recupere su agencia, sobre todo

⁷¹ Verónica Tozzi refuerza esta idea, conectándola con la dimensión pública: “Lo que resulta inaceptable es limitar su función [la del testimonio] a mero registro del acceso directo a ciertos sucesos. Al pretender que el testimonio no sea otra cosa que un registro verídico no interpretado de los hechos y que la voz del testigo se dirija nada más que a contar la verdad, privamos a los testigos de participar en la discusión pública sobre cómo dar sentido, cómo comprender, cómo ofrecer nuevas preguntas sobre lo que sucedió. (Tozzi, V., *op. cit.*, 2006, p. 95)

⁷² Cfr. Traverso, E., *op. cit.*, pp. 70-1

pensando en su valoración de la historia no solamente como ciencia, sino también como forma de rememoración.

Ahora bien, aunque estemos hablando sobre el testimonio de un individuo relatando su propia experiencia, no podemos dejar de hacer mención al menos sobre el papel jugado aquí por la memoria colectiva. Ante los eventos traumáticos, la construcción de una memoria social y colectiva se ha tornado indispensable, mayormente, aunque no únicamente, para aquellas sociedades que los vivieron en carne propia. Evidentemente, se exceden aquí los límites de la disciplina historiográfica, ya que nos introducimos en una fundación necesaria de la esfera pública; sin embargo, también es cierto que, tal como mencionamos al comienzo de la tesis, este ámbito comparte con el académico numerosas preocupaciones y herramientas de trabajo.

Ya vimos la importancia reciente que han adquirido las entrevistas a testigos y sobrevivientes, y algunas de las dificultades que deben afrontarse frente a las mismas; de hecho, sin llegar a explicitarse, la relación con la memoria colectiva ya ha sido aludida al hablar de la historia oral interpretativa. Nos referimos a lo siguiente: cuando una persona trae a la luz el recuerdo de una experiencia límite, inevitablemente ésta ya ha sido atravesada por los sucesos vividos posteriormente, por los nuevos conocimientos adquiridos, por el contexto socio-político del individuo en cuestión. En verdad, siempre que alguien trae al presente una vivencia del pasado, sea o no extrema, la misma está atravesada por experiencias posteriores, pero en los casos particulares que estamos analizando juega un rol fundamental la construcción que comienza a hacerse de manera colectiva de aquellos acontecimientos; es decir, el recuerdo se ve afectado por la memoria colectiva que ha generado la sociedad en torno a esa experiencia. Es así que la línea fronteriza entre ambas memorias empieza a hacerse cada vez más borrosa, provocándose entonces una especie de relación circular, en donde para pensar a la memoria colectiva debemos recurrir a la memoria individual, que a su vez se ve modificada -y al mismo tiempo modifica- por la memoria colectiva. Cuando Hodgkin y Radstone se refieren en la introducción de su libro *Contested Pasts* a la problemática del uso del testimonio, arriban a esta misma conclusión: "If individual memories are constructed within culture, and are part of cultural systems of representation, so cultural

memories are constituted by the cumulative weight of dispersed and fragmented individual memories, among other things.”⁷³

Retomando la idea de pensar el testimonio en función de la relación entre historia y memoria, es interesante ver la forma en que éste nos permite acercar la memoria a la historia y la historia a la memoria, dejando de ponderar al testimonio como más cercano a una o a la otra en tanto pura subjetividad o pura objetividad. La acrítica distinción entre ambas comienza a resquebrajarse al hacer un análisis más fino, sobre todo cuando comprobamos que ambas se nutren entre sí. El pensar a la memoria como un acceso directo al pasado y a la historia advertida de la dificultad de acceder al pasado y por eso resguardándose en la distancia crítica, nos alejan de la historia sobre la cual deseamos trabajar, tomando como eje las críticas ya mencionadas de la Nueva Filosofía de la Historia a la historiografía tradicional y la propuesta benjaminiana que veremos en el próximo capítulo. Ambas posturas nos permitirán ir desarmando o disolviendo esta distinción, en busca de acercarnos a una apropiación alternativa del pasado límite.

Antes de finalizar este apartado, volvamos al artículo citado de Ricoeur, en donde luego de postular la posibilidad de exigirle veracidad a la memoria, este filósofo se pregunta por la tarea del historiador. Allí señala dos etapas: la del testimonio, más fraternal a la memoria, y la del documento, más cercana a la historia, pero “todo este conjunto documental se organiza esencialmente en torno al testimonio”⁷⁴. Es así que afirma:

“¿Y cuál es la función de la historia con respecto a la memoria? La amplía en el espacio y en el tiempo; pero la amplía también en cuanto a los temas, a su objeto: así distinguimos una historia política, una historia social, económica, cultural, etc. Pero el resultado de ella no es otra cosa que la memoria; se trata de una memoria de otra especie, que Halbwachs designa con el nombre de ‘memoria histórica’, en la que se unen memoria e historia. Esta lleva a un alto grado de perfección profesional el enigma inicial de la memoria, a saber, el enigma de la presencia de lo ausente. Presencia mediata, pero presencia al fin.”⁷⁵

Efectivamente, la memoria parece ser la fuente base de la historia, pero a partir de ella, de esas huellas del pasado, esta disciplina debe cotejar esos recuerdos con otros

⁷³ Hodgkin, K. y Radstone, S., *op. cit.*, p. 05

⁷⁴ Ricoeur, P., *op. cit.*, p. 27

⁷⁵ *Ibidem*, p. 28

recuerdos, con otros documentos escritos, con restos materiales. Debe tomar distancia de la memoria, del memorioso, para acercarse al historiador, pero sin creer que la línea epistemológica es tan fuerte.

III. El lugar de la política: ¿historia apolítica vs. memoria política?

Luego de habernos enfocado en el apartado anterior en la dimensión epistemológica, acerquémonos ahora a la política. La intención será reforzar la idea de conexión e implicancias entre la historia y la política; lo analizaremos en comparación con la creencia de que la relación entre esta última y la memoria es más notoria y evidente, o incluso más directa. No pudiéndose separar todavía del todo del legado de la historiografía tradicional, la historia muchas veces es considerada como apartada o al margen del debate público. Para empezar a analizar esto, nos sirve la distinción mencionada por Hodgkin y Radstone cuando comienzan a desglosar el vínculo entre historia y memoria: “In all the debates over the relationship between memory and history, one constantly recurring theme is that although history is about the present, so too is memory, and much more directly. Memory is still live and active...”⁷⁶; o la siguiente frase reflejada por Bell: “Much that is historical has no impact on the present; much that has impact is not historical.”⁷⁷ Estas expresiones son interesantes para notar cómo todavía se reflexiona a la historia en tanto estática, invariable, sin consecuencias directas sobre el presente, a diferencia de una memoria que se presume más emparentada en forma dinámica con nuestra actualidad y resignificando constantemente el pasado. Sin embargo, no olvidemos que este dinamismo -del cual carecería la historia-, está a su vez, paradójicamente, conectado con lo visto hace un momento sobre el testimonio y la falsa creencia de que el recurrir a lo recordado por un testigo nos dará un acceso más directo y privilegiado al pasado, un pasado que en esos términos sería único.

Pensando en la apropiación del pasado desde nuestros días, esta supuesta mayor cercanía de la memoria con el presente y de la historia con el pasado nos permite introducir la dimensión política de esta problemática, dimensión que no puede obviarse si deseamos reflexionar sobre la relación entre historia y memoria partiendo de los

⁷⁶ Hodgkin, K. y Radstone, S., *op. cit.*, p. 01

⁷⁷ Bell, D., *op. cit.*, p. 02

sucesos límites. Es decir, estos últimos, dada su ya analizada excepcionalidad para la conciencia histórica, suelen transformarse en acontecimientos bisagra de las sociedades, abriendo por ello investigaciones, discusiones y debates que han pasado a formar parte de la esfera pública y no sólo académica. De esta manera, estos eventos suelen convertirse en hitos que se prestan fácilmente para la utilización en el ámbito de lo político, de lo social; no queremos significar con esto una connotación negativa, sino simplemente marcar una nueva dificultad frente a la apropiación de estos sucesos. Pasemos en limpio una distinción clave que nos servirá para articular esto:

“Por memorias de la política, nos referimos a las formas y las narraciones a través de las cuales los que fueron contemporáneos de un período construyen el recuerdo de ese pasado político, narran sus experiencias y articulan, de manera polémica, pasado, presente y futuro. Y también a las imágenes de la política que aquellos que no fueron contemporáneos, construyen de ese pasado a partir de testimonios, recuerdos, documentos. O sea, a las memorias de otras memorias. Por políticas de la memoria, en cambio, aludimos a las formas de gestionar o de lidiar con ese pasado, a través de medidas de justicia retroactiva, juicios histórico-políticos, instauración de conmemoraciones, fechas y lugares, apropiaciones simbólicas de distinto tipo. Pero por políticas de la memoria también se hace referencia aquí a las ‘grandes ofertas de sentido temporal’, o a las narrativas más generales, que proponen marcos institucionales (y están implícitas en ellos), construyen temporalidades diferentes y de ese modo contribuyen a marcar continuidades y rupturas. Esas políticas de la memoria no son sólo las políticas oficiales, aunque éstas tengan mayor capacidad de brindar marcos colectivos para la sociedad en su conjunto, sino también aquellas que los diferentes actores despliegan en el espacio público.⁷⁸

Nos abocaremos entonces a las políticas de la memoria dado que se refieren a lo que entendemos por apropiación conmemorativa del pasado, de aquel pasado traumático. Numerosos ejemplos podemos encontrar en el espacio público de nuestro país de acciones orientadas en esta dirección⁷⁹: las marchas u actividades de otra índole organizadas todos los 24 de marzo en tanto día de inicio de la dictadura; la decisión del gobierno nacional en el año 2006 de decretar ese día como feriado nacional inamovible, denominándolo *Día nacional de la Memoria por la Verdad y la Justicia*; la sanción y luego derogación de los indultos a militares acusados y/o condenados; la apropiación de lugares que han sido usados durante el período dictatorial como centros clandestinos (el caso más notorio es de la Escuela de Mecánica de la Armada, en donde actualmente

⁷⁸ Rabotnikof, N., “Memoria y política a treinta años del golpe”, en Clara E. Lida, Horacio Crespo y Pablo Yankelevich (comps.), *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*, México D.F., El Colegio de México, 2007, pp. 260-1

⁷⁹ Para ejemplificar usaremos el caso de la última dictadura militar en la Argentina.

funciona el Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti); la creación de nuevas agrupaciones en torno a la desaparición de personas ocurrida durante esos años (un ejemplo puede ser la agrupación HIJOS); la extensa cantidad de películas u obras de teatro que abordan la temática. Como vemos, y tal cual expresaba la cita, podemos encontrar tanto actividades que provienen desde el estado, consideradas por ello oficiales, como actividades que surgen desde otros ámbitos muy diversos de la sociedad.

Más allá de que todas estas acciones giran sobre un mismo suceso del pasado, innegablemente no todas tienen la misma finalidad. Ahora bien, ¿para qué hacemos referencia a algo que parece tan elemental? La razón es que deseamos destacar que la forma de relacionarse con aquel evento límite no es la misma para cada sector de la sociedad, no tratándose simplemente de buscar mantener vivo el recuerdo a través de una determinada política de la memoria. Comienza a entrar en juego aquí la utilización que se hace en torno a ese pasado, sobre todo pensando que, en la actualidad, nos encontramos con sociedades, las cuales, más que sufrir amnesia, tienen exceso de memoria. A diferencia de la crítica que solía endilgársele a las sociedades occidentales por tender a un constante olvido, en nuestros días parecemos enfrentarnos a un recordar permanente. Pero no podemos quedarnos ahí, en ese mero recordar, sino que debemos dar un paso más y preguntarnos el por qué de la necesidad de ese recordar, con qué finalidad. Y pensando en términos políticos, nos vemos desafiados por la posibilidad de estar abusando de esa memoria, utilizándola como justificativo de acciones presentes.

Fue Tzvetan Todorov quien planteó esta problemática en su famoso texto *Los abusos de la memoria*⁸⁰. Allí comienza presentando una clara divergencia en torno al uso de la memoria, pero con consecuencias que se mostraban negativas para ambos: “En tal caso, la memoria estaría amenazada, ya no por la supresión de información sino por su sobreabundancia.”⁸¹ Cuando habla de supresión de la información, Todorov está haciendo referencia a los regímenes totalitarios del siglo XX, los cuales, a través de distintos artilugios, buscaban ocultar los hechos llevados adelante, procurando no dejar rastros que permitieran reconstruir lo acontecido (ver nota al pie 57). Ahora bien, la contrariedad que afrontamos en la actualidad parece ser la opuesta, es decir, aquella de la sobreabundancia de información. Todo se estima merecedor de recuerdo, nada debe olvidarse. Esto se ve acompañado además por la inventiva tecnológica, la cual está

⁸⁰ Todorov, T., *Los abusos de la memoria*, trad. de Miguel Salazar, Buenos Aires, Paidós, 2000

⁸¹ *Ibidem*, p. 15

direccionada hacia la búsqueda de aumentar la capacidad de almacenamiento de datos, generando la posibilidad de que nada se pierda⁸².

Surge de esta manera un punto importante a tener en cuenta si hablamos de la relación entre historia y memoria: el olvido. Sin embargo, antes de adentrarnos específicamente en él y en la forma en que Todorov y otros autores lo problematizan (lo veremos en el apartado siguiente), nos gustaría señalar algunos otros conceptos del texto en busca de continuar analizando la cuestión política. Luego de distinguir entre lo que es la recuperación del pasado y su consecuente utilización, este filósofo búlgaro se interesa por esta última, afirmando su conexión con la pregunta por el papel que desempeña el pasado en nuestro presente. Tal como él mismo expresa:

“En el mundo moderno, el culto a la memoria no siempre sirve para las buenas causas, algo que no tiene por qué ser sorprendente. Como recuerda Jacques Le Goff, ‘la conmemoración del pasado conoce un punto culminante en la Alemania nazi y la Italia fascista’, y se pondría añadir a esta lista la Rusia estalinista: sin duda un pasado cuidadosamente seleccionado, pero un pasado pese a todo que permite reforzar el orgullo nacional y suplir la fe ideológica en declive.”⁸³

A partir de esto, la pregunta que asoma es cómo distinguir, siguiendo lo apuntado por Todorov, una buena causa de una mala causa, es decir, discernir un buen uso de la memoria de un mal uso, o abuso. Cuáles deberían ser los criterios para hacer esta separación que claramente nos remite, no sólo a la dimensión política, sino también ética de la problemática. La respuesta que esgrime Todorov se basa en “fundar la crítica de los usos de la memoria en una distinción entre diversas *formas* de reminiscencia. El acontecimiento recuperado puede ser leído de manera *literal* o de manera *ejemplar*.”⁸⁴ El primer caso ocurre cuando un evento de nuestro pasado no puede llevarnos más allá de sí mismo, generándose una contigüidad entre el pasado y el presente; recurriendo al

⁸² Como dato curioso, y también paradójico, es interesante hacer mención a la dificultad señalada por Huyssen sobre el almacenamiento digital de datos: “Desde el punto de vista del archivo, por supuesto, el olvido constituye la máxima transgresión. ¿Pero cuán confiables, cuán infalibles son nuestros archivos digitales? Las computadoras apenas tienen cincuenta años de antigüedad y ya necesitamos de los servicios de ‘arqueólogos de datos’ para poder acceder a los misterios de los programas que se usaron en los primeros tiempos. (...) En el marco de la reflexión sobre estos fenómenos, un directivo a cargo del sector de informática de los archivos de Canadá señaló recientemente: ‘Una de las grandes ironías de la era de la información consiste en que si no descubrimos nuevos métodos para aumentar la perdurabilidad de los registros electrónicos ésta puede convertirse en la era sin memoria.’ (Cita de *The New York Times*, 12 de febrero de 1998). De hecho, la amenaza del olvido surge de la misma tecnología a la que confiamos el vasto *corpus* de los registros y datos contemporáneos, la parte más significativa de la memoria cultural de nuestro tiempo. (Huyssen, A., *op. cit.*, pp. 35-6)

⁸³ Todorov, T., *op. cit.*, p. 28

⁸⁴ *Ibidem*, p. 30

empleo de nociones propias del psicoanálisis, Todorov señala que en estas situaciones la persona no logra separarse de su pasado, quedando así su presente subordinado al primero. En cambio, en el segundo caso, el individuo hace uso de ese suceso traumático como un ejemplo dentro de un grupo de acontecimientos similares, permitiendo, sin perder su singularidad, abrir paso a la comparación y generalización⁸⁵. Cambia así la relación establecida entre el pasado y el presente, ya que el primero se vuelve útil frente a posibles situaciones semejantes que debemos enfrentar en nuestros días. De esta manera, a diferencia de la memoria literal, la ejemplar permitiría articular acciones en el presente, tal como cuando se logra elaborar un trauma, dando paso a la agencia del individuo.

Siguiendo lo expuesto, el problema se genera cuando el recuerdo de aquel acontecimiento límite no nos permite hacer foco en el presente, quedándonos atrapados en un pretérito paralizante. Ahora bien, en cierta medida, acordamos con Todorov en que la apropiación del pasado debe mostrarse útil para nuestro presente, posibilitando así la agencia; sin embargo, esta orientación hacia el presente y futuro parece relegar un punto que creemos no puede pasarse por alto. Citemos nuevamente al propio Todorov para entender a qué nos referimos: “En la actualidad ya no hay redadas de judíos ni campos de exterminio. No obstante, tenemos que conservar viva la memoria del pasado: no para pedir una reparación por el daño sufrido sino para estar alerta frente a situaciones nuevas y sin embargo análogas.”⁸⁶ Viendo aquí la finalidad que tiene para este autor el mantener viva la memoria, el punto dejado de lado es aquel relacionado con la reparación por el daño sufrido. Allí parece estar para este filósofo el abuso de la memoria y los problemas que ello trae aparejado en nuestros días; es decir, el constante pedido por resarcir lo tolerado en el pasado, sea en carne propia o por ancestros, genera a su vez fuertes choques políticos en el presente, justificándose determinadas acciones recurriendo a sufrimientos pretéritos. Cuando en el capítulo siguiente trabajemos las tesis benjaminianas, retomaremos esta discusión ya que Benjamin coloca en un lugar privilegiado a la redención, intentando dilucidar la posibilidad de reparación de un acontecimiento del pasado que se nos revela inconcluso en el presente. Porque quizás

⁸⁵ Esto choca, especialmente en el caso del Holocausto, con la afirmación de la unicidad de estos acontecimientos, es decir, de su consideración como hechos únicos e irrepetibles. Todorov alude a esta idea y responde que el comparar dos eventos pasados no implica ni igualarlos ni explicarlos, pero sí ayuda a dar lugar a discusiones y debates que colaborarán en el presente. Tal como mencionamos cuando hicimos uso de la aplicación de la noción de trauma de la teoría psicoanalítica, tampoco creemos en la unicidad de estos eventos en tanto imposibilidad de comparación, lo cual no quita ser consciente de las características propias de cada uno.

⁸⁶ *Ibidem*, p. 58

podría pensarse que en ese estar alerta frente a situaciones similares puede residir parte de la reparación y que existen formas de esta última que no implican necesariamente nuevos conflictos políticos en la actualidad, como ser la construcción de museos o memoriales.

Como podemos observar, el peligro que señala Todorov se conecta con situaciones en donde el pasado es utilizado en función de buscar una ventaja política presente, como ser el caso de grupos que han sufrido vejámenes en el pretérito y exigen por ello privilegios en la actualidad, o cuando el mantener los odios ancestrales genera conflictos presentes. Porque muchas veces no se trata solamente de procurar que la sociedad no olvide ciertos hechos límites del pasado, sino que sean recordados otorgándoles un significado determinado, un significado tal que permita articular las propuestas políticas del presente; es así que la elección de las políticas de la memoria no se vuelve azarosa. En este sentido Huyssen hace explícita la dificultad de distinguir el pasado mítico del pasado real cuando nos topamos ante una política de la memoria, afirmando que “lo real puede ser mitologizado de la misma manera en que lo mítico puede engendrar fuertes efectos de realidad.”⁸⁷ En busca de clarificar esta idea, podemos tomar un ejemplo del momento de transición hacia la democracia luego de la última dictadura militar sufrida por nuestro país, más puntualmente del discurso del 23 de marzo de 1984 pronunciado por el presidente electo Raúl Alfonsín⁸⁸. Cuando en su oratoria se hace mención a la necesidad de refundar la República, en verdad se está recurriendo a un pasado nacional que no era tal, que en términos de tradición democrática era muy distinto a los aires que se respiraban en la época de transición; sin embargo, era un discurso necesario para separarse del trágico pasado reciente en vistas a la construcción de un futuro radicalmente diferente. Se intentaba generar así un pasado mítico que sirviera como cimiento para los tiempos venideros. El historiador italiano Enzo Traverso refrenda esta idea al sostener que “este fenómeno se parece, en varios sentidos, a lo que Hobsbawm ha llamado *la invención de la tradición*: un pasado real o mítico alrededor del cual se construyeron prácticas ritualizadas dirigidas a reforzar la cohesión social de un grupo o de una comunidad, a dar legitimidad a ciertas instituciones, a inculcar valores en el seno de la sociedad (1983:9). Es muy evidente que esta construcción de la memoria conlleva un uso político del pasado.”⁸⁹ Como podemos

⁸⁷ Huyssen, A., *op. cit.*, p. 20

⁸⁸ Este ejemplo fue tomado de Rabotnikof, N., *op. cit.*, 2007

⁸⁹ Traverso, E., *op. cit.*, p. 68

inferir, Traverso está haciendo referencia aquí a la construcción de la memoria colectiva de una determinada sociedad que generalmente comienza a fundarse, o se renueva, luego del acaecimiento de un determinado acontecimiento bisagra en su historia. Los sucesos traumáticos sobre los que estamos trabajando cuadran perfecto dentro de esta clasificación, dando lugar a su utilización en el ámbito político.

Ahora bien, la intención aquí es dar cuenta de que estos usos políticos del pasado no son propios de la apropiación conmemorativa, sino que la histórica también se ve inmersa en la esfera pública de debate. Es así que el historiador, cuando se dedica al estudio de determinado evento traumático del pasado, debe saber que ello puede generar repercusiones no sólo en el ámbito académico, sino también en el público. De esta manera, la dificultad no reviste en cómo uno reconstruye ese pasado a partir de las fuentes, sino en la forma en que luego lo representará y los efectos que provocará, junto con los consecuentes usos que podrán hacerse de ello. Sin embargo, esto no debería afectar el trabajo del historiador, sino que, por el contrario, el hecho de ocasionar repercusiones en la esfera pública favoreciendo el armado de discusiones sobre estos sucesos debería ser un criterio a tener en cuenta en el momento de ejercer su profesión. Para aquellos que dan forma a las políticas de la memoria se vuelve clave la reconstrucción del pasado que buscan conmemorar; es decir, nos estamos refiriendo a la reconstrucción histórica que se realiza de ese pasado. El hecho de que la historia avale lo afirmado en el marco de una política de la memoria le otorga un plus muy importante a lo expresado. Si los historiadores, siendo para la sociedad quienes deben recomponer lo acontecido siguiendo los supuestos de objetividad, neutralidad, veracidad, y presuntamente formando parte de un mundo lejano al ámbito de lo político, apoyan lo pronunciado, generan un halo de credibilidad mucho más fuerte. El tener el aval de un historiador provoca que la transmisión de aquello que se propone como política de la memoria se presente con mayor eficacia.

La historia sigue mostrándose así immaculada, pero, en verdad, sufre muchas de las mismas problemáticas que la memoria. Es cierto que la primera intenta distanciarse de la segunda, cotejando los hechos a partir de diversas herramientas y llegando entonces a un pasado diferente del relatado por el que recuerda, pero no por ello pierde todas sus mañas. Con esto queremos advertir que la historia sigue siendo escrita por aquellos que forman parte de la esfera pública, por aquellos que tienen creencias políticas determinadas, por aquellos que utilizan metodologías particulares,

provocando cada una de estas diferencias, un enfoque distinto. No significa esto caer en un relativismo absoluto, en donde cualquier apropiación tenga el mismo valor, pero sí abre la perspectiva en relación con los factores influyentes de una disciplina como la historiográfica, permitiéndonos ser conscientes de lo rica y a la vez dificultosa que la misma es⁹⁰. En consecuencia, no es solamente el conmemorador, aquel que da forma a las políticas de la memoria, quien tiene una responsabilidad dentro de la esfera pública, sino también el historiador. En el próximo capítulo mostraremos cómo Benjamin acompaña esta idea, colocando al historiador en un lugar de preponderancia.

Retomando lo señalado en el primer capítulo, vale la pena advertir que muchos de los supuestos desafíos que las políticas de la memoria plantean a la historia o que los testigos y la urgencia de memoria parecen marcarle a esta disciplina en realidad tienen el peligro de caer en una trampa al considerar una historia que ya ha sido mostrada en sus limitaciones por la Nueva Filosofía de la Historia, la cual subraya la necesidad de atender a los recursos expresivos utilizados en el discurso histórico a fin de dejar en evidencia los compromisos políticos que subyacen. En estos términos, pensar que la memoria es la única que detenta la responsabilidad política se vuelve por lo tanto ingenuo. Como ya mencionamos anteriormente, White, de la mano del giro lingüístico, reflexionó en torno a la autoconciencia discursiva que conlleva constitución de ontología histórica, afirmando que la realidad como tal no nos indica la forma en que debemos representarla; la elección entre diferentes obras históricas ya no dependía entonces de cuestiones epistemológicas, sino extraepistemológicas⁹¹. Si pensamos en la propia disciplinación de la historia, el mismo White señala que “la exigencia de cientifización de la historia no representa más que la afirmación de una preferencia por

⁹⁰ “Los historiadores no viven en un cuarto refrigerado, al resguardo de las pasiones del mundo. Tienen una memoria, una cultura, valores, una experiencia vivida que generalmente orienta y condiciona sus elecciones. Esto no impide desarrollar investigaciones rigurosas y objetivas, ni adoptar, si es necesario una postura crítica auto reflexiva, pero es mejor que estén conscientes de esta interacción entre el saber del que son productores y la memoria de la sociedad en la que viven. (Traverso, E., “Trauma, remoción, anamnesis: la memoria del Holocausto (Apuntes)”, en Lorenzano, Sandra y Buchenhorst, Ralph (editores), *Políticas de la memoria. Tensiones en la palabra y la imagen*, Buenos Aires, Gorla, 2007, pp. 257-8)

⁹¹ “En realidad parece haber un componente ideológico irreductible en toda descripción histórica de la realidad. Es decir, simplemente porque la historia *no* es una ciencia, o es en el mejor de los casos una protociencia con elementos no científicos específicamente determinables en su constitución, la pretensión misma de haber discernido algún tipo de coherencia formal en el registro histórico trae consigo teorías de la naturaleza del mundo histórico y del propio conocimiento histórico que tienen implicancias ideológicas para intentos de entender ‘el presente’, como quiera que se defina ese ‘presente’. (White, H., *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo xix*, ed. cit., p. 31)

una modalidad específica de conceptualización histórica, cuya base es moral o bien estética, pero cuya justificación epistemológica todavía está por establecerse.”⁹²

Para dar cuenta de estas conexiones podemos tomar otro texto de Hayden White “The Politics of Historical Interpretation: Discipline and De-Sublimation”⁹³, el cual discurre sobre la relación entre historia y política. El disparador es la pregunta por las políticas de interpretación en la disciplinación de la historia⁹⁴; se vuelve necesario entonces desde un principio dejar de manifiesto qué entiende este filósofo por “políticas de interpretación” y por “disciplinación”. La explicación de esta última no resulta compleja al tratarse del análisis sobre el momento en que la historia pasa a ser una disciplina académica, con todas las implicancias que ello comporta, mientras que, en el otro caso, vale la pena citar al propio White:

“The politics of interpretation, on the other hand, arises in those interpretative practices that are ostensibly most remote from overtly political concerns, practices carried out under the aegis of a purely disinterested search for the truth or inquiry into the natures of things that appear to have no political relevance at all. This politics has to do with the kind of authority the interpreter claims vis-à-vis the established political authorities of the society of which he is a member, on the one side, and vis-à-vis other interpreters in his own field of study or investigation, on the other, as the basis of whatever rights he conceives himself to possess and whatever duties he feels himself obligated to discharge in his status as a professional seeker of truth.”⁹⁵

La historia se muestra como una práctica tal como las descritas al comienzo de la cita, en donde supuestamente el único fin es la búsqueda de la verdad de lo acontecido en el pasado, sin otros intereses que la obstaculicen. Sin embargo, cuando White recapitula la coyuntura de la transformación de la historia en una disciplina, muestra cómo desde un comienzo la política jugó un papel crucial. En el período en el que la historia empieza a profesionalizarse, los intereses que ello acarrea formaron parte importante de la cuestión; es decir, “the politicalization of historical thinking was a virtual precondition of its own professionalization, the basis of its promotion to the status of a discipline worthy of being taught in the universities, and a prerequisite of

⁹² *Ibidem*, p. 11

⁹³ White, H., “The Politics of Historical Interpretation: Discipline and De-Sublimation”, en White, H., *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1987

⁹⁴ En rigor de verdad la historia es utilizada como un ejemplo de ciencia social que, a diferencia de una natural, pretende entender su objeto de estudio en lugar de explicarlo. En el texto esto se encuadra dentro de la alusión a la conocida distinción entre las ciencias naturales y las sociales.

⁹⁵ *Ibidem*, p. 58

whatever 'constructive' social function historical knowledge was thought to serve."⁹⁶ A esto nos referíamos previamente cuando afirmamos la relación existente entre la disciplina historiográfica y la dimensión política, arribando a un punto que consideramos extremadamente relevante: las políticas que uno pueda llegar a proponer deben condecirse con los postulados sobre la historia que uno avale; esto se vincula directamente con lo que más adelante veremos en Benjamin, ya que en sus tesis se deja de manifiesto la necesidad de modificar el concepto de historia y la idea de tiempo histórico para pensar un cambio en lo político.

White lo refleja tomando como ejemplo la modernidad: a raíz del surgimiento de la noción de progreso, la cual sostiene una síntesis lineal entre el pasado, el presente y el futuro (idea de un tiempo unilineal), se originó la concepción de un sentido en la historia, de la construcción de una gran narrativa con final indefinido, pero dirigida a partir de un significado sí predeterminado. Es innegable que, más allá de haberse generado también en este período la idea de autonomía y de posibilidad de deliberación pública entre iguales, el plantear la existencia de un sentido histórico ya define el tipo de políticas que uno puede llegar a proponer⁹⁷; es así que una de las consecuencias más relevantes de la crisis de este ideal progresivo se produce en el ámbito de lo político, ya que, al perder credibilidad esta noción, pierde también la fuerza para ser legitimadora de ciertas políticas que se amparaban en ella. Sobre el final de la tesis, más específicamente en nuestra conclusión, recurriremos al libro ya citado de Wendy Brown *Politics out of History*, en donde se manifiesta esta relación entre las narrativas históricas y las teorías políticas, intentando mostrarse cómo la caída de ciertas certezas propias de la modernidad que parecían incuestionables puede verse como liberadora en vez de catastrófica. De hecho, es posible considerar a los acontecimientos traumáticos como disruptores que han dado lugar a estas caídas⁹⁸, aunque cuando analicemos las

⁹⁶ *Ibidem*, p. 62

⁹⁷ "...modern ideologies seem to me to differ crucially from eschatological religions myths in that they impute a meaning to history that renders its manifest confusion comprehensible to either reason, understanding, or aesthetic sensibility. To the extent that they succeed in doing so, these ideologies deprive history of the kind of meaninglessness that alone can goad living human beings to make their lives different for themselves and their children, which is to say, to endow their lives with a meaning for which they alone are fully responsible. (*Ibidem*, p. 72)

⁹⁸ Jenny Edkins lo expresa de esta forma: "Trauma is clearly disruptive of settled stories. Centralized, sovereign political authority is particularly threatened by this. After a traumatic event what we call the state moves quickly to close down openings produced by putting in place as fast as possible a linear narrative of origins. (Edkins, J., "Remembering Relationality. Trauma Time and Politics", en Hodgkin, K. y Radstone, S. (editoras), *Contested Pasts. The politics of memory*, ed. cit., p. 107) En el mismo texto también señala que "what trauma or a traumatic encounter does, then, is reveal the way in which the social order is radically incomplete and fragile. It demonstrates in the most shocking way that what we

tesis benjaminianas el vínculo entre lo normal y lo excepcional en términos históricos entrará también en discusión.

De esta manera, nos alejamos de la creencia original de la existencia de una distancia entre la disciplina historiográfica y la política, es decir, entre lo que podríamos llamar el ámbito académico y el político, observando cómo la historia, y no sólo la memoria (y las políticas de la memoria), tiene una fuerte influencia en la esfera pública, viéndose también afectada por ella. La importancia que recibe lo que se conoce como la historia oficial, aquel relato avalado por quienes dan lugar a su vez a las políticas oficiales de la memoria, es una muestra de este vínculo; como ya mencionamos, la apropiación histórica muchas veces se vuelve clave para la apropiación conmemorativa. De hecho, las situaciones límites sobre las que estamos trabajando abren una puerta muy propicia para la utilización del pasado en términos políticos ya que se conectan íntimamente con la memoria colectiva, siendo eventos que han generado una gran repercusión en la esfera pública, por lo que en la apropiación de este tipo de pasado uno debe ser todavía más cuidadoso en tener presentes estas dificultades⁹⁹.

Ahora bien, retomando lo señalado al principio sobre la conexión más directa entre memoria y presente, e historia y pasado, lo cual ayuda a explicar también el que quienes reclaman memoria, verdad y justicia se alejen de la historia, hemos intentado desarmarla, advirtiendo sobre la influencia de la historia en el presente y su lugar clave dentro de la dimensión política; la noción de tiempo-ahora de Benjamin nos ayudará a remarcar esta conexión. Podremos ver en este autor, no simplemente un conmemorador o un reivindicador de la memoria, sino alguien que permite pensar una historia de características no clausurantes, la cual puede reflejarse en consonancia con la idea de White de constitución de nuestro pasado en la obra histórica. Es cierto que en Benjamin encontramos un compromiso ontológico fuerte con cierto pasado, pero nuestra

call social reality is nothing more than a fantasy – it is our invention, and it is one that does not ‘hold up’ under stress. (*Ibidem*, p. 109)

⁹⁹ Recuperemos lo señalado por Nora Rabotnikof en relación con los usos políticos del pasado: “Con la idea de ‘usos políticos del pasado’ no me refiero a la pura manipulación o a la tergiversación de la historia, a la borradura de ciertos personajes, o a la burda falsificación, sino a las particulares combinaciones entre memoria y olvido y sobre todo, a las formas diferentes de traer al presente esos fragmentos del pasado. Así entendidos, esos usos políticos del pasado estarían presentes tanto en los discursos militantes como en la práctica historiográfica (¿qué elegimos investigar?, ¿cómo construimos ese fragmento: como el ‘lado oscuro de la historia nacional’, como ‘el hito fundacional de una nueva época’, o como un momento épico del cual somos herederos?). Estarían presentes tanto en las políticas de la memoria (¿para qué se impone recordar?, ¿qué se elige conmemorar?) como en las memorias de la política (recordar el error político, la culpa o la convicción, el protagonismo individual, la movilización colectiva). (Rabotnikof, N., *op. cit.*, 2007, p. 262)

recuperación de sus tesis de filosofía de la historia irán direccionadas a pensar algunas de sus nociones, como la de salto o tiempo-ahora, en términos de apertura de la historia como posibilidad de rediscusión de lo supuestamente históricamente dado y cerrado. Es importante aclarar que esta idea whiteana de constitución de nuestro pasado no implica afirmar una mera construcción o invención de ese pretérito; vale la pena para ello recuperar aquí el texto “Figural Realism in Witness Literature”, en el cual este filósofo, a través del análisis de la escritura testimonial de Primo Levi, sostiene que la utilización de un lenguaje figurativo (más allá de que el propio Levi afirme lo contrario) no involucra la pérdida del referente ni la caída en un relato ficcional o imaginario: “His writing is consistently (and brilliantly) figurative throughout and, far from being void of rhetorical flourishes and adornments, constitutes a model of how a specifically literary mode of writing can heighten both the referential and the semantic valences of a discourse of fact.”¹⁰⁰ Creemos entonces que ambos filósofos, desde sus contextos históricos y teóricos diferentes, propiciarán una idea de pasado no cerrado, pero no porque pueda modificarse o directamente idearse lo que sucedió, sino porque habilitan a pensar apropiaciones con significados no clausurantes para el presente y futuro.

IV. ¿El recuerdo de un acontecimiento histórico o el acontecimiento de un recuerdo?

Cuando uno se pregunta por los eventos traumáticos acaecidos durante el siglo XX, los erige como acontecimientos preponderantes en la historia, acontecimientos frente a los cuales el reclamo ha girado en torno del pedido por verdad, memoria y justicia. Por esta razón, como ya hemos señalado en reiteradas oportunidades, uno de los grandes miedos es que caigan en el olvido; en busca de evitar eso se hace especial hincapié en transmitir las vivencias de los sobrevivientes a la generación siguiente. Aquí aparece otra vez la idea que creemos errada de pensar que una vez que mueran todas las voces de los testigos esos hechos pasarán finalmente a la historia y serán por lo tanto enterrados. La memoria y la historia parecen disputarse nuevamente, ahora en términos de los recuerdos y los acontecimientos históricos.

Un modo de comenzar entonces esta última parte del capítulo es preguntándonos cuándo un recuerdo se transforma en un acontecimiento histórico o, para empezar realmente desde el principio, cuándo un acontecimiento acerca del pasado

¹⁰⁰ White, H., *op. cit.*, 2004, pp. 115-6

se transforma en histórico. Se podría sostener que todo lo que ha sido registrado a lo largo del tiempo debe ser considerado como tal; es decir, cualquier evento que pueda reconstruirse a partir de la apelación a archivos, registros y/o documentos, debería ser calificado como histórico. Sin embargo, sumándonos a las palabras de Hayden White, "tales entidades [acontecimientos, personas, estructuras, procesos del pasado] pueden ser estudiadas históricamente sólo en tanto que *son* pasado o que efectivamente son tratadas de tal modo; pero no es el hecho de pertenecer al pasado lo que las hace históricas. Llegan a ser históricas porque son representadas como objetos de un tipo de escritura específicamente histórico."¹⁰¹

Destacado como el filósofo fundador de la Nueva Filosofía de la Historia, despertando interés sobre la problemática de la escritura histórica y su relación con la narración, White sostiene que la realidad como tal no indica de qué forma debemos representarla, por lo que en verdad ningún modo discursivo es preferible a otro en términos de representación histórica. Señala que ha sido mayormente la narrativa el género literario en que se escribió la historia¹⁰², teniendo entonces el escrito histórico las mismas características que el tipo de discurso mencionado. De esta manera, frente a la necesidad que tiene el historiador de trasladar a la escritura aquello que ha investigado sobre el pasado, debe actuar en forma similar a quienes componen relatos de ficción. Obviamente las dificultades de concebir la escritura histórica desde la teoría literaria han generado muchas objeciones en las que no nos adentraremos aquí, pero vale mencionar que, a la clásica crítica por la referencialidad, White responde demostrando que esta conexión no hace que los referentes de los escritos históricos sean imaginarios o ficticios, como sí los son los de las narrativas literarias¹⁰³. Ahora bien, a qué particularidades nos referíamos cuando hablamos de la narrativa; el propio White nos contesta:

¹⁰¹ White, H., "Teoría literaria y escrito histórico", en White, H., *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, ed. cit., p. 142

¹⁰² "Lo que el discurso histórico produce son *interpretaciones* de cualquier información y conocimiento acerca del pasado que decida el historiador. Estas interpretaciones pueden adoptar formas variadas, desde las más simples crónicas o enumeraciones completas de hechos hasta las abstractas filosofías de la historia, pero lo que todas ellas tienen en común es su procesamiento en un modo narrativo de representación fundamental para la comprensión de sus referentes como fenómenos distintivamente históricos. (*Ibidem*, pp. 143-4)

¹⁰³ "El discurso literario puede diferir del discurso histórico en virtud de sus referentes primarios, que son considerados acontecimientos imaginarios más que reales, pero los tipos de discurso son semejantes y no diferentes, ya que en ambos se maneja el lenguaje de tal modo que cualquier distinción clara entre forma discursiva y contenido interpretativo resulta imposible. (*Ibidem*, p. 151)

“Indudablemente es debido sólo al tropo, y no a la deducción lógica, que una serie dada de tipos de acontecimientos pasados que desearíamos llamar históricos pueda ser (primero) *representada* en el orden de una crónica; (segundo) *transformada* por la trama en un relato con fases identificables de comienzo, nudo y fin; y (tercero) *constituida* como el tema de cualquier argumento formal que pueda aducirse para establecer su «significado», cognitivo, ético o estético, según el caso.¹⁰⁴

Sin adentrarnos en la teoría de los tropos postulada por este autor, podemos observar aquí cuál es “la coherencia formal de las estructuras de trama con la que nos encontramos en la narrativa de ficción.”¹⁰⁵ Y con la que por ende también nos encontramos en los textos históricos. En primer lugar, el relato se presenta a través de un orden cronológico, en donde un hecho sucede al anterior; luego, esos hechos se van encadenando, pero no en forma aleatoria, sino con una coherencia interna, pudiendo distinguirse un principio, un nudo o medio, y un desenlace. Se genera así la sensación de haber seguido una argumentación y de haberla cerrado con la edificación de una *moraleja* o significado.

Asimismo, y retomando lo señalado previamente sobre la inexistencia de alguna forma de representar el pasado preferible o mejor que otra, se puede sospechar que en verdad se está buscando trasladar ciertas características propias de un relato de ficción hacia la realidad; es decir, habría una intención por parte del historiador de dar cuenta de una coherencia y un encadenamiento entre los diversos sucesos del pasado que en la realidad no existen. Para percibir esto más claramente, tomemos una cita de otro artículo de White en donde sostiene que “este valor atribuido a la narratividad en la representación de acontecimientos reales surge del deseo de que los acontecimientos reales revelen la coherencia, integridad, plenitud y cierre de una imagen de la vida que es y sólo puede ser imaginaria.”¹⁰⁶ ¿Eso mismo es efectivamente lo que busca el historiador frente a la reconstrucción del pasado?¹⁰⁷ ¿Es por ello que podemos pensar, tal como ya lo hicimos, que muchos de los que exigen memoria le tienen miedo *al salto*

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 155

¹⁰⁵ *Ibidem*, p. 154

¹⁰⁶ White, H., “El valor de la narrativa en la representación de la realidad”, en White, H., *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, trad. de Jorge Vigil Rubio, Barcelona, Paidós, 1992, p. 38

¹⁰⁷ Saliéndonos del caso particular del pasado traumático, sería interesante preguntarnos, y ello está en estrecha conexión con lo que veremos en la tercera parte de nuestro trabajo, si efectivamente los hombres como tales no buscan, al igual que el historiador, un sentido que justifique los acontecimientos vividos, otorgándole una linealidad y coherencia al devenir histórico. El problema estaría en ver adónde queda la agencia histórica en ese caso, adónde queda la responsabilidad por lo acaecido y la capacidad para poder intentar modificarlo. Es decir, no se niega la posibilidad de pensar ideas regulativas o líneas de acción útiles para el presente y futuro, pero no como naturales o predeterminadas.

a la historia? Como vimos recién, en el uso convencional de la narrativa, además de un principio y un nudo, hay un final, un desenlace, y el hecho de reconstruir el pasado a través de este tipo de discurso puede explicar el por qué del temor a que la historia ayude al olvido. Es decir, el reconstruir lo sucedido a través de un relato que lleva a un cierre puede formar parte del miedo a que el paso de la memoria a la historia acarree la clausura de estos acontecimientos límites, con las consecuencias no deseadas que ello supondría. Sin embargo, la escritura histórica también puede pensarse desde otra perspectiva que White resalta:

“Es la naturaleza metafórica de los grandes clásicos de la historiografía lo que explica por qué ninguno de ellos ha clausurado un problema histórico de modo definitivo; más bien, han abierto siempre una perspectiva sobre el pasado que ha estimulado todavía más el estudio. Es este hecho el que nos autoriza a clasificar el discurso histórico primariamente, no tanto como explicación o descripción, sino como interpretación y, sobre todo, como un tipo de escritura que, en lugar de apaciguar nuestra voluntad de conocer, nos estimula a investigar más, a elaborar más discurso, más escritura.”¹⁰⁸

Podemos concebir entonces la escritura histórica desde el punto de vista estimulante y no de cierre, desde la apertura del debate y no de su cese, desde la interpretación y no desde la explicación. Ello nos ayudará a continuar en la línea de intentar abrir debates y no buscar un consenso total en torno a estos acontecimientos límites del pasado.

Recuperemos ahora la noción de recuerdo para poder luego conectarla con lo visto. Uno rápidamente relaciona este concepto con la memoria, con la rememoración personal de eventos pertenecientes al pasado. El problema estaría en que no sabemos si esos hechos efectivamente sucedieron tal como uno los recuerda y relata, o incluso si ocurrieron de verdad. Ya consideramos en el apartado II estas dificultades, por lo que queriendo evitar ser repetitivos en el análisis, trataremos aquí una problemática en torno a la noción de recuerdo que quedó pendiente del punto anterior: nos referimos a la idea de olvido.

¹⁰⁸ White, H., “Teoría literaria y escrito histórico”, en White, H., *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, ed. cit., p. 153

Podemos empezar advirtiendo que, tal como hemos discurrido sobre los usos de la memoria, también es posible pronunciarnos sobre los usos del olvido¹⁰⁹. Es decir, al igual que en el caso del recuerdo, aquí existe la posibilidad de olvidos inconscientes, de olvidos adreces, de olvidos convenientes. La cuestión sería intentar entender algunas de las razones por las cuáles estas divergencias suceden, examinando los factores influyentes en esta diversidad de posibilidades. Y que en el caso del pasado traumático se vuelven más notorias.

Retomando el texto de Todorov “Los abusos de la memoria”, este autor en primer lugar señala que uno no debe confundirse en apreciar la memoria y el olvido como dos conceptos opuestos, sino que, por un lado, debemos considerar la conservación y, por el otro, la supresión. El olvido se conectaría sólo con el último de ellos, mientras que la memoria funcionaría como una interacción entre ambos. A lo que está apuntando Todorov es a dejar en claro que la memoria es de por sí selectiva, ya que se vuelve imposible recordarlo todo, hasta diríamos indeseable -invoquemos el inmejorable y recurrente ejemplo borgeano de su personaje Funes el memorioso-. La pregunta sería entonces cómo se realiza esa selección, tanto en términos individuales como colectivos.

“Conservar sin elegir no es una tarea de la memoria”¹¹⁰ dice Todorov y no creemos que se pueda ser tan tajante al respecto. Ya vimos, y de hecho el propio Todorov lo retoma en su texto, las dificultades con las que se enfrenta al recordar alguien que ha experimentado un acontecimiento límite; es decir, aquí parecen entrar en juego otros factores más allá de la propia voluntad y capacidad de selección. En términos individuales, los inconvenientes se expresan según la forma en que cada uno se conecta con aquellos recuerdos¹¹¹. En este punto vale la pena mencionar brevemente

¹⁰⁹ Nos apropiamos de esta idea gracias a Eduardo Rabossi: “‘Usos del olvido’ es una frase sumamente sugerente. Y lo es -creo-, por la afirmación que trae implícita: ‘Hay olvidos que son usados o que son usables para ciertos fines’. Con otras palabras, ‘usos del olvido’ sugiere que olvidar (algo) puede no ser un mero no-recordar(lo), que puede convenirnos olvidar (algo) o puede que a otros convenga que olvidemos (algo)... (Rabossi, E., “Algunas reflexiones...A modo de prólogo”, en Yosef Hayim Yerushalmi y otros, *Usos del olvido*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2006, p. 7)

¹¹⁰ Todorov, T., *op. cit.*, p. 16

¹¹¹ Tomemos lo dicho por Julia Kristeva, filósofa y psicoanalista francesa, en su presentación “Memoria y salud mental en el marco del ya citado Foro Internacional Memoria e Historia, organizado por la Academia Universal de las Culturas: “Ciertas formas de olvido son constitutivas de memoria. En primer lugar, para que el estímulo pueda dejar una huella en la memoria, para que pueda ser integrado en ella, es preciso que experimente una cierta atenuación: decimos que el estímulo es *diferido*, y este «olvido» -*retardo*- es una condición de la memorización. Por otra parte, para defenderse contra un estímulo-dolor insoportable, la psique necesita olvidar su carga traumática: ese ‘olvido’ -*represión*- es una protección de la vida psíquica contra lo intolerable, que amenaza con desorganizarla. A pesar de su efecto benéfico inicial, si este mecanismo del olvido defensivo actúa en forma permanente y generalizada, puede causar

un problema vinculado con lo que se suele denominar el “deber de memoria”. Si aquello que nos ha sucedido nos provoca tanto dolor y angustia, tanta dificultad para recordarlo dada la imposibilidad de separarnos de él, ¿estamos en la obligación de testimoniar, de relatar lo que vivenciamos tiempo atrás? Hay quienes, como el mismo Todorov en el texto que estamos indagando, afirma que “cuando los acontecimientos vividos por el individuo o por el grupo son de naturaleza excepcional o trágica, tal derecho [el de la recuperación de la memoria] se convierte en un deber: el de acordarse, el de testimoniar.”¹¹² Parece haber en este sentido una obligación de testimoniar en busca de que lo relatado se vuelva útil para el presente, pero también debemos tener en cuenta los tiempos propios de aquel que ha sufrido un evento que a veces se le presenta como inenarrable hasta para sí mismo: tenemos el ejemplo del escritor español Jorge Semprún, sobreviviente del campo de concentración de Buchenwald, quien en su libro *La escritura o la vida* cuenta las dificultades que enfrentó para poder llegar a escribir lo que le había sucedido y la necesidad de olvidarlo que tuvo por un tiempo con el fin elemental de seguir viviendo¹¹³. Parece entonces que no se puede ser tan categórico con el deber de testimoniar, debiendo tomarse cada caso como particular y contemplándose la situación en que cada testigo se encuentra al momento de pedirle un relato de aquello que experimentó.

Ahora bien, volviendo al tema del olvido, el problema mayor se produce cuando nos trasladamos a la esfera pública y nos topamos con la memoria colectiva. El escritor Umberto Eco reafirma esto al sostener que “no se puede hablar de movimientos aleatorios en relación con la memoria colectiva. Cuando ésta olvida algo, es siempre por razones ideológicas.”¹¹⁴ ¿Cuál es el límite entre la memoria y el olvido? ¿Es posible trazar una línea divisoria entre aquello que, como sociedad, debemos recordar y aquello que no? ¿Es necesario dejar atrás ciertos recuerdos para poder continuar viviendo nuestro presente? Estas son algunas de las preguntas que se plantean frente a las

amnesia, inhibición del pensamiento, síntomas somáticos y angustia. (Kristeva, J., “Memoria y salud mental”, en Academia Universal de las Culturas, *op. cit.*, pp. 100-1)

¹¹² Todorov, T., *op. cit.*, p. 18

¹¹³ “Lo que quisiera por encima de todo es el reposo. No sólo el reposo físico tras una noche en vela. Soy un aparecido incombustible, me parece, un superviviente a toda prueba. Ya sé con cuánta facilidad recupero fuerzas. A fin de cuentas, el reposo físico es secundario. Lo que quisiera por encima de todo es el reposo espiritual. El olvido, dicho de otro modo. (Semprún, J., *La escritura o la vida*, trad. de Thomas Kauf, Buenos Aires, Fábula, 2004, p. 176)

¹¹⁴ Eco, U., en una intervención en el debate sobre el apartado “Memoria y futuro”, en Academia Universal de las Culturas, *op. cit.*, p. 206

discusiones que venimos sosteniendo y para las cuales difícilmente se pueda encontrar una respuesta definitiva, pero sí al menos problematizarlas en busca de generar cuestionamientos y debates dentro de la temática.

En una época que, como indicamos al comienzo de nuestra tesis, viró su mirada hacia el pasado, el tema del olvido fue muchas veces, vaya paradoja, olvidado. Mientras en el ámbito académico la cuestión de la memoria tenía su momento de apogeo, no se producía el mismo interés en la otra cara de la moneda (por decirlo de alguna manera aunque ya vimos que no es la más apropiada). Quien lo había problematizado tiempo atrás fue Friedrich Nietzsche en su *Segunda Intempestiva*, titulada “De la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida”; allí él se interroga, tal como su nombre denota, por la función de la historia en la vida del hombre, dejando claro desde un principio cuál sería su respuesta:

“Por cierto, necesitamos la Historia, pero la necesitamos de una forma distinta de como la necesita el hombre mimado que deambula ociosamente en el jardín del saber, por más que éste contemple con altivo desdén nuestras necesidades y penurias, tan rudas y purgadas de gracia. Es decir, necesitamos la Historia para la vida y para la acción, no para apartarnos cómodamente de la vida y de la acción o para venerar la vida egoísta, la acción cobarde y malversada.”¹¹⁵

Ante esta afirmación, surge preguntarse en dónde cuadra la temática del olvido aquí y la verdad es que este filósofo alemán le otorga un papel clave en su texto y en la posibilidad de hacer uso de la historia tal como él lo plantea¹¹⁶. El apartado primero del escrito comienza con la distinción entre el hombre y el animal, señalando cómo este último, a diferencia del primero, tiene la capacidad del olvido y de vivir en el presente sin tener un solo recuerdo del ayer. En términos de la ansiada felicidad, esta diferenciación conlleva una visible carga valorativa: “el hombre dice: ‘recuerdo’ y envidia al animal que, enseguida, olvida cada momento, viéndolo morir realmente y desvanecerse para siempre en la niebla y la noche. Así es que el animal vive de manera no histórica, porque se realiza en cada momento, cual un número, sin transformarse en

¹¹⁵ Nietzsche, F., *Segunda consideración intempestiva*, trad. de Joaquín Etoarena, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2006, pp. 09-10

¹¹⁶ Antes de adentrarnos en algunos puntos de este texto nietzscheano es importante aclarar que no lo trabajaremos en forma completa dado que eso requeriría otro espacio y sobre todo otros conocimientos sobre el autor, por lo que nuestro enfoque simplemente utilizará algunas cuestiones que nos permitirán disparar ciertos análisis relacionados con la temática estudiada.

una fracción extraña (...) El hombre, sin embargo, se opone a la grande y creciente carga del pasado...”¹¹⁷

Vemos así cómo, para poder acercarnos a la felicidad, se vuelve indispensable el olvidar, siendo además, tal como hemos marcado cuando nos referimos al texto de Todorov, imposible el recordar todo. Ahora bien, el problema volvería a encontrarnos en el mismo lugar, es decir, en buscar cuál es el límite entre lo que debemos recordar y lo que no, entre la memoria y el olvido, o en términos todorovianos, entre la conservación y la supresión:

“Para poder determinar ese grado y, con él, el límite a partir del cual lo pasado debe ser olvidado para no convertirse en el enterrador de lo presente, sería necesario conocer la fuerza plástica de cada humano, de cada pueblo y cada cultura. Me refiero a aquella fuerza de crecer de sí mismo y de manera propia, de transformar lo pasado y lo desconocido y de incorporarlo, de sanar las heridas, recuperar lo perdido y recomponer desde sí mismo las formas quebrantadas.”¹¹⁸

Aparece aquí una noción que consideramos sumamente original y a la vez difícil de medir como la de fuerza plástica, a través de la cual sería posible evaluar la capacidad de cada individuo o pueblo para olvidar aquello que le sucedió y centrarse en su presente y en su accionar en él. Cuando en el capítulo siguiente analicemos la problemática desde Benjamin, retomaremos esta propuesta ya que creemos que el criterio nietzscheano puede enriquecer la discusión y permitirnos pensar, dentro del debate de la apropiación del pasado traumático, sobre la capacidad de acción que tienen aquellos que se disputan la recuperación de ese pretérito y el lugar que allí juega el olvido.

Dirigiendo la mirada hacia el pasado límite al que dedicamos nuestra tesis, parece ser todavía mucho más difícil medir esta fuerza plástica planteada por Nietzsche, ya que en muchas ocasiones la posibilidad de olvidar ni siquiera se contempla como tal. Tomemos algunos ejemplos para entender a qué nos referimos. Elie Wiesel, escritor rumano y sobreviviente de campos de concentración nazis, declara que “olvidar a los muertos es matarlos de nuevo; es negar la vida que ellos vivieron, la esperanza que los sostenía, la fe que los animaba.”¹¹⁹; y en otra presentación señala “la memoria es algo que llevamos en el corazón. Lo peor que nos podría suceder es

¹¹⁷ *Ibidem*, p. 14

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 17

¹¹⁹ Wiesel, E., “Prefacio”, en Academia Universal de las Culturas, *op. cit.*, p. 12

olvidar.”¹²⁰ El lema de muchas de las agrupaciones en Argentina relacionadas con la dictadura militar es “Ni olvido ni perdón”. Aquellos que claman por justicia, por castigo a los culpables, por una reivindicación de las víctimas del pasado, por mantener vivo el recuerdo, no pueden vislumbrar el olvido, eso que Nietzsche advierte clave para la salud de los pueblos.

¿Pero es realmente este pasado inconcluso aquel que las sociedades deberían olvidar? ¿Aquel pasado traumático que todavía no se pudo elaborar? Parecería ser que no. Que en verdad debemos apropiarnos de este pasado y generar debates, discusiones, polémicas, pero no olvidarlo. Sin embargo, esto no quiere decir que ese recordar signifique indefectiblemente un regodeo en nuestro pasado, un mirar hacia atrás por la falta de perspectiva futura, conllevando una resignación frente a nuestro presente. Creemos que allí está el problema y que una apropiación del pasado, en parte distinta a la conmemorativa, y en parte distinta a la histórica, puede ayudarnos a que ello no suceda. No buscamos un no olvidar que nos estanque en el ayer, sino un no olvidar que, más allá de que por ahora suene paradójico, nos remita a ese pasado y a la vez nos abra las puertas para vislumbrar al menos la posibilidad de algo distinto en el presente y futuro. Elaborar el pasado, sin que ello implique el olvido (de hecho, ya vimos que no lo hace) y, a partir de allí, concebir una apropiación distinta con una agencia histórica activa, pensando en que aquellos que se disputan la apropiación del pasado límite deben estar advertidos de que esa recuperación no sólo implica un acceso al pretérito sino también una constitución que denota compromisos políticos en el presente. Quizás, al fin y al cabo, eso no esté tan alejado de lo propuesto por Nietzsche.

Volvamos, para terminar, a la relación entre la noción de recuerdo y de acontecimiento histórico. Está claro que el recuerdo no es un acontecimiento histórico *per se*, pero sí que puede transformarse en tal según la utilidad que se le otorgue; es decir, repitiendo lo señalado por White, el que algo haya sucedido en el pasado no lo convierte en un acontecimiento histórico, sino que llega a serlo a raíz de formar parte de determinado tipo de escritura. También se vuelve interesante mencionar aquí lo planteado por el filósofo analítico de la historia Arthur Danto quien, en el marco de su argumentación contra el escepticismo hacia el conocimiento histórico, afirma que casi siempre se alcanza un mejor conocimiento del pasado mucho tiempo después de

¹²⁰ Wiesel, E., “Elogio a la memoria”, en Academia Universal de las Culturas, *op. cit.*, p. 224

sucedido los hechos, señalando la ventaja que entonces tiene el historiador desde el presente por sobre el cronista ideal, quien supuestamente tiene la capacidad de registrar en el momento lo sucedido tal cual ocurrió. Siguiendo el capítulo “Oraciones narrativas” de su libro *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*¹²¹, Danto sostiene que el tipo de oraciones narrativas tales como “Iván el Terrible nació el...” o “Durante la Conquista de América...” son imposibles de formular para el cronista ideal dado que la caracterización de estos eventos es posterior a cuando efectivamente sucedieron; es así que el pasado no está determinado, sino que, recién tiempo después de ocurridos los hechos, se puede hablar significativamente de ellos, significaciones no determinadas tampoco e infinitas. De esta manera, no se puede establecer una relación directa entre los posibles recuerdos y los acontecimientos históricos, sino que, al igual que lo sostendrá Benjamin, tiempo después se producen las conexiones.

V. Conclusión

La propuesta a lo largo de este capítulo ha sido la de, a partir de la caracterización de los eventos de violencia masiva, sistemática y estatal como traumáticos, haciendo uso para ello de la teoría psicoanalítica, comenzar a desentrañar los problemas que éstos acarrearán para nuestra apropiación presente. Eso nos ha llevado a encontrarnos con dos estrategias que suelen disputarse la recuperación de estos acontecimientos en el presente: la forma histórica y la conmemorativa. La relación entre historia y memoria entonces resurge, cuestionándonos algunas distinciones que suelen hacerse a su alrededor. En este marco, las políticas de la memoria son caracterizadas como más afines a la esfera pública, al uso político, formando parte de un eje subjetivista a través del cual se pretende volver a la autenticidad del testimonio, pero, paradójicamente, erigiéndolo como la verdad sobre el pasado, generando eso un desagenciamiento del propio testigo en tanto privilegiado epistémico. De hecho, estas políticas de la memoria alegan su surgimiento frente a la necesidad de subsanar las dificultades que parece tener la historia para representar estos eventos límites, pero las propias críticas que le realizan a esta última como distorsionante se encuadran en su

¹²¹ Danto, A., *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, trad. Eduardo Bustos, Barcelona, Paidós, 1989, “Oraciones narrativas”, pp. 99-155

ingenua creencia de verdad histórica, no advirtiendo las críticas ya formuladas por la Nueva Filosofía de la Historia hacia la historiografía tradicional. A lo largo de la exposición hemos intentado mostrar los aportes de esta nueva corriente, lo cual nos ha permitido remarcar los entrecruzamientos entre ambas prácticas encargadas de traer el pasado al presente. Es decir, el dejar de concebir a la historia en tanto disciplina científica, el problematizar las distinciones esenciales como subjetividad-objetividad o historia-literatura, ayuda a repensar la demarcación entre la historia y la memoria.

A través del desarrollo de los diferentes tópicos elegidos hemos procurado alcanzar dos fines que creemos íntimamente conectados: por un lado, desarticular la distinción que suele postularse entre la historia y la memoria, y, por otro lado, partiendo de ello, vislumbrar una alternativa a las apropiaciones del pasado mencionadas, proponiendo una apropiación que supere o disuelva las falencias señaladas, que conecte el pasado y el presente de una manera activa, que implique una agencia histórica de quienes toman ese pasado y lo hacen actuar en el presente. Estamos hablando aquí no sólo de aquellos que se disputan la recuperación del pasado, sino también del lugar de víctimas en el que quedan muchas veces los propios sobrevivientes en esa apropiación, perdiendo su capacidad de agentes en el debate público.

Recuperando una cita de Brown del primer capítulo: “We inherit not ‘what really happened’ to the dead but what lives on from that happening, what is conjured from it, how past generations and events occupy the force fields of the present, how they claim us, and how they haunt, plague, and inspire our imaginations and visions for the future.”¹²²; repetimos entonces que la discusión no remite a lo factual, sino a la forma en que representamos aquel pasado, a cómo lo traemos a nuestro presente y este es un debate que no puede contenerse dentro del plano académico. Tal como nos previene White, el tema de la representación no puede desligarse de la reflexión sobre los recursos discursivos elegidos y los compromisos políticos, estéticos, ontológicos, que esa elección denota¹²³.

¹²² Brown, W., *op. cit.*, p. 150

¹²³ Vale la pena recurrir aquí a una larga cita de White: “Los relatos históricos pretenden ser modelos verbales de segmentos específicos del proceso histórico. Pero tales modelos son necesarios porque el registro documental no produce una imagen sin ambigüedades de la estructura de sucesos de que da fe. Para figurarse ‘lo que *realmente* ocurrió’ en el pasado, por lo tanto, el historiador tiene que *prefigurar* como posible objeto de conocimiento todo el conjunto de sucesos registrado en los documentos. Este acto prefigurativo es poético en la medida en que es precognoscitivo y precrítico en la economía de la propia conciencia del historiador. También es poético en la medida en que es constitutivo de la estructura que posteriormente será imaginada en el modelo verbal ofrecido por el historiador como representación y explicación de ‘lo que ocurrió *realmente*’ en el pasado. Pero es constitutivo no sólo de un dominio que el historiador puede tratar como posible objeto de percepción (mental); también es constitutivo de los

En busca de repensar estas ideas, tal como adelantamos en la introducción, recurriremos en el próximo capítulo al texto póstumo “Sobre el concepto de historia” de Walter Benjamin. Muchas de las nociones que allí figuran nos servirán para continuar en la línea de pensar aquel pasado inconcluso como estimulante para el presente, entremezclando la historia con la política, con la memoria y con la discontinuidad en el tiempo, haciendo foco en el propio tiempo presente, en un tiempo que no queremos siga manifestándose efímero.

*conceptos que utilizará para identificar los objetos que habitan ese dominio y para caracterizar los tipos de relaciones que pueden tener entre ellos. En el acto poético que precede al análisis formal del campo, el historiador a la vez crea el objeto de su análisis y predetermina la modalidad de las estrategias conceptuales que usará para explicarlo. (White, H., “Prefacio”, en White, H., *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo xix*, ed. cit., p. 40)*

Capítulo 3.

Walter Benjamin: el despertar de un pasado inconcluso

I. Introducción

§1. *Algunas consideraciones sobre el texto benjaminiano "Sobre el concepto de historia"*

La intención en esta parte del trabajo, continuando con lo expresado al final del capítulo anterior, es repensar los peculiares problemas que plantea la apropiación del pasado en nuestros días, la apropiación de aquel pasado traumático y reciente, haciendo eje en el estudio de un escrito que juzgamos nos abrirá nuevas perspectivas de análisis. Estamos haciendo referencia al texto de Walter Benjamin "Sobre el concepto de historia" (*Über den Begriff der Geschichte*), al que de ahora en adelante también llamaremos "Tesis de filosofía de la historia"¹²⁴.

Retomando lo expuesto brevemente al comienzo de nuestra tesis, este escrito no llegó a ser publicado en vida por su autor, por lo que alrededor suyo y de su divulgación póstuma, se han generado ciertas discrepancias. En primer lugar, nos topamos con la incertidumbre sobre la fecha en que Benjamin lo produjo; igualmente, a diferencia de lo que sucede con el "Fragmento teológico-político" sobre el cual existen divergencias más marcadas¹²⁵, aquí se estipula que las tesis fueron escritas entre 1937 y 1940. En verdad, "Tiedemann y Schweppenhäuser estiman que los preliminares de las 'tesis' tendrían que haber sido iniciados a más tardar en 1937, con ocasión del ensayo sobre Fuchs (de hecho, se puede comprobar que ciertos pasajes del ensayo fueron transcritos directamente a las 'tesis'), y que su redacción debería situarse entre fines de

¹²⁴ Recordar la explicación sobre el título de la obra reflejada en la introducción (ver nota al pie 6).

¹²⁵ En este caso, en su traducción de este breve fragmento, Pablo Oyarzún Robles señala: "Los editores Tiedemann y Schweppenhäuser abogan fundamentalmente por la datación de este texto alrededor de 1920/21, en contra de la opinión de Adorno, que lo fechaba en 1938, cuando le fue leído –según su propio testimonio– por Benjamin. Parecido tiempo de redacción señala también Scholem, que considera el texto característico del período en que Benjamin trabó una estrecha relación con el 'mundo del judaísmo'. El título es una propuesta del mismo Adorno, sobre cuya aceptación por Benjamin no existe ninguna prueba. (Benjamin, W., "Fragmento teológico-político", en Benjamin, W., *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, trad. de Pablo Oyarzún Robles, Santiago, Universidad Arcis y LOM Ediciones, s.d., p. 183). Seguramente también haremos alguna referencia a este rico fragmento en nuestra exposición.

1939 y comienzos de 1940.”¹²⁶ Antes de continuar, vale aclarar que Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser son quienes editaron en 1974 los escritos completos de Walter Benjamin (*Gesammelte Schriften*) a través de la editorial Suhrkamp, contando con la colaboración de Theodor Adorno y Gershom Scholem. Cuando hablan del ensayo sobre Fuchs, se refieren a un texto benjaminiano dedicado al historiador y coleccionista alemán Eduard Fuchs, publicado en 1937 en la *Zeitschrift für Sozialforschung* (“Revista de Investigación Social” perteneciente a la Escuela de Frankfurt), en el cual asoman fragmentos que luego reaparecerán en las tesis¹²⁷. Los comentaristas coinciden en que la primera referencia de Benjamin a este escrito se produce en una carta en francés dirigida a su amigo Max Horkheimer el 22 de febrero de 1940:

“En su pasaje más importante dice: ‘Vengo de terminar un cierto número de tesis sobre el concepto de Historia. Estas tesis se relacionan, por una parte, con las perspectivas que están esbozadas en el capítulo I del «Fuchs» [*Eduard Fuchs, der Sammler und der Historiker*, “Eduard Fuchs, el coleccionista y el historiador”, G.S., II-2, pp. 465-505]. Por otra parte, debe servir como armazón teórica al segundo ensayo sobre Baudelaire. Constituyen una primera tentativa de fijar un aspecto de la historia que debe establecer un corte irremediable entre nuestra manera de ver y las sobrevivencias del positivismo que, en mi opinión, demarcan tan profundamente incluso aquellos conceptos de Historia que, en sí mismos, son para nosotros los más próximos y los más familiares’ (cit. en G.S., I-3, p. 1225).¹²⁸

Vemos aquí ya la mención de lo que luego analizaremos más en profundidad en relación con sus críticas al positivismo y al historicismo, corrientes que, aunque son consideradas usualmente diferentes, Benjamin en un punto acercará. Por último, no se refleja en esta cita, pero las tesis también tienen una fuerte conexión con el prolongado proyecto benjaminiano que quedó inconcluso sobre el análisis en términos materialista históricos de la ciudad de París del siglo XIX¹²⁹, el cual se transformó más tarde en el

¹²⁶ Benjamin, W., “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, p. 68

¹²⁷ Cfr. Löwy, M., *op. cit.*, p. 32

¹²⁸ Benjamin, W., “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, pp. 67-8

¹²⁹ “...las reflexiones ‘Sobre el concepto de historia’ aparecieron en la obra de Benjamin en relación con la necesidad de construir un ‘armazón teórico’ destinado a sustentar esa historia crítica de la génesis de la sociedad moderna en la que intentaba trabajar desde hacía años. Se trata de un proyecto monumental que quedó inconcluso y cuyo manuscrito conocemos bajo el nombre de ‘Los pasajes de París’. Con su texto, de factura inusitada, Benjamin pensaba introducir un nuevo tipo de discurso reflexivo, hecho de una red de articulaciones entre fragmentos del habla de ‘la cosa misma’, cuyo tejedor se jugaría por entero en el desempeño creativo de selección y combinación. París, la ciudad a la que él llamó ‘la capital del siglo XIX’, abordada en su conjunto, pero desde el mirador de la cultura cotidiana, debía ser el primer sujeto-objeto de esta nueva manera de construir un relato histórico materialista. (Echeverría, Bolívar, “Introducción. Benjamin, la condición judía y la política”, en Echeverría, B. (comp.), *La mirada del ángel. En torno a las tesis sobre la historia de Walter Benjamin*, México D.F., Era, 2005, p. 10)

libro póstumo *Libro de los Pasajes* (*Das Passagen-Werk*, escrito entre 1927-40 y editado por Rolf Tiedemann, Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag, 1982).

En segundo lugar, otro asunto sobre el que se discurre es el título del texto, punto que se encuentra vinculado con el deseo o no de publicación por parte de su autor. Buscando desarrollar un poco más lo ya revelado en la introducción, y recordando lo expresado en relación con la divulgación del documento, el filósofo mexicano Bolívar Echeverría apunta que “se trata de reflexiones que, en 1940, cuando las circunstancias en torno a la guerra le impelen a escribirlas, llevan a su autor a percatarse de que ‘las había tenido en resguardo consigo mismo, a salvo incluso de él mismo, durante unos veinte años’. Son ideas que envía por correo a su amiga Gretel Adorno, ‘más como un manojo de hierbas juntado en paseos pensativos’, destinado a un intercambio de ideas íntimo, ‘que como un conjunto de tesis’ que estuviera maduro ya para la publicación y preparado así para absorber el ‘entusiasta malentendido’ que su contenido iba a provocar necesariamente.”¹³⁰ Se reafirma entonces que la intención de Benjamin no era, al menos todavía, la publicación de este escrito, dado que no era considerado por él un texto terminado; este hecho abre la puerta para la discrepancia en torno al título, aunque ya ha quedado claro, por lo indicado al comienzo, de dónde ha surgido la denominación “Tesis de filosofía de la historia” con la que comúnmente se lo conoce.

Por otro lado, dado el señalamiento de Echeverría sobre la coyuntura de escritura de las tesis, vale mencionar también que, en los años 1939 y 1940, Benjamin, como alemán judío marxista en la Segunda Guerra Mundial, se encontraba en una Francia ocupada de la que debía escapar. Su intento falló, ya que en septiembre de 1940, mientras pretendía cruzar junto a un grupo de refugiados la frontera franco-española de Port-Bou, fue interceptado por la policía franquista, tomando entonces el camino del suicidio. Se considera que las circunstancias que le tocó enfrentar en esos años le generaron la necesidad de plasmar en papel aquellas ideas sobre la historia; no nos estamos refiriendo solamente al inicio de la Segunda Guerra Mundial, sino también a la firma en agosto de 1939 del pacto Molotov-Von Ribbentrop, tratado que significó la no agresión entre Alemania y la Unión Soviética, el cual habría provocado en Benjamin una gran desilusión dado que confiaba en esta última como potencia opositora al fascismo.

¹³⁰ *Ibidem*, pp. 09-10

Por último, un tercer punto íntimamente conectado con la no publicación por parte de su autor es el de las distintas versiones de las tesis que han circulado desde su primera aparición en 1942 en un volumen llamado *Walter Benjamin zum Gedächtnis* (“A la memoria de Walter Benjamin”), publicado por el Instituto de Investigación Social de Frankfurt, exiliado para ese momento en Los Ángeles, Estados Unidos¹³¹. El problema surge porque hay, por un lado, un original alemán; por otro, una versión en francés traducida por el propio Benjamin, la cual posee algunas diferencias significativas con el original (faltan las tesis VIII, XI, XIII, XIV, XVI y XVIII); y asimismo un manuscrito conservado por Hannah Arendt, que también muestra distinciones en relación con los dos anteriores. Y finalmente, Giorgio Agamben descubre un nuevo manuscrito (*Handexampler*) en la Biblioteca Nacional de París, el cual contiene una tesis XVIII adicional, incorporada luego al volumen VII de las *Gesammelte Schriften*¹³². En consecuencia, se vuelve significativo indicar que la traducción empleada en este trabajo será la del filósofo chileno Pablo Oyarzún Robles, quien a su vez señala que la versión utilizada por él es la alemana de las *Gesammelte Schriften*, editada por R. Tiedemann y H. Schweppenhäuser en el año 1991, aunque también tuvo en consideración las otras variantes ya enumeradas.

Serán entonces algunas de las ideas expresadas por Walter Benjamin en este texto las que abrigaremos para repensar aquello que expusimos en la primera parte. Tal como referimos en la introducción, indudablemente el hecho de ser un texto póstumo, no listo todavía para ser publicado según su propio autor, lo hace un escrito diferente y sobre todo prolífero, dando lugar a muy diversas interpretaciones por parte de sus comentaristas. Ello nos ayudará a apropiarnos de ciertos conceptos y aplicarlos en la búsqueda de una alternativa de apropiación del pasado traumático. Terminemos (o mejor dicho empecemos) con una cita de Michael Löwy que destaca esta cualidad del texto benjaminiano:

¹³¹ Esta primera publicación de circulación limitada se realizó en base a la copia de lo escrito por Benjamin que le fuera entregada a Adorno a través de Hannah Arendt. “El 12 de junio de 1941 le escribía Adorno a Horkheimer, instalado ya entonces, por razones de salud, en California: ‘Se trata de la última concepción de Benjamin. Su muerte hace superflua la precaución en cuanto a su carácter provisional’.” (Jaramillo Vélez, Rubén, “Sobre la filosofía de la historia de Walter Benjamin”, en AA.VV., *Sobre Walter Benjamin. Vanguardias, historia, estética y literatura. Una visión latinoamericana*, edición a cargo de Gabriela Massuh y Silvia Fehrmann, Buenos Aires, Alianza Editorial/Goethe-Institut, 1993, p. 72)

¹³² Cfr. Benjamin, W., “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, pp. 67-8 y Löwy, M., *op. cit.*, p. 40

“A lo largo de los últimos quince años, tomé muchas notas con el objetivo de lograr a (sic) una interpretación de las tesis. Asistí a los cursos y conferencias de eminentes especialistas, como Stéphane Mosès e Irving Wohlfarth. A mi vez, hice de las tesis el tema de un seminario que dicté durante todo un año en la École des Hautes Études en Sciences Sociales y, más adelante, en la Universidad de San Pablo, Brasil. Leí una buena parte de la ‘literatura secundaria’, pero sigo convencido no sólo de que aún hay lugar para otras interpretaciones –como la que propongo aquí– sino de que el texto de Benjamin pertenece a esa rara especie de escritos cuya vocación es suscitar nuevas lecturas, nuevos puntos de vista, enfoques hermenéuticos diferentes, reflexiones inéditas, *ad infinitum*. O, mejor, como dice el *shemah israel*, la milenaria plegaria de los judíos, *leolam va ed*, por la eternidad de los tiempos.¹³³

§2. El giro hacia el pasado en Benjamin

Tal como ya hemos mencionado sobre el comienzo del segundo capítulo, en los últimos tiempos se ha producido el llamado “giro memorialista”, enmarcado, entre otras cosas, en una preocupación por la forma en que nos apropiamos de aquel pretérito límite. Walter Benjamin se hubiera sentido muy comfortable en esta situación ya que él encuentra en el pasado un factor clave para el devenir histórico. Su mirada está enfocada allí. Este filósofo alemán descubre en él una motivación, un motor indispensable para cualquier situación histórica presente con vistas a la posibilidad de una modificación futura. ¿A qué nos referimos con esto? A que, a diferencia de lo que suele predicarse, aquello que nos hace avanzar no es el futuro, sino nuestro pasado¹³⁴. Vale la pena aquí ya recurrir al texto benjaminiano y transcribir completa la tesis XII:

“El sujeto del conocimiento histórico es la misma clase oprimida que lucha. En Marx aparece como la última [clase] esclavizada, como la clase vengadora, que lleva a su fin la obra de la liberación en nombre de las generaciones de los derrotados. Esta conciencia, que por breve tiempo tuvo otra vez vigencia en el ‘Espartaco’, fue desde siempre chocante para la socialdemocracia. En el curso de tres décadas ésta casi consiguió borrar el nombre de un Blanqui, cuyo timbre de bronce sacudió al siglo pasado. Se complació en asignarle a la clase trabajadora el papel de redentora de generaciones *futuras*. Y así le cercenó el nervio de su mejor fuerza. La clase desaprendió en esta escuela lo mismo el odio que la voluntad de sacrificio. Pues ambos se

¹³³ Löwy, M., *op. cit.*, p. 46

¹³⁴ Recojamos el ejemplo de la utopía para ver cómo se piensa comúnmente en una mirada dirigida hacia el futuro: Eduardo Galeano en su libro *Las palabras andantes* expresa sobre la utopía que “ella está en el horizonte -dice Fernando Birri-. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. Por mucho que yo camine, nunca la alcanzaré. ¿Para qué sirve la utopía? Para eso sirve: para caminar. (Galeano, E., *Las palabras andantes*, Buenos Aires, Catálogos, 1993, p. 310)

nutren de la imagen de los antepasados esclavizados, y no del ideal de los nietos liberados.¹³⁵

Sobre la base de la crítica que Benjamin le realiza a la socialdemocracia, se puede observar que el error para este autor ha sido enfocar la mirada en las generaciones futuras en vistas a cumplir un ideal, cuando en verdad aquello que debe incitar el cambio son las derrotas y catástrofes del pasado. Es decir, al señalar Benjamin que nuestros ojos deben mirar hacia atrás y no hacia adelante, no se refiere a cualquier tipo de pasado, sino que centra su atención en un determinado acontecer que ha dejado víctimas y fracasos, que ha perdido su batalla, que ha sufrido una derrota¹³⁶. Ahora bien, la pregunta que surge a raíz de esto es por qué, por qué ese pasado puede motivarnos, por qué puede causar cambios en nuestro presente. Y la respuesta está en estrecha conexión con todo lo visto en la primera parte del trabajo: porque ese pasado no está cerrado, no está muerto. Tal como sucede con las situaciones límites que atormentaron al siglo XX, con aquellos eventos que hemos caracterizado como traumáticos, Benjamin está haciendo referencia a un pasado que ha dejado heridas abiertas, citando luchas cuyos derrotados tienen todavía algo para decir y que, a quienes vivimos en la actualidad, nos puede ser útil escuchar. Nos puede despertar.

Habiendo resaltado este punto, creemos que es indispensable, dada la variedad de temáticas que suscita Benjamin con sus tesis, ir por partes y distinguir las problemáticas a tratar. En primer lugar, introduciremos la noción de recuerdo benjaminiano, la cual nos llevará a empezar a repensar la función del historiador dentro del análisis realizado sobre el vínculo entre historia y memoria; para ello haremos uso del concepto de cita y de imagen dialéctica elaborados por Benjamin. En la sección siguiente problematizaremos la noción de tiempo histórico, dando lugar a las críticas postuladas por este filósofo alemán a las corrientes historicistas y progresivas. A partir de allí, abrirá paso a su propia concepción del tiempo que dará en llamar “tiempo-ahora” (*Jetzt-Zeit*), lo cual nos viabilizará madurar desde otro lugar la posibilidad de una praxis en nuestro presente, siempre en el marco de repensar una apropiación del pasado

¹³⁵ Benjamin, W., “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, pp. 58-9

¹³⁶ Retomando lo expresado en la introducción sobre los compromisos que parece que uno debería adquirir frente a la filosofía benjaminiana, nos encontramos con la distinción víctima-victimario que traza este autor. Esta demarcación tan tajante debe pensarse en términos históricos y del compromiso político adoptado por Benjamin en los años de escritura de las tesis, pero eso no debe hacernos perder de vista que esas posiciones, la de víctima-victimario, u opresor-oprimido, no están exentas de ser intercambiables o modificadas a lo largo del devenir histórico. Un ejemplo además de lo difícil de fijar este tipo de distinciones es la llamada “zona gris” por Primo Levi, haciendo referencia mayormente a los colaboradores judíos en los campos de concentración nazis.

límite. Por último, reflexionaremos en torno al concepto de redención y a las polémicas que el mismo acarrea; sobre todo nos basaremos en una discusión que Benjamin mantuvo con Max Horkheimer alrededor de este asunto. Veremos allí la original idea de “débil fuerza mesiánica” postulada en la tesis II, que ha sido interpretada de formas muy variadas; eso nos dará la chance de dejar al menos planteada la cuestión de la justicia y de la reparación hacia los muertos del pasado.

II. Reflexiones en torno a la noción benjaminiana de recuerdo

En un primer momento, la iniciativa benjaminiana que postula que la motivación para la transformación no está en el futuro sino en el pasado (y en la redención de aquellas generaciones vencidas) puede generar dudas: ¿por qué actuar en busca de redimir a las víctimas de antaño en lugar de pensar en las expectativas de las generaciones futuras? Aquí entra en juego la importancia que Benjamin le otorga a la noción de recuerdo, lo cual nos sirve para seguir reflexionando en torno a la relación analizada más arriba entre esta última y la de acontecimiento histórico. La mención se hace explícita al comienzo de la tesis VI: “Articular históricamente el pasado no significa conocerlo ‘como verdaderamente ha sido’. Significa apoderarse de un recuerdo tal como éste relampaguea en un instante de peligro.”¹³⁷ Ya empezamos a vislumbrar aquí la íntima conexión entre la historia y la memoria, siguiendo la línea que intentamos expresar en el segundo capítulo, abandonando una distinción acrítica entre ambas. Desde un principio Benjamin parece dejar en claro qué significa para él hacer historia: se diferencia de aquellas corrientes que pretenden dar cuenta de lo acontecido de una manera objetiva, creyendo en la posibilidad de conocer los hechos pretéritos “como verdaderamente han sido” y saca a relucir la idea de apoderarse de un recuerdo en un instante que él llama “de peligro”. Ya se comienza a desprender también su crítica al historicismo y la relación existente entre el instante de peligro y su concepción de tiempo-ahora, pero, en busca de clarificar la exposición, más allá de que todas estas cuestiones están fuertemente entrelazadas, dejaremos el análisis de estas últimas para el apartado siguiente.

Para empezar a pensar la noción de recuerdo es interesante recurrir a una idea que ha sido muy importante para Walter Benjamin a lo largo de toda su vida: la de cita.

¹³⁷ *Ibidem*, p. 51

Tomamos conocimiento de esta relevancia a raíz de la lectura de Florencia Abadi: “Sabemos de la importancia de la cita para Benjamin, de la profusión de citas en sus libros y hasta de la idea de escribir un libro, *Das Passagen-Werk*, que estuviera casi íntegramente construido a partir de citas.”¹³⁸ Ahora bien, cuál es el vínculo que tiene la cita con el recuerdo en términos históricos; recurramos nuevamente a Abadi:

“¿Qué significa que un tiempo cite a otro tiempo? La cita como dinámica o estructura ligada a la historia constituye una crítica aguda de la concepción lineal del tiempo sostenida por la noción de progreso. La cita contiene efectivamente una remisión al pasado, que se condice con aquel necesario desdoblarse del tiempo sobre sí que está implícito en la idea de redención, aquel replegarse o volver sobre sí del tiempo que no puede pensarse desde el supuesto de un pasado clausurado. (...) La cita siempre guarda con el pasado una relación en la que éste, en la misma medida en que es citado, se modifica, no es el mismo, no es repetición sino recuerdo.”¹³⁹

De esta manera, la cita como tal implica un recurrir al pasado que generalmente se nos vuelve útil para el presente: cuando citamos otro texto en pos de clarificar el nuestro, cuando citamos algún acontecimiento pretérito para explicar uno actual. En este sentido, la cita se vuelve una herramienta que busca recuperar del pasado algo valioso para el presente. Y es ahí en donde se puede emparentar con la idea que tiene Benjamin del recuerdo: para este filósofo el recordar algo, el remitirnos al pasado, se vuelve también una herramienta para nuestro presente. Es decir, así comienza a desentrañarse la propuesta que consideramos provechosa para pensar una apropiación de aquel pasado traumático que implique una agencia en nuestro tiempo, en donde ese traer el pasado al presente se transforme en un instrumento para dar lugar a un cambio, o al menos, para abrir la posibilidad de conjeturar un cambio. Puede considerarse que se acerca así a la idea de White sobre la autoconciencia lingüística y los compromisos que ella conlleva en el sentido de sugerir que, dentro de esos compromisos, podemos encontrar un agenciamiento en el tiempo presente. Pero no se está refiriendo Benjamin aquí a cualquier recuerdo ni tampoco a la oportunidad de rememorarlo en cualquier momento.

Veamos primero a qué tipo de recuerdo alude. Para ello es indispensable retomar lo expresado previamente en la tesis XII; allí queda claro que el recuerdo se debe centrar en “los antepasados esclavizados”, lo cual nos remite a aquellos que nos

¹³⁸ Abadi, F., *Filosofía y redención: una lectura de Walter Benjamin*, Tesis de Licenciatura inédita para la carrera de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires, marzo de 2006, p. 120

¹³⁹ *Ibidem*, p. 121

precedieron y han sido dominados, aquellos que han sufrido la derrota. Vale la pena apelar aquí a lo que se conoce como los “Apuntes sobre el concepto de historia”¹⁴⁰: “{(...) Pretendemos de los póstumos no la gratitud por nuestros triunfos, sino la remembranza de nuestras derrotas.} Eso es consuelo: el único consuelo que puede haber para quienes ya no tienen esperanza de consuelo.”¹⁴¹ De esta manera, observamos que cuando Benjamin habla de recuerdo, considera ese pasado sobre el que ya hemos hecho extensas menciones, ese pasado que todavía clama por ser escuchado y que ha quedado trunco. Aquellos que han sido vencidos dejan al menos así su legado¹⁴². De esto se deriva la enunciación de dos pasados posibles: el pasado muerto y el vivo, el pasado que descansa y el que declama; en términos del filósofo español Manuel Reyes Mate, el pasado vencedor y el vencido. En su libro *Medianoche en la historia*, dedicado enteramente al comentario de las tesis, distingue dos pasados diferentes, siendo “uno que está presente en el presente y otro que está ausente del presente.”¹⁴³ Es este último aquel que quienes habitamos el presente debemos recuperar, pero dada su ausencia, eso se vuelve más dificultoso.

Teniendo en cuenta la distinción entre vencedores y vencidos, entre dominadores y dominados, la historia que se muestra ausente es la de los derrotados, aquella historia que para Benjamin se dejó de contar. Si lo suscribimos a la noción de progreso, sería la historia de aquellos cuyo sacrificio ha sido legitimado en pos del supuesto avance. Parece entonces que para este filósofo alemán la historia estaría del lado de los vencedores y la memoria del lado de los vencidos¹⁴⁴. ¿Qué queremos decir con esto? Que la historia, lo que en algún lugar de este trabajo llamamos historia oficial, la escribirían los dominadores, mientras que la memoria, el recuerdo, la cita, nos permitiría arrimarnos a lo experimentado por los oprimidos. Frente a esto, la pregunta

¹⁴⁰ Dada la peculiaridad de este texto, citamos lo explicado por Oyarzún Robles en su traducción: “Los siguientes ‘Apuntes’ contienen notas y versiones que corresponden al conjunto de trabajos realizados por Benjamin a propósito de las ‘tesis’ y a los distintos estadios y variantes de elaboración de las mismas. Tiedemann y Schweppenhauser los reproducen a título de ‘paralipómena’ en *G. S.*, I-3, pp. 1228-1252. (...) Siguiendo la usanza de la edición alemana, los paréntesis de llave { } indican los textos y pasajes tachados por Benjamin. Además, los paréntesis angulares < > corresponden a rectificaciones ortográficas o indicaciones sobre el texto hechas por los editores alemanes. Los corchetes [] contienen interpolaciones nuestras para auxiliar la legibilidad. Las cifras al pie de cada apunte señalan el número de manuscrito (Ms) en el legado Benjamin. (Benjamin, W., “Apuntes sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, pp. 110-1)

¹⁴¹ *Ibidem*, p. 89

¹⁴² Retomando la difícil coyuntura de los últimos años de la vida de Benjamin, en los que supuestamente escribió sus tesis, podría considerarse que él también se sentía parte de una generación de vencidos, no deseando que su lucha quedará enterrada en el olvido.

¹⁴³ Reyes Mate, M., *op. cit.*, p. 122

¹⁴⁴ “Hay un pasado que fue y sigue siendo y otro que fue y es sido, es decir, ya no es. La memoria tiene que ver con el pasado ausente, el de los vencidos. (*Ibidem*, p. 122)

sería si Benjamin no aporta entonces a favorecer la dicotomía tan debatida en el segundo capítulo, dejando la historia en el pasado, sin influencia en el presente, y recurriendo a la memoria en busca de lo contrario; de hecho, ya hemos señalado que este autor ha sido muchas veces recuperado como ejemplo de lo memorialista. Sin embargo, creemos que, y esperamos pueda observarse con mayor claridad en el próximo apartado, la respuesta se vuelve negativa, ya que, por el contrario, Benjamin, luego de criticar este tipo de historia, postula otra más cercana a la memoria, al recuerdo, que se ve enriquecida a través de ella. Si leemos nuevamente la tesis VI, la interacción entre historia y memoria se torna entonces patente, pudiéndose recuperar a este autor en consonancia con la problematización ya citada por parte de la Nueva Filosofía de la Historia de ciertas distinciones esenciales de la historiografía tradicional.

Ya advertimos que se hace referencia al recuerdo de un determinado pasado; convoquemos ahora la tesis V para ver cómo éste se nos hace presente:

“La verdadera imagen del pretérito *pasa fugazmente*. Sólo como imagen que relampaguea en el instante de su cognoscibilidad para no ser vista ya mas, puede el pretérito ser aferrado. ‘La verdad no ha de escaparsenos’: este lema, que proviene de Gottfried Keller, designa con exactitud, en la imagen de la historia del historicismo, el punto en que ésta es atravesada por el materialismo histórico. Pues es una imagen irrecuperable del pasado que amenaza desaparecer con cada presente que no se reconozca aludido en ella.¹⁴⁵

Se introduce de esta forma otra noción benjaminiana primordial para su desarrollo del concepto de historia: la de imagen (dialéctica). Más allá de que ya ha sido aclarado que no se pretende hacer un análisis de la teoría de Benjamin en su totalidad, no puede dejar de mencionarse la relevancia que para toda su filosofía ha tenido la idea de imagen. En relación con la esfera histórica, en la tesis recién citada descubrimos cómo esta noción se conecta con el pasado, de manera que si el presente no recuerda una imagen de cierto pasado, este último parece perderse. De eso se trata: si no lo recordamos, ese pasado muere; si no escuchamos su llamado, ese pasado apaga su voz. El pretérito se vuelve, en nuestro propio presente, la posibilidad de su recuerdo. Y ese

¹⁴⁵ Benjamin, W., “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, p. 50. Como nota al pie al final de esta tesis el traductor aclara que “la versión francesa no contiene la referencia a Keller: ‘La verdad inmóvil que no hace más que esperar al investigador no corresponde en absoluto a este concepto de la verdad en materia histórica. Se apoya más bien en el verso de Dante que dice: es una imagen única, irrecuperable, del pasado que se desvanece con cada presente que no ha sabido reconocerse aludido por ella.’ (...) El manuscrito M agrega, al final de la tesis: ‘...aludido en ella: la alegre embajada que trae el historiador al pretérito con latidos alados viene de una boca que ya en el instante en que se abre quizás habla al vacío’. (*Ibidem*, p. 50)

recuerdo se nos manifiesta a través de una imagen. Pero ésta tampoco es cualquier imagen, sino que tiene características especiales, entrando a jugar aquí aquello que colocamos entre paréntesis anteriormente: la dialéctica.

En busca de indagar este punto, volvamos al ya citado artículo de Susan Buck-Morss “Walter Benjamin, escritor revolucionario”; dentro del apartado I (“Crítica cultural y pedagogía materialista”), encontramos un subtítulo referido a las imágenes dialécticas. El tópico surge a raíz del análisis de aquella misión revolucionaria encomendada por Marx al proletariado y la dificultad que la misma conllevaba al hallarse los llamados “tesoros culturales” en manos de los opresores. Benjamin le otorgaba extrema importancia a la transmisión histórica de cultura y criticaba que sus objetos fueran tratados como mercancías sin ninguna capacidad revolucionaria¹⁴⁶. En este contexto, esta autora sostiene que “implícita en las obras de Benjamin está una detallada y consistente teoría de la educación materialista que haría posible esa rearticulación de la cultura, de ideología a arma revolucionaria. Esta teoría implicaba la transformación de las ‘mercancías’ culturales en lo que él llamaba ‘imágenes dialécticas’.”¹⁴⁷ Para ello era necesario un procedimiento doble, consistiendo en una etapa destructiva y otra constructiva. En el caso de la primera, se trataba de la devastación total del aparato cultural burgués, “pero fue la plataforma conceptual la que fue destruida, no los elementos materiales. Cuando éstos fueron ‘volados del *continuum* de la historia’, liberados de las estructuras codificantes que los atrapaban, se hizo necesario recapturarlos en una nueva red cognitiva antes de que desaparecieran por completo en la historia. Allí residía el momento constructivo de la dialéctica. Los elementos de las culturas pasadas eran rescatados y redimidos, reunidos en novedosas ‘constelaciones’ que se conectaban con el presente en tanto ‘imágenes dialécticas’.”¹⁴⁸ Recuperando aquí la idea de prefiguración de White, se muestra cercana a la de imagen dialéctica ya que ambas parecen advertir sobre el carácter de apropiación del pasado más que de reflejo transparente del mismo¹⁴⁹.

¹⁴⁶ Cfr. Buck-Morss, S., *op. cit.*, pp. 16-7

¹⁴⁷ *Ibidem*, pp. 17-8

¹⁴⁸ *Ibidem*, p. 20

¹⁴⁹ Vale la pena recordar aquí, a través del citado libro de Tozzi, que “ello no significa que el contenido informativo desaparezca o se desvanezca en la pura figuración. Seguimos siendo informados por el discurso histórico, sólo que al mismo tiempo somos receptores de un mensaje que nos lleva a procesar la información de determinados modos y no de otros sin que sea posible separar la información de su modo de procesamiento. (Tozzi, V., *op. cit.*, 2009, pp. 114-5)

De esta manera, las imágenes dialécticas despiertan en la clase proletaria, aquella que Benjamin llama en la tesis XII “el sujeto del conocimiento histórico”¹⁵⁰, la potencialidad revolucionaria. Y confirmamos así que esta última proviene del pasado, pero de un pasado que se conecta de una forma particular con nuestro presente, dando lugar a una constelación, a una mónada¹⁵¹. Esto se vuelve visible en la tesis XVII:

“Por su parte, en el fundamento de la historiografía materialista hay un principio constructivo. Al pensar no sólo le pertenece el movimiento de los pensamientos, sino también su interrupción. Cuando el pensar se detiene súbitamente en una constelación saturada de tensiones, entonces le propina a esta misma un *shock*, por el cual se cristaliza él como mónada.”¹⁵²

Advertimos entonces que no se trata solamente de un movimiento, de un discurrir, sino también de una interrupción, de una detención. Un mirar para atrás hacia un pasado ausente, pero que “relampaguea en un instante de peligro”. Antes de continuar reflexionando en torno al momento de apropiación del recuerdo, vale aprovechar la cita para apreciar la conexión postulada por Benjamin entre el recordar y el pensar. El vínculo se hace más notorio cuando recurrimos al término en alemán: *Eingedenken*, vocablo que este filósofo utiliza por primera vez en la tesis XV y luego en la B del Apéndice. Reparemos primero en lo propio de esta palabra alemana, para luego examinar las divergencias sobre su traducción al español.

En primer lugar, es fundamental remarcar que “sin ser, en sentido propio, un término técnico, se trata –cabe suponer– de una palabra cuidadosamente escogida por Benjamin para designar el carácter esencial de la experiencia del recuerdo”¹⁵³. Se habla de un término especialmente elegido porque Benjamin deja de lado los otros dos considerados más frecuentes (nos referimos a *Gedächtnis* y *Erinnerung*) y escoge uno

¹⁵⁰ Ver cita de la tesis XII en pp. 65-6. Dado que Benjamin se encuadra dentro del pensamiento marxista, aunque heterodoxo, considera la clase oprimida como el sujeto que debe remitirse al pasado en busca de motivar su lucha presente; ese pretérito se le aparecerá como una imagen dialéctica. En la versión francesa de la tesis VI, encontramos la siguiente cita clarificadora: “El conocimiento del pasado se asemejaría más bien al acto por el cual se le presenta al hombre, en el momento de un peligro subitáneo, un recuerdo que lo salva. (Benjamin, W., “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, p. 51)

¹⁵¹ Vale la pena recurrir aquí nuevamente a los “Apuntes sobre el concepto de historia”: “No es así que lo pretérito arroje su luz sobre lo presente o lo presente sobre lo pretérito, sino que imagen es aquello en lo cual comparecen en una constelación el pretérito con el presente. Mientras que la relación de lo antaño con el ahora es una [relación] (continua) puramente temporal, la del pretérito con el presente es dialéctica, de índole de salto. (N 2 a, 3). (Benjamin, W., “Apuntes sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, p. 92)

¹⁵² Benjamin, W., “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, p. 63

¹⁵³ *Ibidem*, p. 66

que, nos enseña Reyes Mate en su libro, está en desuso. Ahora bien, observemos por qué es importante para dar cuenta de la relación entre el pensar y el recordar; citemos para ello a Pablo Oyarzún Robles: “lo que importa es la relación que se establece entre el pensamiento y la memoria (es decir, la determinación del pensamiento mismo por la remisión a lo sido), y que en alemán es favorecida fuertemente por la comunidad etimológica de los vocablos correspondientes (*denken, gedenken, eingedenk sein, Gedächtnis*).”¹⁵⁴ El hecho de que la palabra *Eingedenken* contenga el verbo *denken* (pensar) en su composición ya nos da la pauta de esta estrecha conexión.

El problema les surge a quienes deben traducir este término en las tesis benjaminianas; daremos cuenta de tres posibles traducciones para hacer notar la discrepancia, aunque todas están orientadas en una dirección similar. Primero encontramos el caso de Oyarzún Robles, quien a continuación de lo recién señalado sobre el pensamiento y la memoria, expresa que la traducción debería ser “pensar rememorante”, aunque elige “remembranza”, justificándose en que “ese otro giro podría resultar un poco extravagante, pero sugerimos que, en cada oportunidad, lo dicho se tenga a la vista”¹⁵⁵. Nos cruzamos luego con Reyes Mate, quien dedica una larga nota al pie en la traducción de la tesis XV de su libro para explicar su preferencia por el término “recordación”; vale la pena citarlo aquí ya que su elección nos ayuda con nuestra problemática entre historia y memoria:

“Traduzco el término *Eingedenken*, tan decisivo en estas Tesis, por «recordación». Benjamin recurre a una palabra en desuso, dejando otras usuales como *Gedächtnis* o *Erinnerung*, para expresar la novedad de su concepto de memoria. Si tenemos en cuenta en que él la traduce al francés por el término arcaico de *souvenance*, bien podríamos traducirla al castellano por «remembranza». Pero esta palabra resulta tan alejada que he preferido «recordación» porque capta un aspecto esencial del término alemán. *Eingedenken*, en efecto, incluye el término *denken* que, de acuerdo con la explicación heideggeriana (que lo hace derivar del arcaico «gedanc»), connota los significados de *danken* (agradecer) y *Gedächtnis* (memoria). Estaríamos entonces ante un pensar sentido. Recordación viene a su vez de *cor* (corazón). No hace falta extremar la exégesis (como hace con ingenio Andrés Ortiz Osés) para ver en «corazón» una con-razón, es decir, una razón cordial. Digo que no hace falta llegar a ese extremo porque ya en Pascal (*Pensées*, 477 y 479) encontramos una razón cordial o *sapientia cordis* que relaciona la memoria con esa razón sentida. Cuando aquí se hable de memoria será dándole por contenido la recordación.¹⁵⁶

¹⁵⁴ *Ibidem*, p. 67

¹⁵⁵ *Ibidem*, p. 67

¹⁵⁶ Reyes Mate, M., *op. cit.*, p. 237

De esta manera, cuando se habla, tomando la traducción de Reyes Mate, de “la experiencia del tiempo pasado bajo la forma de recordación”¹⁵⁷ a la que hace referencia Benjamin en su tesis B del Apéndice, encontramos un fuerte vínculo con la memoria, otorgándole un papel clave en esta idea benjaminiana de recuperación del pasado que implica un posible cambio en la situación presente y futura. Notamos entonces que la memoria pasa a jugar un rol preponderante en la historia y en la noción de temporalidad sugeridas por Benjamin, pero no por ello debemos perder de vista algo señalado en la primera parte: creemos que ello no transforma a este autor en un mero reivindicador de la memoria como el lugar de las víctimas o los marginados, sino que la articula con su propuesta sobre la historia, disolviendo la distinción dicotómica en el marco de fuertes críticas a la concepción tradicional de historia como disciplina científica.

Por último, descubrimos en la tesis de Florencia Abadi una nueva traducción posible, la elegida por Ricardo Ibarlucía y Laura Carugati en su traducción del libro de Gershom Scholem *Walter Benjamin y su ángel*¹⁵⁸, en donde utilizan el término “acordanza”, buscando dar cuenta de la mencionada raíz *cor, cordis* (corazón).

Habiendo analizado lo particular del término alemán escogido por Benjamin, pasemos a reflexionar, tal como lo estipulamos, sobre el momento en el cual nos apoderamos de un recuerdo, lo que este filósofo llama el “instante de peligro”. Retomemos para ello la tesis VI desde donde la dejamos al comienzo de esta sección: “Al materialismo histórico le concierne aferrar una imagen del pasado tal como ésta le sobreviene de improviso al sujeto histórico en el instante del peligro.”¹⁵⁹ Confirmamos entonces que, tal como no es cualquier recuerdo aquel que debe apropiarse, el momento de hacerlo también es particular. Y es un momento difícil de asir porque, si atendemos a la forma en que Benjamin hace mención a la aparición de ese recuerdo, observamos que utiliza la metáfora del relampagueo. Esta última idea nos remite a un instante fugaz, rápido, huidizo, a través del cual un determinado recuerdo se nos revela en nuestro presente. Pensando en términos del pasado caracterizado como traumático, en tanto se muestra abierto, se vuelve un pasado recuperable y capaz de aparecérsenos en la actualidad, no sólo para recordarlo en forma histórica o conmemorativa, sino también

¹⁵⁷ *Ibidem*, p. 297

¹⁵⁸ Scholem, G., *Walter Benjamin y su ángel*, trad. de Ricardo Ibarlucía y Laura Carugati, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003

¹⁵⁹ Benjamin, W., “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, p. 51. Es fundamental recordar aquí lo citado de la tesis VI en la nota al pie 145 del presente trabajo, ya que ello figura en la versión francesa a continuación de lo recién referido.

activa. Es esto lo que creemos que Benjamin le puede aportar a la discusión propuesta en los primeros capítulos: una apropiación del pasado agenciadora, en donde aquel que recupere el pasado tome responsabilidad de su capacidad de acción, de su posibilidad de interrumpir la historia, de suscitar discontinuidades, siempre obviamente dentro de las limitaciones que la coyuntura inevitablemente genera. Para ello será clave la noción de tiempo-ahora que veremos en el próximo apartado y también la de elaboración, ya que ello permite recuperar al agente sin caer en un cierre del pasado. No desconocemos las dificultades de plantear este salto de lo que parece ser el plano discursivo de la apropiación del pasado al de la acción, pero en la conclusión dejaremos planteados algunos interrogantes en vistas a empezar a pensar líneas futuras de análisis en este sentido. Se preguntará si la misma apropiación no puede ya ser pensada como una acción con consecuencias intencionadas y también no deseadas, generadora de repercusiones y de nuevas acciones en el propio devenir. En esta dirección, puede concebirse el recuperar el pasado como implicando no sólo un intento de reconstrucción de lo sucedido, sino más bien una constitución de nuestro pretérito considerando nuestra acción presente y futura.

Ahora bien, ese instante de peligro se conecta con lo que vimos en la tesis XVII, con aquel momento de detención, con la cristalización en mónada: “El materialista histórico aborda un objeto histórico única y solamente cuando éste se le presenta como mónada. En esta estructura reconoce el signo de una interrupción mesiánica del acontecer o, dicho de otra suerte, de una *chance* revolucionaria en la lucha por el pasado oprimido.”¹⁶⁰ Aquí nuevamente entra en juego la noción de imagen dialéctica¹⁶¹, a través de la cual se capta ese instante de interrupción, momento que Benjamin designa como “dialéctica en suspenso”¹⁶². Y precisamente en esos momentos el pasado y el presente parecen unirse en una constelación, generándose entonces una propuesta muy original en torno a la relación entre estos dos tiempos, abriendo paso a la

¹⁶⁰ *Ibidem*, pp. 63-4

¹⁶¹ Es interesante destacar que, en una nota al pie de su libro, Löwy rescata que “en una primera versión de esta tesis [XVII], en el *Das Passagenwerk*, el concepto de ‘imagen dialéctica’ reemplaza el de mónada. Cf. *GS*, v, 1, p. 595. (Löwy, M., *op. cit.*, p. 152)

¹⁶² Uno de los cinco grupos -el tercero en este caso- en los que están divididos los “Apuntes sobre el concepto de historia”, está formado por títulos temáticos. A su vez, uno de esos títulos es “{Problema de la tradición I} La dialéctica en suspenso (*Die Dialektik im Stillstande*)”. Allí Oyarzun Robles señala que ha elegido la palabra “suspenso” por sobre “detención” o “reposo”, ya que da cuenta de “la gravedad de tensiones sobre la que le interesa insistir a Benjamin en esta fórmula. Cf. la tesis XVII, más atrás. No obstante, hemos empleado también ‘detener’, ‘detención’ y ‘detenimiento’ en otros sitios, en atención a consideraciones contextuales de sentido. (Benjamin, W., “Apuntes sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, p. 83)

posibilidad de pensar un futuro distinto a raíz de lo que ese instante de peligro pueda depararnos. Es decir, el hecho de que el enfoque benjaminiano esté puesto en el pasado no denota una despreocupación por el futuro, más bien todo lo contrario:

“Con todo, este privilegio [del pasado] no entraña el vaciamiento del futuro o la merma de su significación. Por lo pronto, podría afirmarse que la significación que Benjamin concede al pasado permite mantener abierto el porvenir como dimensión tempórea. Esto, sin embargo, no obedece simplemente a una estrategia conceptual, como si la afirmación del futuro en la apertura de sus posibilidades requiriese de la comprensión diferenciada del pasado, y que sólo en este respecto cobrase importancia el último. Por el contrario, la dimensión del pasado permea en Benjamin todo el tiempo, configura la temporalidad del tiempo. El futuro, concebido como diferencia del presente, como hiato que se abre en éste, irresuelto, proviene, no de unas virtualidades que estarían alojadas e implicadas en dicho presente, sino del pasado en cuanto pendiente. La diferencia del presente de la cual *puede* brotar el futuro es la fisura que el pasado pendiente inscribe en el presente.”¹⁶³

Es así que ese pasado inacabado se hace lugar en el presente a través de la apropiación de un recuerdo y es esa aparición relámpago la que permite abrir las puertas de un futuro diferente. El poder recurrir a un pasado inconcluso será viable gracias a la noción de tiempo-ahora, la cual se distingue de lo denominado por Benjamin como tiempo homogéneo y vacío, concepción de temporalidad propia del progreso que no permite siquiera pensar el *salto* requerido por una relación dialéctica. Es cierto que con esta idea de aparición relámpago parece perderse la capacidad de apropiarse del pasado traumático en cualquier momento, pero cuando en la conclusión final citemos la tesis encontrada por Agamben en la Biblioteca Nacional de París, estimamos que este pensamiento logrará disiparse.

Luego de haber desarrollado las características del recuerdo y reflexionado en torno al momento en que nos apoderamos de él, falta preguntarnos quién o quiénes tienen esa misión. Y para ello es necesario terminar de citar la tesis VI: “Sólo tiene el don de encender en el pasado la chispa de la esperanza *aquel* historiador que esté tras pasado por [la idea de que] tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo cuando éste venza. Y este enemigo no ha cesado de vencer.”¹⁶⁴ Aparece así la figura del historiador, de quien ya analizamos en la primera parte del trabajo algunas de las dificultades con las cuales se enfrenta ante el acaecimiento de eventos límites, viéndose desafiada su labor en el último siglo ante estos sucesos. Una pregunta interesante es la

¹⁶³ Oyarzún Robles, P., “Cuatro señas sobre experiencia, historia y facticidad. A manera de introducción”, en Benjamin, W., *op. cit.*, pp. 28-9

¹⁶⁴ Benjamin, W., “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, p. 51

de la demanda que existe en nuestro tiempo por recordar, por hacer justicia y cuál es la responsabilidad del historiador dentro de esta problemática. Siguiendo la tesis VI, Benjamin parece otorgarle a este último un papel clave, pero siempre y cuando esté en consonancia con la historia que este filósofo postula; es decir, un historiador historicista no podrá “encender en el pasado la chispa de la esperanza”, sino que podrá hacerlo uno que sea consciente de aquel pasado ausente y cree condiciones para recuperarlo. No consideramos que esto signifique que sólo los historiadores tengan esta capacidad, sino que la intención parece ser la de señalar la diferencia con historiadores pertenecientes a otras corrientes a las cuales Benjamin critica (en el apartado siguiente explicitaremos estas discusiones y podremos seguir dilucidando las características propias del historiador benjaminiano). A nosotros nos es provechoso para reafirmar la idea de una historia conectada con la dimensión política, de un historiador responsable hacia el presente y sin poder mantener una distancia tal que suponga una reconstrucción de carácter científico.

Antes de cerrar esta sección, nos gustaría recuperar la pregunta sobre cuándo un acontecimiento puede ser caracterizado como histórico, planteada en el capítulo anterior. Repasemos que para Hayden White el simple hecho de que algo ocurriera en el pasado no lo transformaba *per se* en un acontecimiento histórico, sino que llegaba a ser tal por ser reconstruido a través de una escritura determinada. Y, más allá de que una enunciación y la otra están direccionadas y originadas en momentos diferentes, podemos encontrar una conexión con aquello señalado por Benjamin, ya que este autor también parece afirmar que el hecho de que algo haya sucedido tiempo atrás no lo convierte en un acontecimiento histórico. Lo que para este filósofo hace que un suceso se vuelva parte de la historia es que alguien lo traiga a la memoria, lo recuerde en el presente, que se revele en un instante de peligro. Terminemos entonces con la tesis A del Apéndice, la cual, no sólo deja esto de manifiesto, sino que asimismo nos abre las puertas para el próximo apartado:

“El historicismo se contenta con establecer un nexo causal entre diversos momentos de la historia. Pero ningún hecho es histórico meramente por ser causa. Habrá de serlo, póstumamente, en virtud de acontecimientos que pueden estar separados de él por milenios. El historiador que toma de aquí su punto de partida ya no deja más que la sucesión de acontecimientos le corra entre los dedos como un rosario. Coge la constelación en que su propia época ha entrado con una [época] anterior enteramente determinada. Funda así un concepto del

presente como 'tiempo-ahora', en que están regadas astillas del [tiempo] mesiánico.¹⁶⁵

III. La noción de tiempo-ahora: la fisura para la discontinuidad

Llegamos finalmente a la sección de la tesis en donde analizaremos la original y controvertida propuesta benjaminiana en torno a la noción de tiempo histórico. Ella nos permitirá pensar un tiempo que dé lugar a discontinuidades, a interrupciones, interrupciones que se muestran posibles a partir de una apropiación del pasado activa, apropiación que *salte* al pretérito en busca de modificar el presente. La crítica a la concepción de un tiempo homogéneo y vacío, un tiempo lineal que sólo parece dar cuenta de la continuidad, se volverá en este contexto fundamental. Seguiremos además intentando concebir una relación entre la historia y la memoria que enriquezca ambas partes, lo cual ya empezó a vislumbrarse a través del recuerdo.

Como ya se pudo ir advirtiendo a lo largo de nuestro trabajo, Benjamin desarrolla en su texto "Sobre el concepto de historia" una nueva idea sobre el tiempo que combina dos lineamientos que se muestran para muchos irreconciliables, pero que él compartió en los últimos años de su vida. Nos estamos refiriendo al materialismo histórico y al mesianismo judío¹⁶⁶; no nos adentraremos en un análisis detallado de ambos ya que no forma parte de nuestra temática, pero sí se vuelve indispensable hacer una mención dado que afecta directamente a la noción de tiempo histórico planteada por este autor.

En busca de comprender su raigambre religiosa judaica, podemos hacernos eco de lo explicado por Löwy en su libro *Redención y utopía. El judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva*; allí este autor señala que "el punto de partida necesario para un análisis de las figuras de la espiritualidad alemana y judía de esta época es la constatación de un hecho social esencial: el desarrollo vertiginoso del capitalismo y la industrialización acelerada de Alemania y Austria-Hungría a partir del último cuarto del siglo XIX."¹⁶⁷ A partir de esto, Löwy afirma que la burguesía judía tuvo un crecimiento económico importante, con un consecuente traslado a las ciudades,

¹⁶⁵ *Ibidem*, p. 65

¹⁶⁶ "Benjamin fue un escritor revolucionario en el sentido mesianico-utópico del término, una rareza en un tiempo en que la cultura occidental ha sido persistentemente hostil a los movimientos revolucionarios, tanto exteriores como interiores. (Buck-Morss, S., *op. cit.*, p. 09)

¹⁶⁷ Löwy, M., *Redención y utopía. El judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva*, trad. de Horacio Tarcus, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1997, p. 29

pero que ello no evitaba que “se chocaba con una barrera social infranqueable”¹⁶⁸. Este hecho intentó ser modificado a través del envío de los hijos de estas familias a la universidad, generándose lo que este autor llama *una categoría social nueva: la intelligentsia judía*¹⁶⁹. Desde ese lugar se buscó recuperar la cultura religiosa judía, tomando ciertas nociones y combinándolas con otras provenientes, por ejemplo, del romanticismo alemán o del socialismo. En la tesis de Abadi encontramos una cita de Bernd Witte¹⁷⁰, confirmando que Benjamin estuvo alejado del judaísmo a raíz de haber tenido una educación liberal y que recién tuvo conocimiento del mismo en 1912¹⁷¹. Su amigo Gershom Scholem tuvo un importante papel que cumplir en ello, aunque, a diferencia de él, Benjamin fue un judío anti-sionista. De esta manera, el hecho de que su mesianismo esté tomado del judaísmo le proporcionará características especiales.

Por el otro lado, su contacto con el marxismo se produjo más adelante en su vida, cuando conoció a la directora de teatro soviética Asja Lacis: “A partir de 1924, cuando Benjamin lee *Historia y conciencia de clase*, de Lukács, y descubre el comunismo a través de los ojos de Asja Lacis, el marxismo va a convertirse gradualmente en un elemento clave de su concepción de la historia. (...) Pero el materialismo histórico no sustituirá sus intuiciones ‘antiprogresistas’, de inspiración romántica y mesiánica; se articulará con ellas, para ganar una calidad crítica que lo distinga radicalmente del marxismo ‘oficial’ dominante en esos tiempos.”¹⁷²

Que mejor que la tesis I para intentar entender la articulación que él mismo proponía entre el materialismo y la teología, o entre el marxismo y el mesianismo:

“Se cuenta que hubo un autómata construido de tal manera que a cada jugada de un ajedrecista [oponente] replicaba con una jugada que le aseguraba el triunfo en la partida. Un muñeco en atuendo turco, con la pipa del narguile en la boca, sentado ante el tablero que descansaba sobre una mesa espaciosa. Mediante un sistema de espejos se despertaba la ilusión de que esta mesa era por todos lados transparente. En verdad, dentro de ella había un enano jorobado, que era un maestro en el juego del ajedrez y conducía la mano del muñeco por medio de hilos. Se puede uno imaginar un equivalente de este aparato en la filosofía. Siempre debe ganar el muñeco al que se llama ‘materialismo histórico’. Puede competir sin mas con cualquiera, si toma a su servicio a la teología, que, como se sabe, hoy es pequeña y fea y no debe dejarse ver de ninguna manera.”¹⁷³

¹⁶⁸ *Ibidem*, p. 32

¹⁶⁹ Cfr. *Ibidem*, p. 33

¹⁷⁰ En la tesis mencionada se especifica que la cita proviene de Witte, B., *Walter Benjamin. Una biografía*, trad. de Alberto L. Bixio, Barcelona, Gedisa, 2002, p. 28

¹⁷¹ Cfr. Abadi, F., *op. cit.*, p. 119

¹⁷² Löwy, M., *op. cit.*, 2001, pp. 22-3

¹⁷³ Benjamin, W., “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, p. 47

En primer lugar, es necesario marcar que el hecho de que el materialismo histórico figure entrecomillado da a entender que se está refiriendo aquí a aquel marxismo por él criticado, aquel relacionado con la noción de progreso y con la creencia de un triunfo eventual seguro; es decir, el comúnmente denominado *marxismo vulgar*. En segundo lugar, más allá de que la tesis da cuenta de estas dos corrientes de pensamiento utilizadas por Benjamin, la forma figurada de expresar el vínculo parece admitir dos interpretaciones distintas: la de resaltar el papel de la teología por sobre el materialismo, en tanto es quien le permite a este último el triunfo, o viceversa, pensando a la teología como un simple servidor del materialismo. Preferimos concebir esta relación desde una perspectiva que ya hemos analizado en Benjamin: la dialéctica¹⁷⁴. Esto implica un ida y vuelta entre las dos corrientes, haciendo por lo tanto un uso heterodoxo de ambas que vuelve todavía más fecunda la combinación. Un ejemplo de cómo pueden articularse será entonces la noción de tiempo-ahora.

Dediquémonos ahora al concepto de tiempo histórico. A lo largo de la historia esta noción se ha visto modificada, volviéndose necesario hacer un repaso fugaz por las más renombradas para luego poder entender mejor, tanto aquello que critica como que propone Benjamin. Inicialmente nos topamos con la concepción antigua, la cual sugiere un tiempo circular, en donde no existe la idea de principio ni de fin, y, tal como muestra Agamben, “el carácter fundamental de la experiencia griega del tiempo que, a través de la *Física* de Aristóteles, determinó durante dos mil años la representación occidental del tiempo es concebirlo como un *continuum* puntual, infinito y cuantificado.”¹⁷⁵ En estos términos, como el propio Agamben también sostiene, es difícil pensar la historicidad (de hecho las sociedades antiguas han sido catalogadas, sobre todo ante la comparación con las modernas, como ahistóricas).

Tras esta concepción surge la noción cristiana de tiempo, distinguiéndose fuertemente de la anterior. A partir de aquí se piensa el tiempo, no más como circular, sino representado a través de una línea recta, en donde hay un principio y un fin ya

¹⁷⁴ “Al reducir uno al otro, este tipo de interpretación destruye el equilibrio delicado entre los dos componentes. Todo reduccionismo unilateral –tanto en uno como en otro sentido– es incapaz de dar cuenta de la dialéctica entre teología y materialismo y su necesidad recíproca. (Lówy, M., *op. cit.*, 2001, p. 52)

¹⁷⁵ Agamben, Giorgio, “Tiempo e historia. Crítica del instante y del continuo”, en Agamben, G., *Infancia e historia*, trad. de Silvio Mattoni, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2003, p. 134

estipulados que marcan la limitación del universo¹⁷⁶. Esto habilita la posibilidad de empezar a concebir una direccionalidad histórica, con la providencia como eje fundamental. Ya en la modernidad, se produce lo que muchos llaman la secularización del tiempo cristiano, en donde sigue existiendo la idea de un sentido histórico, pero suplantando la noción de providencia por la de progreso; el tiempo continúa representándose como rectilíneo (síntesis lineal entre el pasado, el presente y el futuro), pero el avance es ahora hacia un final indeterminado. Esta incesante marcha podía considerarse en dos sentidos distintos: en conexión con las ciencias y la técnica, como ser el caso de Spencer, o en conexión con los valores morales, como ser el caso de Kant. La fe en este progreso de la historia, al postular una continuidad entre pasado-presente-futuro, permitía también la construcción de pronósticos y predicciones, siempre dentro del marco de una gran narrativa o relato.

Será esta última concepción la que criticará Benjamin en sus tesis. Ahora bien, él mismo explicita que esa reprobación estará dirigida hacia la noción de progreso avalada por la socialdemocracia¹⁷⁷; la importancia de esta crítica estriba en que luego se postula que la representación de ese progreso del género humano va de la mano con la concepción de un tiempo histórico homogéneo y vacío, por lo que la acusación a esta última noción se traspolará a la primera. Será en la tesis XIII en la cual Benjamin describa esto:

“La teoría socialdemócrata, y mas aun su practica, estaba determinada por un concepto del progreso que no se atenía a la realidad, sino que poseía una pretensión dogmática. El progreso, tal como se retrataba en

¹⁷⁶ “El tiempo cristiano es irreversible y otorga a la historia puntos fijos: «1) la creación, inicio absoluto de la historia; 2) la encarnación, inicio de la historia cristiana, y 3) el juicio universal, fin de la historia». (Mudrovic, M. I., “La teoría del progreso a partir de la idea de naturaleza”, en Mudrovic, M. I., *op. cit.*, p. 42)

¹⁷⁷ Dentro del contexto histórico en que Benjamin escribe las tesis la socialdemocracia es uno de los frentes de lucha que para este filósofo ha traicionado la causa contra el fascismo (ver tesis X). Les adjudica aquello que suele llamarse “marxismo vulgar”, por el cual se emparenta el progreso técnico con el moral y se especula con un progreso que ocurrirá indefectiblemente, generándose entonces una pasividad negativa y sobre todo peligrosa. “El Programa de Gotha ya lleva huellas de esta confusión. Define al trabajo como ‘la fuente de toda riqueza y de toda cultura’. Barruntando cosas malas, Marx repuso que el hombre que no posee otra propiedad mas que su fuerza de trabajo, ‘[forzosamente] tiene que ser el esclavo de otros hombres que se han convertido...en propietarios’. A pesar de ello, la confusión sigue difundándose y poco después proclama Josef Dietzgen: ‘Trabajo es el nombre del mesías del tiempo nuevo...En el...mejoramiento...del trabajo...estriba la riqueza que ahora puede realizar lo que hasta ahora no pudo ningun salvador.’ Este concepto que el marxismo vulgar se hace de lo que sea el trabajo, no se detiene largamente en la pregunta de cómo han de contar los obreros con el producto del trabajo mientras no puedan disponer de él. Sólo quiere percibir los progresos de la dominación de la naturaleza, y no los retrocesos de la sociedad. Ya exhibe los rasgos tecnocráticos que más tarde enseñará el fascismo. (Benjamin, W., “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, pp. 56-7, tesis XI)

las cabezas de los socialdemócratas, era primeramente un progreso de la humanidad misma (no sólo de sus destrezas y conocimientos). En segundo lugar, era un [progreso] sin término (correspondiente a una infinita perfectibilidad de la humanidad). En tercer lugar, se lo tenía por incesante (como uno que recorriese espontáneamente un curso recto o en forma de espiral). Cada uno de estos predicados es controvertible, y en cada uno de ellos podría iniciar [su labor] la crítica. Pero ésta, si [se trata de una lucha] a brazo partido, tiene que ir detrás de todos estos predicados y dirigirse a algo que les es común a todos. La representación de un progreso del género humano en la historia no puede ser disociada de la representación de su marcha recorriendo un tiempo homogéneo y vacío. La crítica a la representación de esta marcha tiene que constituir la base de la crítica a la representación del progreso en absoluto.¹⁷⁸

Si tomamos en cuenta lo postulado aquí, encontramos tres características que Benjamin le endilga a la noción de progreso propia de la socialdemocracia: en primer lugar habla de un progreso, no sólo de las destrezas y conocimientos, sino de la humanidad toda, lo que parecería implicar un avance del tipo moral y no privativamente técnico. En segundo lugar, señala su infinitud, en tanto los hombres tendrían una capacidad de este tipo para ir perfeccionándose a lo largo del tiempo; por último, se lo describe como incesante, denotando su continuidad. A partir de estas particularidades, Benjamin deriva la crítica hacia el tiempo histórico avalado por esta noción de progreso, un tiempo caracterizado como homogéneo y vacío. Antes de adentrarnos en ella, tenemos una parada obligada por la tesis probablemente más famosa y citada de todas, la IX, en la cual este filósofo, a través de una imagen tomada de una pintura, nos ayuda a comprender lo que él entiende por progreso:

“Hay un cuadro de Klee que se llama *Angelus Novus*¹⁷⁹. En él está representado un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo que mira atónitamente. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, abierta su boca, las alas tendidas. El ángel de la historia ha de tener ese aspecto. Tiene el rostro vuelto hacia el pasado. En lo que *a nosotros* nos aparece como una cadena de acontecimientos, *él* ve una sola catástrofe, que incesantemente apila ruina sobre ruina y se las arroja a sus pies. Bien quisiera demorarse, despertar a los muertos y volver a juntar lo destrozado. Pero una tempestad sopla desde el Paraíso, que se ha enredado en sus alas y es tan fuerte que el ángel ya no puede plegarlas. Esta tempestad lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al que vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas crece ante él hasta el cielo. *Esta* tempestad es lo que llamamos progreso.¹⁸⁰

¹⁷⁸ *Ibidem*, p. 60

¹⁷⁹ Haciéndonos eco de la nota al pie de Oyarzún Robles que figura en esta tesis, “Benjamin se refiere a un dibujo acuarelado de Paul Klee que él mismo había adquirido en Múnchen en 1921 y del cual no se separó jamás. (*Ibidem*, p. 54)

¹⁸⁰ *Ibidem*, pp. 53-4

Haría falta otro trabajo para analizar cada fragmento extremadamente rico de esta tesis, por lo que aquí simplemente haremos mención a algunos puntos que refieren a nuestra problemática. En primer término, sin entrar en la polémica de a quién representa el ángel de la historia, podemos observar que éste, cuando mira hacia atrás, en lugar de ver una mera cadena de sucesos, encuentra una única catástrofe; más que un avance tal como postula el progreso, tropieza con una pila de ruinas. Esto se encuentra en clara consonancia con la crítica recién vista en torno a esta noción. Si nos volvemos por un momento a la tesis anterior, es decir la VIII, allí Benjamin se corresponde con esta idea de catástrofe y afirma que “la tradición de los oprimidos nos enseña que el ‘estado de excepción’ en que vivimos es la regla.”¹⁸¹ Aquello que para muchos era señalado como inaudito para el siglo XX no es realmente tal¹⁸²; de hecho, en esta tesis se habla puntualmente de la lucha contra el fascismo y Benjamin da a entender que uno de los problemas es “que sus adversarios lo enfrentan en nombre del progreso como norma histórica.”¹⁸³ De esta manera, el creer en el progreso de la humanidad como si fuera una ley histórica, tal como lo hace la socialdemocracia, lleva a una política de la espera, a una pasividad tan peligrosa para este filósofo, que termina generando una merma en la contienda contra el fascismo. La búsqueda entonces debe dirigirse, tal como Benjamin lo señala en la tesis VIII, hacia encontrar el verdadero estado de excepción. Pensar estas cuestiones desde nuestro presente, y desde la apropiación del pasado traumático, nos llevará a reflexionar en torno a la agencia histórica, a la posibilidad, en términos benjaminianos, de una interrupción. De vislumbrar al menos la discontinuidad.

En segundo término, volviendo a la tesis IX, ese mismo ángel de la historia desearía poder “despertar a los muertos y volver a juntar lo destrozado”, es decir, tiene la intención de redimir a aquellos que ya no están y que han sido derrotados en el pasado, reparar a los vencidos de la historia; sin embargo, una tempestad, imagen usada por Benjamin para dar cuenta del progreso, se lo impide. El obstáculo surge a raíz del

¹⁸¹ *Ibidem*, p. 53

¹⁸² En el segundo capítulo, en el apartado referido a la política, mencionamos que los eventos traumáticos suelen ser considerados como provocadores de la caída de ciertas creencias modernas muy arraigadas, entre ellas, la del progreso. Nos parece interesante mostrar cómo para Benjamin directamente estos sucesos no deben ser vistos como excepcionales dentro del devenir histórico, sino que, por el contrario, son continuadores de la línea de la catástrofe. Uno podría pensar que una de las razones por la cual la conciencia histórica cataloga estos eventos como fuera de lo común es que no se conciben con las teorías propias de la modernidad, como aquella del progreso, criticada fuertemente por Benjamin en términos de las consecuencias políticas que acarrea (vale recordar aquí la conexión ya señalada y sobre la que ahondaremos en la conclusión entre las narrativas históricas y las políticas propuestas).

¹⁸³ *Ibidem*, p. 53

empuje de esta tempestad hacia el futuro, hacia lo que todavía no fue, hacia la utopía. Ahora bien, no sólo se explicita hacia adonde impulsa, sino también desde donde sopla esta tempestad, y ahí aparece el paraíso. Esto nos remite al sostén religioso benjaminiano y a la relación entre paraíso, tempestad y caída; si nos atenemos a las ideas bíblicas, el momento de la expulsión del paraíso se produce por un diluvio universal, por lo que la tempestad/progreso se conectaría con la exclusión del Edén¹⁸⁴. Una pregunta que quedará pendiente en este trabajo será cuestionarnos cuál es efectivamente el paraíso benjaminiano y si es en ese pasado en donde este filósofo encuentra el lugar hacia el que deberíamos intentar regresar. Es posible pensar, tal como sucede con Marx y su sociedad comunista, que Benjamin no pretendía concebir ello en forma concreta, siendo suficiente el dejar asentada la necesidad de un cambio. Como mencionamos recién, esa fe ciega en el progreso, esa conversión en justificativo de todo lo que sucede, esa creencia de estar caminando en la dirección correcta, es lo que tanto critica este filósofo, sobre todo porque lleva al conformismo, debilitando la lucha política.

Retomemos ahora lo prometido: la crítica de este autor a la noción de tiempo histórico que acompaña al progreso, la cual irá de la mano con su propia propuesta de tiempo-ahora (*Jetzt-Zeit*¹⁸⁵). Los rasgos que Benjamin le otorga a este tiempo histórico son dos: ser homogéneo y ser vacío; en el caso del primero, la reprobación parece implicar un tiempo continuo, en donde la linealidad es la característica saliente, con acontecimientos históricos que se suceden sin más, no dando así lugar a la posibilidad de interrupción, figura fundamental para este filósofo. En el segundo caso, involucra la incapacidad para pensar en estos hechos como algo más que simples hechos, como sucesos que contienen en sí la facultad de despertar lo que Benjamin llama “una

¹⁸⁴ Cfr. Löwy., M., *op. cit.*, 2001, pp. 103-107. Allí encontramos la siguiente cita: “En las antípodas del Paraíso, el Infierno. En la tesis IX no se lo menciona, pero varios textos de Benjamin sugieren una correspondencia entre modernidad –o progreso– y condena infernal. Por ejemplo, en el siguiente pasaje de ‘Parque Central. Fragmentos sobre Baudelaire’ (1938), que presenta afinidades evidentes con la tesis IX: ‘Es preciso fundar el concepto de progreso sobre la idea de catástrofe. Que las cosas ‘sigan así, ésa es la catástrofe’. [...] La idea de Strindberg: el infierno no es en absoluto lo que nos espera, sino *esta vida*’. ¿En qué sentido? Para Benjamin, en el *Passagenwerk*, la quintaesencia del infierno es la eterna repetición... (Ibidem, pp. 103-4). El problema estaría en el eterno retorno, en el eterno acontecer de lo mismo, en el mantener la lógica del progreso, la cual, más allá de aparentar novedad, siempre vuelve, al igual que la moda, a lo mismo. Se debe interrumpir con ello, transformándose entonces en clave la crítica al tiempo del progreso, al tiempo homogéneo y vacío.

¹⁸⁵ Ver nota al pie 9 de este trabajo.

interrupción mesiánica del acontecer” o “una chance revolucionaria”¹⁸⁶. Esta clase de tiempo histórico imposibilita entonces la idea de recurrir al pasado como motivador, la idea de saltar el *continuum* de la historia, la idea de abrir en el presente una fisura que permita un sinfín de nuevas posibilidades, todas ideas que creemos son estimuladas por Benjamin con su original noción de tiempo-ahora. Este autor la introduce en la tesis XIV: “La historia es objeto de una construcción cuyo lugar no es el tiempo homogéneo y vacío, sino aquel pletórico de tiempo-ahora.”¹⁸⁷; en la misma hace mención a “saltar del *continuum* de la historia” o al “salto de tigre hacia lo pretérito”¹⁸⁸. Es decir, esta propuesta está referida a la posibilidad de pensar un tiempo no lineal, discontinuo, un tiempo que en cada instante nos permita recurrir a un pasado no cerrado y a partir de ello, abrir el tiempo presente y por ende también futuro. Esto nos retrotrae al apartado anterior y a lo visto en torno a la noción benjaminiana de instante de peligro y de mónada. Allí analizamos cómo ese instante se relaciona con un momento de detención, en el cual el objeto histórico se le presenta al materialista histórico como mónada. Si retomamos parte de lo citado de la tesis XVII, queda claro que (repetimos) “en esta estructura [el materialista histórico] reconoce el signo de una interrupción mesiánica del acontecer o, dicho de otra suerte, de una *chance* revolucionaria en la lucha por el pasado oprimido.”¹⁸⁹ Vemos así cómo esta noción de tiempo-ahora está íntimamente conectada con la idea de interrupción y la forma en que ello se expresa tanto en términos mesiánicos como revolucionarios¹⁹⁰. De hecho, esta es una capacidad de la cual carece el tiempo homogéneo y vacío, ya que los sucesos se muestran en continuado uno tras otro sin llevar consigo la posibilidad de discontinuidad. Resurge también la idea de dialéctica, a través de la cual pasado y presente se conectan, permitiendo considerar el “salto dialéctico”¹⁹¹.

¹⁸⁶ Cfr. Benjamin, W., “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, pp. 63-4 (tesis XVII). Cuando a continuación expliquemos su propio concepto de tiempo histórico, estas críticas se comprenderán más claramente.

¹⁸⁷ *Ibidem*, p. 61

¹⁸⁸ *Ibidem*, p. 61

¹⁸⁹ *Ibidem*, p. 64

¹⁹⁰ Esto nos retrotrae al comienzo de la sección en donde intentamos dar cuenta de esta combinación buscada por Benjamin: “El mismo Benjamin se refería a su pensamiento como si estuviera frente al rostro de Jano, pero parece que tanto críticos como partidarios elegían mirar sólo uno de los rostros, ignorando el otro. Para poder superar este tipo de polémica no es inútil recordar que el dios romano tenía en efecto dos caras, pero una sola cabeza: los ‘rostros’ de Benjamin son manifestaciones de un solo y mismo pensamiento, que tenía simultáneamente una expresión mesiánica y otra secular. (Lówy, M., *op. cit.*, 1997, p. 126)

¹⁹¹ Cfr. Benjamin, W., “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, p. 61, tesis XIV. Cuando nos referimos a este tema en el apartado anterior, citamos un fragmento de los “Apuntes sobre el

Es a partir de esta noción de interrupción benjaminiana que podemos repensar lo postulado en la primera parte de nuestro trabajo; allí, luego de asentarse que se estudiaría la temática sobre la apropiación del pasado traumático, de distinguir dos posibles formas (la histórica y la conmemorativa) y de analizar algunas falencias que consideramos ellas tienen, se planteó el intento de articular una nueva manera, ayudándonos con ciertas ideas surgidas de las tesis de filosofía de la historia de Benjamin. Y aquella de interrupción se vuelve clave ya que despierta la pregunta en torno a la agencia histórica y a ponderar esta última en relación con la recuperación del pasado. Pero como ya vimos, no de cualquier pasado, sino de uno que se muestra trunco, inconcluso, al igual que el pasado traumático reciente que caracterizamos aquí. Se puede entonces concebir una apropiación de ese pretérito que conlleve una posición activa en nuestra actualidad, dando lugar a un tiempo presente en tanto un tiempo de posibilidades, en vez de pensar un tiempo ya dado, ya prefigurado, tal como parece proponer el progreso. No queremos denotar con esto que toda apropiación histórica y conmemorativa impliquen pasividad o desagenciamiento, pero sí buscamos resaltar un tipo de apropiación que se vincule en forma íntima con la praxis presente y creemos que la postura benjaminiana se muestra clave para ello. Apoyándonos en White y su citada problematización del discurso histórico en tanto búsqueda de reflejar la propia constitución de nuestro pasado y los compromisos subyacentes a esta última, podemos intentar avanzar en el cuestionamiento por la relación que ello conlleva en el ámbito de la acción, encontrando en las tesis benjaminianas un disparador para pensar esto. Volveremos sobre esto en la conclusión final.

La concepción de tiempo histórico de Benjamin choca también con aquella propia del historicismo; a lo largo de las tesis encontramos distintas referencias que nos dan la pauta de la distinción que busca hacer este filósofo entre su propuesta de cómo hacer historia y la del historicismo. En la versión francesa de la tesis VI, hay una explícita mención a Leopold von Ranke, considerado como uno de los padres de esta corriente, a través de la cual se suscribe que el historiador debe describir el pasado tal como ocurrió. Benjamin rechaza ese método, catalogándolo de quimérico, ya que sostiene la imposibilidad de reconstruir el pasado de esa forma (recordemos lo expresado por este filósofo al comienzo de esta misma tesis en relación con lo que

concepto de historia (nota al pie 151) que daba cuenta de esta idea, señalando la diferencia entre una relación continua y otra de salto.

significa articular históricamente el pasado). La discusión luego se traslada a la pregunta sobre cuándo un hecho es histórico (tesis A del Apéndice), frente a la cual Benjamin critica al historicismo por establecer una relación de causa-efecto entre los acontecimientos, volviéndose histórico un hecho si es causa de otro. En lugar de ello se propone, siguiendo la idea ya analizada de que articular históricamente es apoderarse de un recuerdo en un instante de peligro, que un hecho se transforma en histórico mucho tiempo después de haber sucedido. De esta manera, se desacredita el pensar la historia como una cadena de acontecimientos causales (postura en verdad más cercana al positivismo¹⁹²), generando, tal como se afirma en la tesis XVII, un proceder aditivo, a partir del cual se llena de hechos el tiempo homogéneo y vacío.

Recordando su discusión con el positivismo mencionada en una carta a Horkheimer de 1940, Benjamin emparenta ambas corrientes partiendo de la empatía, punto basal del historicismo:

“La empatía con lo sido sirve en último término a su presentificación. No es en vano que la tendencia a esta última se aviene muy bien con una representación positivista de la historia (tal como se muestra en Eduard Meyer). En el dominio de la historia, la proyección de lo sido en el presente es análoga a la sustitución de configuraciones idénticas por [sus] modificaciones en el mundo corpóreo. Esta última ha sido demostrada por Meyerson como base de las ciencias naturales. (*De l'explication dans les sciences* <París 1921>). La primera es la quintaesencia de <I> caracter propiamente ‘científico’ de la historia, en el sentido del positivismo. Se la adquiere al precio de la completa extirpación de todo aquello que recuerda, en cuanto remembranza, su determinación originaria. La falsa vivacidad de la presentificación, el hacer a un lado todo eco del ‘lamento’ [que brota] de la historia, señala su definitiva sumisión al concepto moderno de la ciencia. En otras palabras: el propósito de hallar ‘leyes’ para el decurso de los acontecimientos en la historia no es el único modo, ni menos aun el más sutil, de igualar la historiografía con la ciencia natural. La representación de que sería tarea del historiador ‘presentificar’ lo pretérito es culpable del mismo escamoteo y es, no obstante, mucho menos fácil de penetrar.”¹⁹³

Se observa entonces que Benjamin no sólo critica la intención positivista de trasladar el método de las ciencias naturales a las humanas, sino que también considera

¹⁹² En *The Routledge Companion to Historical Studies*, cuando se define el historicismo, se señala que en el siglo XIX y XX se produjeron reacciones en contra de la idea historicista de pensar los hechos históricos dentro del momento y lugar de ocurrencia, siendo el positivismo una de ellas: “The reaction assumed science offered a transcendental method, which permitted the rational study of human behaviour by spectators standing apart from the object of observation, who could ‘really see’ what was going on. Positivism holds, for example, that it is feasible and proper to account for human activity in accordance with recurring covering laws of behaviour. (Munslow, Alan, *The Routledge Companion to Historical Studies*, Londres, Routledge, 2000, p. 131)

¹⁹³ Benjamin, W., “Apuntes sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, pp. 73-4

a la empatía como direccionada en el mismo camino: “historians empathise with the social conditions that gave rise to actions that occurred at a particular place in time. Historical understanding is thus entirely derived from within that place and time.”¹⁹⁴ Esto se conecta con la idea de que los hechos deben estudiarse desde el momento y lugar en que sucedieron sin la intervención de conceptos presentes. En la tesis VII Benjamin reniega de este método (utiliza el vocablo alemán *Einfühlung*), afirmando que el problema mayor se encuentra en que el historiador historicista empatiza con el vencedor, beneficiando por ello también a quien domina en el presente. El hecho de estudiar el pasado desde la perspectiva del vencedor es un método que pretende cambiar el materialista histórico, enunciándose allí otra de las frases más citadas y originales de este texto póstumo: “Considera como su tarea pasarle a la historia el cepillo a contrapelo.”¹⁹⁵

Es así que volvemos a toparnos con la problemática de la función del historiador que habíamos dejado trunca sobre el final del apartado anterior. No pretendemos resolver aquí esta ardua cuestión, pero sí hacer notar algunos puntos que hacen a esta labor y pueden ayudarnos a recapacitar sobre la relación entre la historia y la memoria. Estamos tratando con la apropiación de aquellos sucesos límites del pasado reciente por lo que las dificultades ya analizadas son varias: lo complejo de su representación, las problemáticas frente al uso del testimonio, la repercusión de estos hechos en el ámbito público (formando muchas veces el historiador parte de la propia sociedad), la conexión con la dimensión política y ética.

Ahora bien, ¿qué nos ha aportado el análisis de las tesis benjaminianas para repensar estos inconvenientes? Nos advierten sobre dos formas de hacer historia: aquella criticable, en donde el historiador reconstruye los hechos sin más, como si fuera posible hacerlo de manera objetiva, postulando un tiempo vacío y homogéneo; o aquella que piensa la discontinuidad, que hace del recuerdo un actor clave y del historiador alguien que recurre al pasado inconcluso para poder despertar el presente. Obviamente Benjamin lo plantea en un contexto académico que ya no es el nuestro, desde sus compromisos con su marxismo heterodoxo y su mesianismo judío, no buscando resolver las problemáticas propias de la disciplina historiográfica explicitadas en esta tesis, pero ello no le quita para nada su valor: el historiador benjaminiano es un historiador que no desconoce de la memoria como herramienta, que no olvida aquel

¹⁹⁴ Munslow, A., *op. cit.*, p. 130

¹⁹⁵ Benjamin, W., “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, p. 53

pasado trunco y que tiene una responsabilidad que jugar en la actualidad. Y es a ese historiador al que queremos acercarnos. Y a una historia que conciba representaciones no clausurantes de los eventos límites y haga uso del testimonio, no desde el privilegio epistémico, sino desde el testigo como un actor dentro del debate público. Obviamente el compromiso ideológico, por llamarlo de alguna manera, que luego cada uno adquiriera no entra en discusión aquí, sino que se busca dar cuenta de que la forma en que se representa y se trae el pasado al presente, ya es parte de ese compromiso. Y no puede separarse del contenido que expresa.

Para concluir el tratamiento de la noción de tiempo-ahora, si pensamos en la fuerte crítica a su tiempo (en todo sentido) realizada por Benjamin, si pensamos en la idea expresada en la tesis XV, según la cual las revoluciones deberían ir acompañadas de nuevos calendarios¹⁹⁶, parecería ser que este autor hubiera reflexionado en términos similares a los que lo hará Agamben años después:

“Cada concepción de la historia va siempre acompañada por una determinada experiencia del tiempo que está implícita en ella, que la condiciona y que precisamente se trata de esclarecer. Del mismo modo, cada cultura es ante todo una determinada experiencia del tiempo y no es posible una nueva cultura sin una modificación de esa experiencia. Por lo tanto, la tarea original de una auténtica revolución ya no es simplemente ‘cambiar el mundo’, sino también y sobre todo ‘cambiar el tiempo’.¹⁹⁷

IV. La justicia en clave benjaminiana: la redención

Dedicaremos esta última sección de la tesis a una cuestión que no puede dejar de mencionarse si trabajamos en torno a los eventos del pasado caracterizados como traumáticos y a la forma en que nos apropiamos de ellos en la actualidad: nos referimos a la justicia. Dejaremos entrever esta problemática a través de la noción de redención planteada por Benjamin en sus tesis.

¹⁹⁶ “La conciencia de hacer saltar el *continuum* de la historia le es peculiar a las clases revolucionarias en el instante de su acción. La Gran Revolución introdujo un nuevo calendario. El día en que empieza un calendario oficia como un abreviador del tiempo histórico. (*Ibidem*, p. 62, tesis XV)

¹⁹⁷ Agamben, G., *op. cit.*, p. 131

Es indispensable para empezar recurrir a la tesis II, en la cual se alude directamente a la redención¹⁹⁸:

“A las peculiaridades mas dignas de nota del animo humano’, dice Lotze¹⁹⁹, ‘pertenece..., junto a tantos egoísmos en el individuo, la universal falta de envidia de todo presente respecto de su futuro.’ Esta reflexión nos lleva a inferir que la imagen de la felicidad que cultivamos está teñida de parte a parte por el tiempo al que nos ha remitido de una vez y para siempre el curso de nuestra vida. Una felicidad que pudiera despertar envidia en nosotros la hay sólo en el aire que hemos respirado, en compañía de hombres con quienes hubiésemos podido conversar, de las mujeres que podrían habérsenos entregado. En otras palabras, en la representación de la felicidad oscila inalienablemente la de la redención. Con la representación del pasado que la historia hace asunto suyo ocurre de igual modo. El pasado lleva consigo un secreto índice, por el cual es remitido a la redención. ¿Acaso no nos roza un hálito del aire que envolvió a los precedentes? ¿Acaso no hay en las voces a las que prestamos oídos un eco de otras, enmudecidas ahora? ¿Acaso las mujeres que cortejamos no tienen hermanas que jamás pudieron conocer? Si es así, entonces existe un secreto acuerdo entre las generaciones pasadas y la nuestra. Entonces hemos sido esperados en la tierra. Entonces nos ha sido dada, tal como a cada generación que nos precedió, una *débil* fuerza mesiánica, sobre la cual el pasado reclama derecho. No es fácil atender a esta reclamación. El materialista histórico lo sabe.²⁰⁰

Descubrimos en esta tesis la forma en que Benjamin relaciona la idea de felicidad con el pasado y a este último con la redención. Si recurrimos al “Fragmento teológico-político”, allí este autor afirma que “el orden de lo profano tiene que erigirse sobre la idea de la felicidad.”²⁰¹ No nos adentraremos en el vínculo que se establece entre lo mesiánico y lo profano en este texto, sino que iremos directamente al nexo entre pasado y redención. Siguiendo la tesis II, y recordando lo expresado en la XII²⁰², parecería ser que una de nuestras misiones es la de redimir a los vencidos del ayer.

¹⁹⁸ Oyarzún Robles indica que el vocablo alemán utilizado en este caso es *Erlösung*. Cuando traduce el “Fragmento teológico-político” subraya que el término *erlösen* (verbo de la misma raíz) “trae el sentido religioso fundamental de ‘salvar’, ‘redimir’. (Benjamin, W., “Fragmento teológico-político”, en Benjamin, W., *op. cit.*, p. 181). Löwy le agrega a esto una referencia política al señalar que el vocablo *Erlösung* “tiene a su vez un significado inseparablemente teológico, la salvación, y político: la liberación, la emancipación. Esto vale también para el término equivalente en hebreo: *ge’ulah*. (Löwy, M., *op. cit.*, 2001, p. 55)

¹⁹⁹ Benjamin se refiere aquí a Hermann Lotze, autor que, apunta Reyes Mate, “había escrito un libro, titulado *Mikrokosmos*, sobre filosofía de la historia. A Benjamin le había llamado la atención la sensibilidad de este desconocido por el destino de las injusticias pasadas, algo inhabitual en la época. (Reyes Mate, M., *op. cit.*, p. 69)

²⁰⁰ Benjamin, W., “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, p. 48

²⁰¹ Benjamin, W., “Fragmento teológico-político”, en Benjamin, W., *op. cit.*, p. 181

²⁰² En esta tesis se sostiene una nueva crítica a la socialdemocracia dado que, en lugar de pensar a la clase trabajadora como redentora de las generaciones derrotadas del pasado, se la ubica como redentora de las generaciones futuras, provocando una pérdida total del odio y la voluntad de sacrificio que para este autor motivan la lucha.

Ahora bien, qué querrá significar Benjamin con esta expresión. En principio no podemos dejar de notar que esta es una noción que acarrea un tinte religioso, teológico, conectada con la idea de rescate o salvación; será clave entonces analizar esto haciéndonos eco del mesianismo judío cultivado por este autor. Recurramos para ello a la introducción de Ricardo Forster en el libro que comparte con Diego Tatián, *Mesianismo, nihilismo y redención: de Abraham a Spinoza, de Marx a Benjamin*. Allí este filósofo argentino señala que tanto el mesianismo como la redención son dos palabras de tradición fuertemente judía:

“Dentro de la compleja concepción de la temporalidad judía, la redención, que es una promesa de futuro, está asignada en el origen, en la propia revelación. Es decir, y utilizando una frase de un judío un tanto atípico de la Viena de fin de siglo, que fue Karl Kraus: ‘en la meta está el origen’²⁰³. Una suerte de sensibilidad que invierte la concepción del tiempo, volviendo al pasado futuro, al futuro pasado, y al presente una instancia en la que, como si fuera un punto en el que se conjugarán pasado y futuro, se realiza lo prometido en el origen, pero proyectado hacia el futuro, y en el futuro se ilumina hacia atrás lo revelado en el origen.²⁰⁴

Como podemos observar, se comienza dando cuenta de la redención y cómo la misma tiene una conexión tanto con el pasado como con nuestro futuro, generándose un trastocamiento de la temporalidad. Si lo pensamos desde Benjamin, seguiría su idea de tomar del pasado aquello que reclama nuestra atención, pero provocando, no un estancamiento en él, sino, por el contrario, una acción en vistas a un futuro diferente. La redención y la revelación, dirá Forster, se unen en lo mesiánico, lo cual puede ser interpretado desde dos lugares totalmente opuestos, siendo la necesidad o la potencialidad; veremos estas dos posibilidades en la conclusión final para entender mejor cuál es la relación que encontramos, y que ya hemos mencionado, entre la propuesta benjaminiana y el lugar otorgado a la agencia histórica.

Continuando ahora con el análisis de la noción de redención, su connotación política dentro del texto benjaminiano, más allá de su raíz teológica, no puede obviarse. La misión de las generaciones del hoy parece ser la de redimir a las generaciones que nos precedieron, a aquellas que han sido derrotadas, a los “antepasados esclavizados” como los llama Benjamin en la tesis XII. A partir de esto, surge la idea de que entre estas generaciones existe, dirá Oyarzún Robles, un “secreto acuerdo”, pero hay quienes

²⁰³ Esta cita es utilizada por Benjamin como epígrafe de la tesis XIV.

²⁰⁴ Forster, R. y Tatián, D., *Mesianismo, nihilismo y redención: de Abraham a Spinoza, de Marx a Benjamin*, Buenos Aires, Altamira, 2005, p. 17

lo han traducido de otra manera. La expresión utilizada en alemán es *geheime Verabredung* y Reyes Mate por ejemplo lo ha formulado como “misterioso punto de encuentro”²⁰⁵. Lo importante parece estar entonces en pensar la frase como un momento de reunión, de concurrencia de ambas generaciones: de una cita²⁰⁶. Frente a ello, aparece la debatida idea de “débil fuerza mesiánica” (*schwache messianische Kraft*), afirmándose que a cada generación como tal le fue dada una; el problema (o no) se encuentra en las diversas interpretaciones que esta frase ha provocado. Este debate nos enriquecerá en términos de ponderar el lugar de la agencia histórica en la apropiación del pasado y en el pedido de justicia.

El mayor inconveniente ha sido el de concebir la posibilidad de una fuerza, algo que suele relacionarse con algo potente, vigoroso, fuerte, como débil²⁰⁷. No sólo uno se pregunta por el significado de esta fuerza mesiánica, sino también por la razón de su debilidad; y parece que una respuesta acompaña a la otra. Veamos algunos de los modos en que los comentaristas comprendieron e hicieron uso de esta noción.

Pablo Oyarzún Robles, en la introducción de su traducción, hace referencia a esta distinción entre fuerte y débil, indicando que esta fuerza está relacionada con el pasado, pero que, si pensamos en esta diferenciación, ese vínculo puede ser concebido de maneras distintas. En el caso de la “fuerza fuerte”, implica un traer el pasado al presente, pero enfocándose en aquello del pretérito en el que el ahora quiere reconocerse, ejerciendo el primero un dominio sobre el segundo (un ejemplo claro dice Oyarzún Robles es la tradición). En el caso de la “fuerza débil”, también toma el pasado, pero precisamente confrontando la fuerza anterior, y aceptando, por lo tanto, el pasado como pasado. Uno podría recoger eso y asumir que si ello se admite, entonces el pasado muere y todo lo postulado por Benjamin pierde sentido, pero, contrariamente, la idea sería que el distinguir el pretérito del presente permite abandonar la concepción del

²⁰⁵ Cfr. Reyes Mate. M., *op. cit.*, pp. 67-8

²⁰⁶ “*Verabredung*, ‘entendimiento’, ‘compromiso’: conviene recordar la acepción habitual de un acuerdo con vistas a un encuentro, a una cita. (Benjamin, W., “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, p. 48)

²⁰⁷ Vale aclarar que las bastardillas de este adjetivo que figuran en la traducción de las tesis buscan dar cuenta de la forma singular en que Benjamin lo escribió en su *Handexampler*: “Si echan ustedes una ojeada al *Handexampler* [ejemplar usado por el autor] de las Tesis, verán que en la segunda Benjamin recurre a esta convención. En la cuarta línea desde el final se lee: *Dann ist uns wie jedem Geschlecht, das vor uns war, eine s c h w a c h e messianische Kraft mitgegeben*, ‘A nosotros, como a toda generación que nos ha precedido, se nos ha dado una d é b i l fuerza mesiánica’. (Agamben, G., *El tiempo que resta. Comentario a la carta a los romanos*, trad. de Antonio Piñero, Madrid, Trotta, 2006, “Umbral o tornada”, p. 136). Cuando Agamben habla de una convención, se refiere a aquella que él mismo previamente explicó de “sustituir la cursiva por un espacio entre las letras de la palabra que por alguna razón se pretende destacar. (*Ibidem*, p. 136)

tiempo como continuo, introduciendo la discontinuidad, el salto, la interrupción. Cortar así con el dominio de la tradición.

Giorgio Agamben también se remite a esta caracterización de la fuerza mesiánica en su libro *El tiempo que resta*, llevándolo ello a vincular las tesis benjaminianas con las Cartas bíblicas de Pablo. Este autor señala que en el pasaje Corintios 2, 12,9-10, “Pablo, que le ha pedido al mesías que lo libere de esa espinas que tiene en su carne, siente que aquél le responde: ‘he gar dýnamis en astheneía teleítai’, ‘la potencia se cumple en la debilidad’. ‘Por ello’, añade el Apóstol, ‘me complazco en las debilidades, en los ultrajes, en la necesidad, en las persecuciones, y en las angustias por el mesías; cuando de hecho soy débil, entonces soy fuerte (*dynatós*)’.”²⁰⁸ No ahondaremos en la relación sugerida por Agamben entre ambos textos, pero igualmente su propuesta nos sirve para pensar en la debilidad como potencia, como disparador. Es así que, aunque la fuerza de la agencia sea débil, deja asentada una responsabilidad. A partir de esto podemos recoger lo expresado por Löwy, quien luego de citar también a este filósofo italiano, afirma: “La redención dista mucho de estar asegurada; no es sino una tenue posibilidad que es preciso saber aferrar.”²⁰⁹ Parece ser que para este autor la debilidad se conecta con la dificultad que tenía Benjamin para vislumbrar una esperanza en los tiempos vividos, pero que, a la vez, no podía dejar de expresar la responsabilidad que tenían los hombres dentro de esa tenue posibilidad. Y la enunciación de la existencia de la misma, aunque sea leve, se vuelve clave.

Por último, nos topamos con la interpretación de Reyes Mate al analizar esta tesis segunda en su libro. En un principio coincide con Agamben en señalar la conexión entre esta idea de debilidad y las cartas paulinas²¹⁰, para luego plantear una explicación propia que nos deriva a la noción de justicia. Retomando no solamente su libro, sino también unas conferencias ofrecidas por este filósofo durante el corriente año en nuestro país²¹¹, él hace una distinción entre las víctimas del pasado y las contemporáneas, caracterizando a la víctima en sí como aquella persona que ha padecido un sufrimiento inocente. Tomando como eje las primeras, es decir, las del ayer, se vuelve necesario

²⁰⁸ *Ibidem*, pp. 136-7

²⁰⁹ Löwy, M., *op. cit.*, 2001, p. 61

²¹⁰ Más allá de este acuerdo, Reyes Mate advierte que no sólo en las cartas paulinas se encuentra esta relación entre debilidad y fuerza mesiánica, sino que el vínculo proviene de la tradición *kenótica* bíblica. (Cfr. Reyes Mate, M., *op. cit.*, p. 80)

²¹¹ Estamos haciendo referencia a dos conferencias de Reyes Mate que hemos presenciado: la primera, el día 31 de marzo en la Biblioteca Nacional, titulada “Justicia y Memoria: la significación política de las víctimas y la segunda, el 3 de abril en la Cancillería argentina, llamada “Memoria e Historia. La subjetividad puesta a prueba .

discurrir sobre la responsabilidad histórica que tenemos nosotros hacia las mismas, generándose la obvia pregunta de por qué debemos hacernos cargo de algo que no hemos hecho, incluso, cuando en algunos casos, ni siquiera vivíamos en el momento en que sucedió. Si traspolamos esto a la tesis segunda, se podría pensar que la capacidad que nosotros tenemos para cumplir con esa responsabilidad histórica es la de una débil fuerza mesiánica. La cuestión sería entonces explorar en qué consiste esa fuerza y por qué se muestra débil frente a su misión. Y aquí entra la justicia como concepto fundamental:

“Pero también habría que tener presente otra explicación de la debilidad del poder mesiánico de los nietos sobre los abuelos. Lo que los abuelos humillados esperan es que se les haga justicia. La memoria puede conseguir que, de generación en generación, se mantenga viva la conciencia de la injusticia pasada y, por tanto, la necesidad de que se le haga justicia. Hasta aquí llegan los que, como Horkheimer, han elaborado una nueva teoría de la memoria. ¿Podrá esa memoria hacer justicia, además de actualizar la injusticia? Esa duda es la que explica la debilidad de la fuerza mesianica.²¹²

Vemos entonces que para este autor la responsabilidad histórica que se puede tener hacia las víctimas del pasado es mantener vivo el recuerdo de la injusticia sufrida, evitar que lo sucedido caiga en el olvido. Son mayormente los eventos límites analizados en este trabajo los que han dado origen a estas víctimas y a estas injusticias que claman por no ser enterradas. Consideramos que efectivamente una parte esencial de la apropiación del pasado traumático es no olvidarlo, es no olvidar la injusticia pretérita porque sino es como si la misma nunca hubiera tenido lugar, aunque también es cierto, que, en línea con la caracterización de esos eventos como traumáticos, el problema no radica en su olvido, ya que están presentes en tanto *acting out*, sino en el deseo de su elaboración y si ello implica justamente el olvido. No creemos que esto último sea así, sino que, por el contrario, la elaboración conlleva el surgimiento de un nuevo agente capaz de actuar en el ámbito público, ya no padeciendo el trauma, pero tampoco habiéndolo olvidado ni clausurado. Igualmente recordemos que esta distinción entre repetición compulsiva y elaboración no es dicotómica y que la primera remite a una evocación involuntaria, por lo que el acercarnos a la segunda parte del proceso abriría las puertas a diferentes representaciones posibles del evento en cuestión.

²¹² *Ibidem*, p. 80

El inconveniente se encuentra sobre el final de la cita, cuando Reyes Mate se pregunta si realmente esa memoria podrá hacer justicia, más allá de conservar el recuerdo de la injusticia. Y la respuesta parece explicar la razón de que Benjamin haya calificado a esa fuerza como débil: en estos casos, haciéndonos eco de palabras de Reyes Mate en sus conferencias, la justicia completa se vuelve imposible. Entramos entonces en una problemática muy compleja, pero inevitable si analizamos la apropiación del pasado límite. Es decir, más allá de que sea una temática que requiere más tiempo y espacio de análisis, es indispensable dejar planteadas ciertas cuestiones en un trabajo de estas características.

En busca de introducir el problema intentaremos reflexionar sobre lo que creemos debe (o puede) entenderse por redención en Benjamin desde la perspectiva de la justicia, tomando luego una discusión que mantiene con Max Horkheimer sobre la posibilidad de reparación o no de las víctimas del pasado. Si se considera la idea de justicia moderna, se pueden esbozar dos funciones que ésta debe cumplir: castigar a los culpables y reparar a las víctimas. Por un lado, es necesario penar a quienes han infringido la ley, a quienes han cometido la injusticia, y, por el otro, se encuentra la reparación a la víctima por el daño sufrido. La dificultad en este último caso se debe al traspaso de lo cualitativo a lo cuantitativo, a través del cual se intenta reparar algo que en verdad, cuando nos enfrentamos con muertes por ejemplo, no tiene reparación alguna. A partir de esto, nos podemos volver a preguntar por la posibilidad de hacer justicia a aquellos que han sufrido un daño irreparable en el pasado y obviamente se vuelve inviable la reparación absoluta, pero ello no debería implicar que la búsqueda de reparación se vuelve totalmente obsoleta, pudiéndonos enfocar desde otra perspectiva.

Pensándolo en términos de cuantificación, se muestra imposible redimir a los muertos del pasado, pero eso no impide concebir esa redención desde otro lugar; Reyes Mate se refiere al recuerdo de las injusticias vividas y en ese sentido se puede valorar el testimonio como una fuente clave para ello, aunque sin pensar que la muerte del testigo también lleva a la muerte de la injusticia. Podemos retomar aquí los inconvenientes señalados en torno a esta temática, sobre todo en relación a las políticas de la memoria y su concepción ingenua de la verdad, y preguntarnos qué podemos recuperar de lo visto en Benjamin en ese sentido. Primero nos topamos con el lugar preponderante en que coloca al recuerdo, o mejor dicho, recuperando la relación entre memoria y pensamiento, a la remembranza. Asimismo, la conexión planteada por este autor entre ese recuerdo y el presente, junto con el momento en que se produce, nos permite seguir

en la línea de apreciarlo, no en tanto privilegio epistémico, sino concibiendo al testigo como un actor dentro de la esfera pública, cuyo testimonio no puede ser limitado a la reconstrucción del pasado, debiendo ser inmerso en las discusiones presentes sobre ese pretérito, en el debate sobre la representación de esos eventos cuya ocurrencia no está en duda. Ahora bien, retomando la cuestión de la redención, creemos que no sólo debemos añorar el recuerdo de las injusticias, sino también, apelando a la novedosa noción de tiempo-ahora de Benjamin, el pensar una agencia histórica presente que recoja el sufrimiento del pasado, lo inconcluso, como despertador, como motivador, puede verse también como una forma de reparar a las víctimas. Esto nos retrotrae al problema ya señalado por Todorov en relación con el abuso de esa memoria, de ese pedido de reparación, en tanto se busca sacar un beneficio presente por lo sufrido en el pasado. Pero no creemos que nos corresponda a nosotros clasificar aquí de bueno o malo ese uso, sino que eso será materia de un debate ético y en un contexto específico, siendo lo importante clarificar que una cosa parece ser el recurrir a ese pasado como motivador y otra como legitimador.

El filósofo alemán Max Horkheimer mantuvo con Benjamin una interesante discusión que nos servirá para entender mejor las dos posiciones encontradas en torno a la posibilidad de justicia frente a un pasado supuestamente no cerrado²¹³. Empecemos con una cita de Horkheimer de una carta del 16 de marzo de 1937 enviada a Benjamin:

“La afirmación de que el pasado no está clausurado es idealista si la clausura no está subsumida en esa afirmación. La injusticia del pasado ocurrió y se acabó. Los aplastados están aplastados verdaderamente. Si uno se toma en serio la no clausura de la historia, tendría que creer en el juicio final... Quizá exista una diferencia, en relación a la no clausura, entre lo que ocurrió de positivo y de negativo, de suerte que sólo haya que hablar de lo irreparable en el caso de la injusticia, del horror o de los sufrimientos. La justicia que ha tenido lugar, las alegrías y las obras se comportan de otra manera respecto al tiempo, en el sentido de que su carácter positivo queda suficientemente cuestionado por su provisionalidad. Esto vale en primer lugar en el ámbito de la existencia individual, ámbito en que no es la felicidad sino la infelicidad la que es sellada por la muerte.”²¹⁴

Parece haber en esta enunciación una negativa a la existencia de un pasado no clausurado, ya que ello implicaría una idea teológica, punto en el que Horkheimer se

²¹³ La reconstrucción de este desacuerdo la obtuvimos gracias a los libros de Reyes Mate y de Löwy (2001), como a la tesis de licenciatura de Florencia Abadi.

²¹⁴ Carta citada por W. Benjamin (*GS V/1*, p. 589), en Reyes Mate, M., *op. cit.*, p. 74

separa de Benjamin, afirmando que toda injusticia pasada no tiene vuelta atrás. Hace falta aquí retroceder unos años y citar un fragmento del artículo de Horkheimer “La metafísica del tiempo de Bergson” del año 1934:

“Ningún futuro puede reparar lo ocurrido a los seres humanos que cayeron. Jamás los convocarán para ser bienaventurados por toda la eternidad. [...] En medio de esa inmensa indiferencia, sólo la conciencia humana puede convertirse en el sitio privilegiado donde la injusticia sufrida será abolida/superada [*aufgehoben*], la única instancia que no se satisface con eso [...]. Ahora, cuando la fe en la eternidad debe descomponerse, la historiografía [*Historie*] es el único tribunal de apelaciones [*Gehör*] que la humanidad presente, pasajera ella misma, puede ofrecer a las protestas [*Anklagen*] procedentes del pasado.”²¹⁵

Siguiendo este fragmento, Horkheimer rechaza la posibilidad de una redención en términos absolutos, señalando, tal como lo hiciéramos nosotros, que es imposible reparar el daño sufrido dado que, expresado crudamente, los muertos, muertos están. Sin embargo, no cierra todas las puertas para las injusticias, apuntando a la historia como posible tribunal, a la conciencia histórica como posible lugar en donde se dé cuenta de estas injusticias y se las mantenga presentes como parte del conocimiento histórico. Pero esos hechos ya están cerrados, clausurados, y no tendrían, como sí para Benjamin, la capacidad de despertar el presente; conozcamos lo que le responde a la carta de Horkheimer, figurando esto como comentario a la misma en el *Libro de los Pasajes*:

“El correctivo que hay que aplicar a este tipo de razonamientos [de Horkheimer] surge de la reflexión siguiente: la historia no es sólo una ciencia, sino también y no menos una forma de recordación (*Eingedenken*). La recordación puede modificar lo que la ciencia da por definitivamente establecido. La recordación puede convertir lo no clausurado (la felicidad) en algo clausurado y lo clausurado (el sufrimiento) en algo no clausurado. Eso es teología. Ahora bien, en la recordación hacemos una experiencia que nos prohíbe comprender la historia de una manera fundamentalmente ateológica, de la misma manera que no nos es permitido escribirla con conceptos estrictamente teológicos.”²¹⁶

Y nos encontramos aquí con muchas de las cosas que ya hemos analizado previamente: la crítica de Benjamin al historicismo, la postulación de una relación entre el materialismo histórico y la teología, la viabilidad de pensar a cierta historia como trunca, inconclusa, provocando ello una fisura en el presente. Lo que se discute es la

²¹⁵ Horkheimer, M., *Kritische Theorie*, Francfort, S. Fischer, 1968, I, pp. 198-199 [trad. cast.: *Teoría crítica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1990], en Löwy, M., *op. cit.*, 2001, p. 57

²¹⁶ Benjamin, W., *GS V/1*, p. 589, en Reyes Mate, M., *op. cit.*, p. 75

posibilidad de concebir la historia no sólo en términos científicos, sino también de rememoración, de salto dialéctico. Y allí se hace patente la íntima conexión entre la memoria y la historia, a la vez que nos acercamos a las críticas de la concepción de la historia como ciencia; ya no se trata sólo de explicar lo sucedido, sino de estar advertidos que en esa apropiación de nuestro pasado está en juego la propia constitución del mismo para el futuro, para nuestra agencia²¹⁷. Y si recapitulamos lo expresado en la sección anterior, volvemos a toparnos, no con un simple rememorar manteniendo las injusticias en la conciencia histórica, sino, siguiendo la idea de interrupción, con un vislumbrar al menos la posibilidad de cambios, no en el pasado, ya que eso no puede modificarse, pero sí en el presente.

Creemos que lo original de la redención benjaminiana reside justamente en ello: en pensar que ese pasado, que en términos estrictos está cerrado, ya que -repetimos- es imposible reparar ciertos daños, puede seguir igualmente trunco, inconcluso, provocando una apertura de la historia en el presente. Tal como muestra Florencia Abadi en su tesis, el problema del cientificismo de Horkheimer es perder esta perspectiva política que tiene el pasado inconcluso, es perder de vista que esas injusticias pretéritas no están cerradas, no porque los muertos no estén muertos, sino porque tienen la capacidad de despertar la acción política presente²¹⁸.

V. Conclusión

Cuando comenzamos este capítulo, señalamos que las tesis benjaminianas nos servirían para repensar mucho de lo expresado en la primera parte de nuestro trabajo. Sabemos que las respuestas pueden no haber sido las esperadas; con esto queremos, retomando un poco lo visto en la introducción general, volver a recordar que Benjamin

²¹⁷ Esto no debe confundirse, sin embargo, con una apertura total en la dotación de significación que abra las puertas a la arbitrariedad y manipulación en la apropiación del pasado; veamos para ello lo que suscribe White cuando comienza su disertación sobre la trama histórica y el problema de la verdad: "Sospecho que fui invitado para abordar este tema porque se supone que sostengo una visión relativista del conocimiento histórico. En realidad, lo que sí sostengo es que hay una relatividad inexpugnable en toda representación de los fenómenos históricos. La relatividad de la representación es una función del lenguaje usado para describir y, de ese modo, constituir acontecimientos pasados como posibles objetos de explicación y comprensión. (White, H., "La trama histórica y el problema de la verdad en la representación histórica", en White, H., *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, ed. cit., p. 189). En este sentido, cuando White trata el tema de la figuración del pasado en relación con los eventos límites, sugiere hablar de presentación más que de representación, pues en estas figuraciones desde el presente hay una presentación y no una mera construcción que podría despertar sospechas idealistas.

²¹⁸ Cfr. Abadi, F., *op. cit.*, pp. 105-7

es un autor extemporáneo a muchas de estas discusiones y que algunas de sus propuestas pueden ser vistas como inviables o que muchas han sido luego perfeccionadas, pero no creemos que eso quite el valor de lo pretendido aquí. La lectura de las tesis nos despertaron cuestionamientos relacionados con aquello que caracterizamos como pasado traumático, partiendo de un pretérito no clausurado por Benjamin y al que, a través de su noción de temporalidad, permite acercarnos de una manera diferente; es así que las dificultades marcadas en torno a las apropiaciones históricas y conmemorativas pueden reconsiderarse en este marco. Nos proponemos entonces, en esta conclusión, recuperar algunas reflexiones sobre las que insistimos a lo largo de todo el trabajo.

En primer lugar, encontramos en este autor una historia que nos permite reforzar lo referido en el segundo capítulo, concibiendo una relación íntima con la memoria y con la dimensión política. Se critica la posibilidad de reconstruir el pasado tal cual ocurrió y se arrima a una historia no clausurante. Es decir, una historia que no pretenda dar un significado único frente a estos acontecimientos, sino que genere debates, que incite nuevas preguntas e investigaciones, que abra nuevas perspectivas; de esta manera, las diversas representaciones que esta historia pueda generar ya no se enmarcarán en la concepción representacionista propia de la historiografía tradicional, no pudiéndose por lo tanto elegir entre ellas por razones epistemológicas: “si la historia se ocupa también de lo contingente, del cambio, de las fragmentaciones, de las discontinuidades y reconoce que la propia perspectiva desde la que mira el pasado es contingente y cambiante, como todos los autores estudiados en este trabajo, y White más que nadie, han contribuido a elucidar, no puede esperarse que ninguna perspectiva nos oriente privilegiadamente en la producción y elección de representaciones.”²¹⁹ Y dentro de esta propuesta, se pierde el miedo al olvido en la historia, percibida como lugar de muerte y de pasado enterrado. De esta manera, a diferencia de muchos de sus comentaristas, quienes emparentan a Benjamin con lo conmemorativo, recuperando la distinción historia-memoria y dejándolo del lado de esta última, es interesante analizarlo como quien permite pensar una historia en otros términos; como quien, más bien, diluye la demarcación.

Puede ser interesante retomar aquí la idea nietzscheana de fuerza plástica; repasemos para ello lo que nos decía este filósofo sobre ella: “Me refiero a aquella

²¹⁹ Tozzi, V., *op. cit.*, 2009, pp. 132-3

fuerza de crecer de sí mismo y de manera propia, de transformar lo pasado y lo desconocido y de incorporarlo, de sanar las heridas, recuperar lo perdido y recomponer desde sí mismo las formas quebrantadas.”²²⁰ En cierta manera, se propone aquí algo similar, pero sin que eso implique la necesidad de olvidar. Más bien se pretende que el pasado traumático pueda ser elaborado -recordemos igualmente que este es un proceso que nunca se completa del todo-, sin acarrear por ello un olvido ni significar el arribo a una representación única y cerrada. Creemos que ese elaborar supone en verdad un poder recordar, y ya no un repetir compulsivamente, desde el presente; un poder separarnos de ese pasado para apropiarnos de él como agentes responsables en nuestros días. Paradójicamente, una vez que reconozcamos a ese pretérito como tal es cuando más útil se volverá para nosotros. Y esa distinción es la que también permite los saltos dialécticos benjaminianos, generándose una constelación particular entre pasado y presente. Si recordamos lo expresado por Oyarzún Robles en relación con la “fuerza débil”, aunque se podría pensar como negativa esta separación temporal, temiéndose que el pasado quede fuera de la discusión, en verdad parecería ser una distinción necesaria para que el presente pueda recuperarlo como tal, pero sin denotar oposiciones binarias o dicotómicas.

Y eso nos lleva a lo segundo que consideramos que Benjamin nos abre las puertas. Su noción de tiempo-ahora habilita a reflexionar sobre la agencia de aquellos que se apropian del pasado límite, de aquellos que deben comprometerse frente a esa apropiación. Tal como de la mano de White nos acercamos a la autoconciencia discursiva y a reflexionar sobre la constitución de nuestro pasado que allí se comporta, este filósofo alemán puede acercarnos a pensar que esa apropiación implica también una posibilidad de reflexionar sobre la apertura de la historia; al concebir un pasado que no se ha cerrado todavía, el presente se nos abre en infinitas potencialidades. Y la forma en que recuperemos ese pasado nos acercará más a alguna de esas potencialidades. ¿Cuál es la mejor? Obviamente no estamos en posición de responder a esa pregunta, pero tampoco creemos que sea ésta la formulación correcta ni que debamos buscar responderla. Porque la posibilidad que nos abre Benjamin es simplemente eso: una posibilidad. Frente a este pasado que continúa a nuestro acecho, que nos ha dejado huellas indelebles, surge una esperanza. Término que le cuadra perfectamente a nuestro autor dada su raigambre religiosa, pero también podemos pensar en la esperanza como

²²⁰ Nietzsche, F., *op. cit.*, p. 17.

simplemente eso: una posibilidad de interrupción. No hace falta que esa interrupción sea mesiánica. Tampoco revolucionaria. Pero sí que implique pensar la posibilidad de un cambio, que implique pensar la contingencia, que nos despierte de la naturalización, que nos aleje de la linealidad. Y aquel pasado trunco, en lugar de encerrarnos y frustrarnos en él, puede pasar a ser la puerta, la fisura, para algo distinto.

En busca de una conclusión: todo un futuro por delante

Tal como planteamos en la introducción, la propuesta de este trabajo era investigar la problemática de la apropiación de aquellos eventos que han atormentado al siglo XX y que hemos caracterizados como traumáticos. A partir de esta cuestión, se ha derivado en el análisis de la manera en que se ha producido esta apropiación, postulando la histórica y la conmemorativa como las dos alternativas hasta ahora experimentadas; ello requirió el estudio, enmarcado en los aportes de la Nueva Filosofía de la Historia, de la relación entre historia y memoria, lo cual nos hizo recorrer distintas problemáticas ya detalladas. Ahora bien, esta investigación estaba dirigida a plantear la posibilidad de empezar a pensar una forma alternativa de apropiación de aquel pasado inconcluso que se acercara a una agencia histórica activa. Y fue el texto póstumo de Walter Benjamin “Sobre el concepto de historia” el que nos estimuló esta idea, al proponerse en él un cambio en la concepción de tiempo histórico y un vínculo entre pasado y presente muy particular y dinámico. Todo ello nos trajo hasta aquí. Ya hemos expresado algunas conclusiones en los cierres de los capítulos anteriores, por lo que la intención en este caso será regresar sobre ciertos puntos, pero sobre todo en función de dejar planteados algunos interrogantes en busca de abrir nuevas líneas de investigación a futuro.

La iniciativa benjaminiana le otorga al pasado, a aquel pasado no clausurado, un rol clave para nuestro presente. A través de él, a través de su relampagueo en un instante de peligro, se abren las puertas para proyectar en la actualidad la posibilidad de una detención, una interrupción que dé lugar a un vuelco en la historia. La tesis XVIII adicional, que recordemos fue encontrada por Agamben en una versión dactilografiada en la Biblioteca Nacional de París, nos ilumina sobre esta idea:

“En realidad, no hay un instante que no traiga consigo su chance revolucionaria – sólo que ésta tiene que ser definida como una [chance] específica, a saber como chance de una solución enteramente nueva, prescrita por una tarea enteramente nueva. Para el pensador revolucionario, la chance revolucionaria peculiar de cada instante histórico resulta de una situación política dada. Pero no resulta menos para él en virtud del poder que este instante tiene como clave (*Schlüsselgewalt*) para abrir un recinto del pretérito completamente determinado y clausurado hasta entonces. El ingreso en este recinto coincide estrictamente con la acción política; y es a través de él que ésta, por aniquiladora que sea, se da conocer como mesiánica.”²²¹

²²¹ Benjamin, W., “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *op. cit.*, p. 66

La conexión que Benjamin encuentra entre un determinado pasado y un determinado presente se vuelve palpable en términos políticos, pero siempre en un momento histórico dado, el cual puede producirse en cualquier instante. Esto nos retrotrae a aquello que dejamos en suspenso sobre la necesidad de esperar a que la mónada se nos aparezca en un instante de peligro, y el lugar en que ello dejaba a la capacidad de acción del hombre. Sin embargo, aquí vemos que “no hay un instante que no traiga consigo su chance revolucionaria”, y debemos aferrarnos a ella. Es decir, este filósofo deja abierta la chance, como él la llama, de generar un cambio en el presente, siendo para ello preponderante el pretérito. Y así, más allá de que para muchos su pesimismo es significativo, suelta una esperanza. Si retomamos las características que le otorgamos al pasado traumático al principio del trabajo, se torna muy interesante pensarlo desde esta perspectiva. Con esto buscamos señalar lo siguiente: una vez destacados los compromisos que las prefiguraciones lingüísticas conllevan en la forma de representar el pasado y su relación indisociable con el contenido expresado, es interesante comenzar a preguntarse si esa apropiación del pasado traumático, en tanto inconcluso, no puede denotar un agenciamiento de aquel que recupera el pasado tal que abra, en términos benjaminianos, una fisura en el presente. Ahora bien, el interrogante que sobrevuela es el salto que parece hacerse entre lo que es la apropiación del pasado límite y sus estrategias en disputa hacia una dimensión de la acción de aquellos que la llevan a cabo; será interesante reflexionar si esa misma apropiación ya no puede concebirse como una acción que denota un fuerte compromiso en el campo de lo político; es decir, no pensar que esa apropiación exige una acción futura en vistas a un posible cambio, sino que la propia apropiación en un punto conlleva ya ese agenciamiento. Retomando el análisis de la dilemática relación entre historia y memoria, podríamos también dejar planteada la posibilidad de proyectar la propia disolución o desarticulación de la distinción entre la apropiación histórica y la conmemorativa, acercándonos a reflexionar en torno a la apropiación desde un lugar que no se estanque en los compromisos o bagajes que cada práctica parece acarrear, sino desde la búsqueda de la propagación de representaciones, representaciones con sentidos diversos, desde miradas distintas, denotando todas ellas los compromisos de aquellos que las llevan a cabo, sin importar si son historiadores o conmemoradores.

Pero esta apropiación en Benjamin arrastra también consigo la caída de una idea fuertemente criticada por él: la noción de progreso, pensada en términos de direccionalidad y necesidad histórica. ¿Por qué es para nosotros relevante referirnos a

ella? Reparar en su crisis nos invitará a ver la relación entre las narrativas históricas y las propuestas políticas, a la vez que dejará abierta la puerta para una apropiación distinta del pasado traumático. Tomemos para ello la introducción y el capítulo 7 “Futures. Specters and Angels: Benjamin and Derrida”, del libro *Politics out of History* de Wendy Brown. Lo que nos concierne en este caso es la intención de la autora de mostrar cómo en los últimos tiempos muchas de las narrativas constitutivas de la modernidad, siendo la del progreso una de ellas, se han visto desestabilizadas frente a diversos sucesos, generando ello consecuencias políticas presentes, y por lo tanto futuras: “As the past becomes less easily reduced to a single set of meanings and effects, as the present is forced to orient itself amid so *much* history and so *many* histories, history itself emerges as both weightier and less deterministic than ever before. Thus, even as the future may now appear more uncertain, less predictable, and perhaps even less promising than one figured by the terms of modernism, these same features suggest in the present a porousness and uncharted potential that can lead to futures outside the lines of modernist presumptions.”²²²

Siguiendo esa línea, Brown dedica un apartado a las tesis benjaminianas; allí podemos encontrar algunos puntos en común con lo que hemos intentado expresar en este trabajo, descubriendo en Benjamin un autor que critica la noción de progreso en tanto justificadora de las derrotas pasadas, en tanto generadora de políticas de la espera, en tanto acompaña un tiempo de continuidad y predicción. Esas reprobaciones, como ya analizamos, derivan en su noción de interrupción:

“Benjamin seeks to cast ‘interruption’ as the spirit and metaphor not only of revolutionary politics but also of everyday politics. Interruption or ‘blasting open the continuum of history’ becomes a kind of persistent revolutionary political orientation that breaks both with the notion of progress and with its cousin, uniquely ‘ripe’ revolutionary conditions, even as it attends closely to historical configurations of opportunity or possibility.”²²³

La conexión entonces entre las narrativas históricas y las posibilidades políticas se vuelve palpable, no sólo si pensamos en la progresiva, sino también si postulamos la noción de tiempo-ahora benjaminiana, la cual nos permite concebir nuevas propuestas en la dimensión política. Nuevas posibilidades que pueden abrirse -y aquí entra nuestra temática- a través de un pasado traumático (según una caracterización

²²² Brown, W., *op. cit.*, p. 05

²²³ *Ibidem*, p. 157

posterior a Benjamin por supuesto) que puede ser apropiado en nuestro presente. Y tal como señala Brown en el primer fragmento citado, eso da paso a perder viejas certezas y recibir a cambio nuevas incertidumbres, incertidumbres que, en vez de ser temidas o prefiguradas negativamente, pueden ser apreciadas como potencialmente liberadoras. Recordando el cuestionamiento de Huyssen en torno a un presente efímero, líquido, que se esfuma en nuestras manos, estas ideas nos habilitan a percibirlo como todo lo contrario. En esa dirección, queda pendiente continuar estudiando la relación de pensar a la historia como rememoración y a la historia como constitución de nuestro pasado, en donde en ambas matrices el foco no parece estar en lo que verdaderamente sucedió, sino en la forma de traerlo al presente y representarlo en él. Recordemos, tal como lo explica White, que ello no convierte el contenido del discurso histórico en imaginario o ficcional, sino que remarca la dificultad de distinguir el discurso literal del figurado. Pero lo que ambos autores parecen promover, tanto White como Benjamin, desde dos lugares teóricos e históricos muy diferentes -mereciendo por eso un mayor análisis posterior-, es un pasado no clausurado, el cual puede ser concebido tanto en términos de reescritura permanente como de un motivador para un presente y futuro diferente.

Por último, retomemos aquí aquello que dejamos trunco cuando hablamos sobre la redención y mencionamos que, según Forster, es posible pensar lo mesiánico desde dos perspectivas distintas, conectándose ello directamente con la problemática de la agencia histórica. Uno de los enfoques toma el mesianismo desde la necesidad, desde lo teleológico, como si la llegada del Mesías fuera inevitable, mientras que el otro lo concibe como una espera sin garantías, en donde “la historia también es un lugar de extraños enigmas, de acciones humanas, de sorpresas, en las que lo mesiánico tiene el sentido de la interrupción, de la novedad, de lo extraordinario, de lo sorprendente, de lo que logra torcer el discurrir necesario de las cosas.”²²⁴ Es a esta segunda idea a la que nos acerca Benjamin, teniendo para Forster relación también con otra noción de este filósofo alemán ya analizada: aquella de la debilidad. Esta última se transforma en potencia, en reconstrucción, en esperanza:

“Qué sucede allí donde la intemperie, la orfandad, la debilidad, incluso la fragmentación, se convierten, no en un punto de cierre o de clausura, en un desvanecimiento de las expectativas, sino que son, paradójicamente, el punto exacto en el que es posible habitar la vida y la historia desde otro lugar; recreando, en un momento de intemperie o de sufrimiento, de vacío o de abandono, la posibilidad de un giro en la

²²⁴ Forster, R. y Tatián, D., *op. cit.*, p. 18

historia. Es decir, tratar de pensar, dentro de la travesía de lo judío o del judaísmo, una suerte de extraña dialéctica –sobre la que volveremos– que, para decirlo rápidamente, sería la dialéctica entre catástrofe y esperanza.²²⁵

Y dentro de esa dialéctica, nada está predeterminado, nada es necesario, nada es lineal, jugamos allí nuestro papel dentro de la coyuntura en la que nos tocó jugar. Y podemos empezar a pensar que la apropiación de aquel pasado traumático es una forma de abrir ese juego. Si en la propia apropiación subyacen los compromisos políticos, estéticos, ontológicos, si ella misma conlleva la constitución del propio pasado, podría figurarse que ella misma implica un agenciamiento de aquellos que la llevan a cabo, de aquellos historiadores y conmemoradores que se disputan esa apropiación, y en esa disputa entran también a jugar disputas en torno al presente y al futuro.

²²⁵ *Ibidem*, p. 19

Referencia bibliográfica

- Abadi, Florencia, *Filosofía y redención: una lectura de Walter Benjamin*, Tesis de Licenciatura inédita para la carrera de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires, marzo de 2006
- Academia Universal de las Culturas, *¿Por qué recordar?*, Foro Internacional Memoria e Historia, UNESCO, 25 marzo 1998, La Sorbonne, 26 marzo 1998, trad. Silvia Peña, Buenos Aires, Granica, 2006
- Agamben, Giorgio, *El tiempo que resta. Comentario a la carta a los romanos*, trad. de Antonio Piñero, Madrid, Trotta, 2006, “Umbral o tornada”, pp. 135-42
- Agamben, G., “Tiempo e historia. Crítica del instante y del continuo”, en Agamben, G., *Infancia e historia*, trad. de Silvio Mattoni, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2003, pp. 129-155
- Ankersmit, Frank, “The Dilemma of Contemporary Anglo-Saxon Philosophy of History”, *History and Theory*, Vol. 25, N° 4, Beiheft 25: Knowing and Telling History: The Anglo-Saxon Debate (Dec., 1986), pp. 1-27
- Bell, Duncan, “Introduction. Memory, Trauma and World Politics”, en Bell, D. (editor), *Memory, Trauma and World Politics. Reflections on the Relationship Between Past and Present*, Londres, Palgrave Macmillan, 2006, pp. 1-29
- Benjamin, Walter, “Apuntes sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, trad. de Pablo Oyarzún Robles, Santiago, Universidad Arcis y LOM Ediciones, s.d., pp. 69-115
- Benjamin, W., “Fragmento teológico-político”, en Benjamin, W., *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, ed. cit., pp. 179-183
- Benjamin, W., “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, W., *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, ed. cit., pp. 45-68
- Berkhofer, Robert, *Beyond the Great Story. History as Text and Discourse*, London, Harvard University Press, 1995, Prefacio y cap. 1, pp. ix-25
- Brown, Wendy, *Politics out of History*, Princeton, Princeton University Press, 2001, Introducción (pp. 03-17) y cap. 7 (pp.138-173)
- Buck-Morss, Susan, “Walter Benjamin, escritor revolucionario”, en Buck-Morss, S., *Walter Benjamin, escritor revolucionario*, trad. de Mariano López Seoane, Buenos Aires, Interzona, 2005, pp. 09-78
- Danto, Arthur, *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, trad. Eduardo Bustos, Barcelona, Paidós, 1989, “Oraciones narrativas”, pp. 99-155
- Echeverría, Bolívar, “Introducción. Benjamin, la condición judía y la política”, en Echeverría, B. (comp.), *La mirada del ángel. En torno a las tesis sobre la historia de Walter Benjamin*, México D.F., Era, 2005, pp. 09-19
- Edkins, J., “Remembering Relationality. Trauma Time and Politics”, en Hodgkin, K. y Radstone, S. (editoras), *Contested Pasts. The politics of memory*, Londres, Routledge, 2003, pp. 99-115
- Evans, Dylan, *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis lacaniano*, trad. de Jorge Piatigorsky, Buenos Aires, Paidós, 2003, pp. 29-30
- Forster, Ricardo y Tatián, Diego, *Mesianismo, nihilismo y redención: de Abraham a Spinoza, de Marx a Benjamin*, Buenos Aires, Altamira, 2005, “Introducción”, pp. 15-34

- Galeano, Eduardo, *Las palabras andantes*, Buenos Aires, Catálogos, 1993, “Ventana sobre la utopía”, p. 310
- Giddens, Anthony, “Acción, estructura y poder”, en *Profiles and Critics in Social Theory*, Los Ángeles, UCP, 1982 [trad. de la cátedra F. L. Schuster – FCS, UBA]
- Hodgkin, Katherine y Radstone, Susannah, “Introduction. Contested pasts”, en Hodgkin, K. y Radstone, S. (editoras), *Contested Pasts. The politics of memory*, ed. cit., pp. 1-21
- Huysen, Andreas, “Pretéritos presentes: medios, política, amnesia”, en Huysen, A., *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, trad. de Silvia Fehrmann, Buenos Aires, FCE, 2007, pp. 13-39
- Jaramillo Vélez, Rubén, “Sobre la filosofía de la historia de Walter Benjamin”, en AA.VV., *Sobre Walter Benjamin. Vanguardias, historia, estética y literatura. Una visión latinoamericana*, edición a cargo de Gabriela Massuh y Silvia Fehrmann, Buenos Aires, Alianza Editorial/Goethe-Institut, 1993, pp. 71-81
- Kant, Immanuel, “Ideas para una historia universal en clave cosmopolita”, en Kant, I., *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia*, trad. de Concha Roldán Panadero y Roberto Rodríguez Aramayo, Madrid, Tecnos, 1994, pp. 03-23
- Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, trad. de Norberto Smilg, Barcelona, Paidós, 1993, cap. XIV, pp. 333-357
- LaCapra, Dominick, *Escribir la historia, escribir el trauma*, trad. Elena Marengo, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005, caps. 1 a 4, pp. 27-154
- LaCapra, D., entrevista realizada por Amos Goldberg el 9 de junio de 1998 en Jerusalén, extraída de http://www1.yadvashem.org/odot_pdf/Microsoft%20Word%20-%203648.pdf
- Le Goff, Jacques, *History and Memory*, trad. Steven Rendall y Elizabeth Claman, Nueva York, Columbia University Press, 1992
- Löwy, Michael, *Redención y utopía. El judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva*, trad. de Horacio Tarcus, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1997
- Löwy, M., *Walter Benjamin. Aviso de incendio*, trad. de Horacio Pons, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001
- Margalit, Avishai, *Ética del recuerdo. Lecciones Max Horkheimer*, trad. Roberto Bernet, Barcelona, Herder, 2002
- Marx, Karl y Engels, Friedrich, *La ideología alemana*, Montevideo, Pueblos Unidos, 1958
- Mudrovcic, María Inés, “El recuerdo como conocimiento”, en Mudrovcic, M. I., *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*, Madrid, Akal, 2005, pp. 111-119
- Mudrovcic, M. I., “Introducción”, en Mudrovcic, M. I., *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*, ed. cit., pp. 05-16
- Mudrovcic, M. I., “La teoría del progreso a partir de la idea de naturaleza”, en Mudrovcic, M. I., *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*, ed. cit., pp. 39-56
- Munslow, Alan, *The Routledge Companion to Historical Studies*, Londres, Routledge, 2000, pp. 130-3

- Nietzsche, Friedrich, *Segunda consideración intempestiva*, trad. de Joaquín Etorena, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2006
- Oyarzún Robles, Pablo, “Cuatro señas sobre experiencia, historia y facticidad. A manera de introducción”, en Benjamin, W., *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, ed. cit., pp. 07-44
- Rabossi, Eduardo, “Algunas reflexiones...A modo de prólogo”, en Yosef Hayim Yerushalmi y otros, *Usos del olvido*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2006, pp. 07-11
- Rabotnikof, Nora, “Memoria y política a treinta años del golpe”, en Clara E. Lida, Horacio Crespo y Pablo Yankelevich (comps.), *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*, México D.F., El Colegio de México, 2007, pp. 259-284
- Rabotnikof, N., “Recordando sin ira: memoria y melancolía en la relectura de Franz Fanon”, en Revista Internacional de Filosofía Política, N° 20, ejemplar dedicado a *El nuevo desorden mundial*, 2002
- Reyes Mate, Manuel, *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin “Sobre el concepto de historia”*, Madrid, Trotta, 2009
- Semprún, Jorge, *La escritura o la vida*, trad. de Thomas Kauf, Buenos Aires, Fábula, 2004
- Spiegelman, Art, *Maus I y II*, trad. César Aira, Buenos Aires, Emecé, 1994
- Todorov, Tzvetan, *Los abusos de la memoria*, trad. de Miguel Salazar, Buenos Aires, Paidós, 2000
- Tozzi, Verónica., *La historia según la nueva filosofía de la historia*, Buenos Aires, Prometeo, 2009
- Tozzi, V., “Malvinas como disputa. Tragedia, autorrepresentación y limbo mnémico en el encuentro con el pasado reciente”, en Macón, Cecilia (coord.), *Pensar la democracia, imaginar la transición (1976/2006)*, Buenos Aires, Ladosur, 2006, pp. 83-98
- Traverso, Enzo, “Historia y memoria. Notas sobre un debate”, en Franco, Marina y Levin, Florencia (comp.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007, pp. 67-96
- Traverso, E., “Trauma, remoción, anamnesis: la memoria del Holocausto (Apuntes)”, en Lorenzano, Sandra y Buchenhorst, Ralph (editores), *Políticas de la memoria. Tensiones en la palabra y la imagen*, Buenos Aires, Gorla, 2007, pp. 247-260
- White, Hayden, “El valor de la narrativa en la representación de la realidad”, en White, H., *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, trad. de Jorge Vigil Rubio, Barcelona, Paidós, 1992, pp. 17-39
- White, H., “Figural Realism in Witness Literature”, en *Parallax*, vol. 10, N° 1, enero-marzo 2004, pp. 113-124
- White, H., “La trama histórica y el problema de la verdad en la representación histórica”, en White, H., *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, trad. de Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino, Barcelona, Paidós, 2003, pp. 189-216
- White, H., *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo xix*, trad. de Stella Mastrángelo, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1992, “Prefacio” e “Introducción: la poética de la historia”, pp. 09-50
- White, H., “Teoría literaria y escrito histórico”, en White, H., *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, ed. cit., pp. 141-188

- White, H., "The Politics of Historical Interpretation: Discipline and De-Sublimation", en White, H., *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1987, pp. 58-82
- Winter, Jay, "Notes on the Memory Boom: War, Remembrance and the Uses of the Past", en Bell, D. (editor), *Memory, Trauma and World Politics. Reflections on the Relationship Between Past and Present*, ed. cit., pp 54-73